

Investigación y Ciencia



Universidad APEC

Mayo — Agosto, 1986, Año 1, Número 2

0002177

Investigación y Ciencia



Universidad APEC



Composición, diagramación e impresión:

Editorial CENAPEC

Calle Bonaire No.209, Ens. Alma Rosa

Teléfonos: 596-8385 • 596-0646

Santo Domingo, Rep. Dom.

ISSN 0259-0352

Impreso en República Dominicana

Roberto Marte, *Editor*

Junta Consultiva

Leonel Rodríguez Rib

Fernando Ferrán Brú

Huberto Bogaert García

Servando Bounpensiere

Tomás Lebrón

Ricardo Piñeyro

Investigación y Ciencia es el órgano de divulgación académica de la Universidad APEC. Aparece tres veces por año. Para establecer comunicaciones con esta revista, los interesados pueden dirigirse al Departamento de Investigaciones y Publicaciones de la Universidad APEC, Av. Máximo Gómez 72, Santo Domingo, República Dominicana. Suscripción nacional por un año, RD\$15.00. En el extranjero, US\$18.00. Precio de número suelto en la República Dominicana, RD\$5.00.

SUMARIO Mayo-Agosto 1986

Psicología y Metodología.

- El Papel del Análisis Estadístico en la
Investigación Psicológica 13
Enerio Rodríguez Arias

- Un Enfoque Conductual sobre "Datos
Fenomenológicos" 27
Parker E. Lichtenstein

Psicología y Psiquiatría

- Influencia del Nivel Educacional
en la Respuesta Sexual Femenina 49
Rosario Fadul C.
Rafael García Álvarez
Aida María Freitas
Laura Erickson

- Estudio Etnopsicológico de un caso
de Histeria. 71
Huberto Bogaert García

- El Adolescente ante la Consulta
Psiquiátrica, Algunos Testimonios. 93
César Mella Mejías
Julio Rando Astacio

Psicología y Antropología

- Psicoterapia, Atribución y Brujería
en la República Dominicana 105
Emmanuel Silvestre

- Situación Actual del Hombre
Dominicano. 115
Fernando I. Ferrán

Los Autores

ENERIO RODRIGUEZ ARIAS se tituló de licenciado en Filosofía en 1964 en la Universidad Autónoma de Santo Domingo; de licenciado en Psicología en 1968 en la Universidad Nacional Autónoma de México; y de doctor en Filosofía en 1975 en la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Ha publicado trabajos sobre los fundamentos filosóficos del conductismo. Es profesor de Procesos Cognoscitivos y de Metodología de la Investigación Psicológica en la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Es miembro del cuerpo profesoral de la Maestría en Psicología de la Universidad APEC.

PARKER E. LICHTENSTEIN es un destacado psicólogo norteamericano; profesor de Psicología de varias universidades, actualmente es profesor en Newark, Ohio. Ha publicado numerosos artículos sobre el estado actual de la teoría psicológica, enfocando los problemas desde la perspectiva interbehaviorista. Forma parte del cuerpo de editores de la revista *The Psychological Record*.

JULIO RAVELO ASTACIO es médico psiquiatra. Desempeña la cátedra de Psiquiatría en la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Actualmente es Decano de la Facultad de Ciencias de la Salud de la Universidad Autónoma de Santo Domingo.

CESAR MELLA MEJIAS se tituló de médico en 1976 en la Universidad Autónoma de Santo Domingo; y de psiquiatra en 1980 en la Universidad de La Habana. Ha publicado trabajos en las áreas de la Medicina Social y de la Salud Mental en revistas nacionales y extranjeras. Actualmente es Director de la Escuela de Medicina de la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Fue vicepresidente de la Asociación Médica Dominicana. Es autor de la obra *Introducción a la Bioestadística*.

HUBERTO BOGAERT GARCIA es psicólogo clínico. Realizó estudios superio-

res en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, en la Universidad de Lovaina y en la Universidad de París. Es miembro de la Escuela Belga de Psicoanálisis y de la Asociación Internacional de Psicología Transcultural. En la actualidad se desempeña como Director de las Maestrías en Psicología de la Universidad APEC. Ha publicado artículos sobre temas psicológicos en revistas nacionales y extranjeras.

RAFAEL GARCIA ALVAREZ es médico psiquiatra. Es profesor de Psiquiatría y de Terapia Sexual en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña; y de Epidemiología en la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Se desempeña como Director de la Maestría en Salud Pública de la Universidad Autónoma de Santo Domingo e igualmente dirige la Clínica de Sexualidad Humana de esa Universidad. Tiene a su cargo la Maestría en Terapia Marital y Sexual del Instituto APEC de Educación Sexual (INSAPEC).

ROSARIO FADUL es profesora de Enfermería Psiquiátrica en la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Actualmente realiza un post-grado en Terapia Marital y Sexual en el Instituto APEC de Educación Sexual (INSAPEC).

AIDA MARIA FREITES es psicólogo. Actualmente realiza un post-grado en Terapia Marital y Sexual en el Instituto APEC de Educación Sexual (INSAPEC).

LAURA ERICKSON es psicólogo.

EMMANUEL SILVESTRE es psicólogo. Realizó estudios superiores en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña y en la Universidad de Lovaina. Se ha especializado en Psicología Social. Es consultor de la Revista Interamericana de Psicología. Se desempeña como profesor de Psicología Industrial en la Maestría en Psicología de la Universidad APEC. Presidente de Psicología Social, S. A.

FERNANDO I. FERRAN es Vicerrector Académico de la Universidad APEC. Realizó estudios superiores en la Universidad Católica Madre y Maestra, en Loyola University y en la Universidad de Lovaina. Es profesor de Antropología Social y de Filosofía de la Ciencia en el Instituto Tecnológico de Santo Domingo y en la Universidad APEC. Fue Director del Departamento de Investigaciones y Publicaciones Científicas del Instituto Tecnológico de Santo Domingo. Ha publicado *Tabaco y Sociedad* y *La Historia según Hegel*. Participó como antropólogo en el Estudio sobre Niveles de Vida de los Bateyes del CEA.

Artículos

EL PSICOLOGO Y LA INVESTIGACION EN LA PSICOLOGIA

Revista de Psicología

Psicología

El psicólogo es un profesional que se dedica al estudio de la conducta humana y a la aplicación de los conocimientos adquiridos en la investigación psicológica. Su trabajo puede ser teórico o aplicado, dependiendo de los objetivos de la investigación. En la investigación teórica, el psicólogo busca comprender los procesos mentales y conductuales desde una perspectiva científica. En la investigación aplicada, el psicólogo busca utilizar los conocimientos adquiridos en la investigación teórica para resolver problemas prácticos de la vida cotidiana.

Psicología y Metodología

La metodología es el conjunto de procedimientos y técnicas que se utilizan para la investigación científica. En psicología, la metodología es fundamental para garantizar la validez y fiabilidad de los resultados de la investigación. Existen diferentes tipos de metodologías, como la investigación cuantitativa, la investigación cualitativa y la investigación mixta, cada una con sus propias características y ventajas.

La investigación cuantitativa se caracteriza por el uso de métodos estadísticos para medir y analizar la conducta humana. La investigación cualitativa, por otro lado, se centra en comprender la experiencia subjetiva de los individuos y en explorar las causas y consecuencias de la conducta humana.

La investigación mixta combina los enfoques cuantitativo y cualitativo, permitiendo a los investigadores obtener una comprensión más completa de la conducta humana. La elección de la metodología adecuada depende de los objetivos de la investigación y de las características de la muestra de estudio.

En conclusión, la psicología y la metodología son disciplinas fundamentales para el estudio de la conducta humana. La psicología proporciona el marco teórico y conceptual para la investigación, mientras que la metodología proporciona las herramientas y técnicas necesarias para llevar a cabo la investigación de manera rigurosa y científica.

EL PAPEL DEL ANALISIS ESTADISTICO EN LA INVESTIGACION PSICOLOGICA

Enerio Rodríguez Arias

Resumen

Se cuestiona el carácter relativamente autónomo del análisis estadístico en la investigación psicológica, así como el uso rutinario y acrítico que se hace en psicología de los principales procedimientos de análisis estadístico. Se describe la estrategia fisheriana conocida como "prueba de la hipótesis nula", y se ilustra la controversia actual en torno a las pruebas de significación estadística. Se insiste en la importancia de distinguir entre la significación estadística y la significación práctica de los resultados de una investigación. Se ofrece una descripción de la alternativa ofrecida por la estrategia estadística bayesiana, cuyo valor para la investigación psicológica es reconocido, pero cuya escasa disfusión en psicología es explicada a la luz de la formación estadística que reciben los psicólogos. Finalmente se insiste en la necesidad de reconsiderar la filosofía subyacente a las prácticas de análisis estadístico vigentes en la investigación psicológica, así como de orientar la enseñanza de la estadística dentro de la psicología más hacia la comprensión del razonamiento estadístico que a la mecánica de los procedimientos de análisis.

Si las relaciones que se dan entre los fenómenos de la naturaleza fuesen transparentes, no dependeríamos tanto del análisis estadístico, y quizás no sería tan urgente la invitación a reflexionar y discutir sobre el papel del análisis estadístico en la investigación psicológica. Pero la transparencia de las relaciones es un caso excepcional, por lo que habitualmente, armados con algún instrumento de análisis estadístico, hemos de abrirnos paso a través de cuadros visualmente inescrutables a causa de su complejidad, tras la búsqueda de un sentido en los datos resultantes de nuestras observaciones.

Posiblemente no exista un solo psicólogo que nunca se haya visto envuelto en algún proyecto de investigación, y es casi seguro que todo psicólogo es en mayor o menor grado un lector de investigaciones psicológicas publicas. Y en ese doble papel de productor y/o consumidor de in-

vestigaciones, el psicólogo no debe permanecer ajeno a los problemas que suscita el análisis estadístico. Ante esta realidad, creo que puede ser de utilidad para los psicólogos la exposición de algunas consideraciones sobre el papel del análisis estadístico en la investigación psicológica, lo cual hago como una investigación a la reflexión y discusión sobre el tema.

Es un hecho incuestionable que los principales procedimientos de análisis estadístico no se desarrollaron para satisfacer las necesidades de la investigación psicológica. Dichos procedimientos surgieron vinculados a otras áreas del conocimiento, y los psicólogos los extrapolaron a otras áreas de investigación. Pero salvo algunas excepciones, no se hizo esfuerzo alguno por re-pensar en la lógica de los procedimientos estadísticos ya elaborados y en las posibles limitaciones de su adecuación a la naturaleza de las observaciones psicológicas. El resultado de esta actitud ha sido la difusión y aceptación, con un carácter aparentemente irreversible, de un conjunto de técnicas de análisis estadístico, la mayoría de las cuales descansan en suposiciones que no se cumplen cuando se aplican a datos resultantes de observaciones psicológicas. De esta manera, el análisis estadístico mantiene un carácter relativamente autónomo en el proceso de la investigación psicológica, en lugar de estar subordinado a las características del problema bajo investigación. Es así como algunos psicólogos se han convertido en expertos en numerología, aplicando sofisticados análisis estadísticos a datos muy toscos e imprecisos. Esta grave distorsión del carácter auxiliar y subordinado del análisis estadístico se ha perpetuado entre los psicólogos y estudiantes de psicología debido en gran parte a la forma rutinaria en que se les entrena en el uso de los procedimientos de análisis. Esto no quiere decir que el psicólogo debe reinventar la Estadística; si así fuese, posiblemente ni siquiera todos los estadísticos estarían en condiciones de usar los procedimientos estadísticos. Más bien, lo que quiero decir es que el psicólogo debe dominar los criterios mínimos indispensables para librarse del más grave de los errores en el análisis estadístico, el error de no usar la técnica de análisis apropiada a la naturaleza de los datos, designado por Schlaifer (Bakan, 1974, p 28) como "el error tipo III". El riesgo de incurrir en este tipo de error aumenta en la medida en que el psicólogo concibe las técnicas de análisis como instrumentos carentes de suposiciones, y que por tanto pueden utilizarse indiscriminadamente dondequiera que las observaciones hayan sido traducidas a números, sin preguntarse cuál es el grado de isomorfismo existente entre dichos números y los fenómenos por ellos representados. Entonces, el análisis estadístico, que debe ser un recurso al servicio de la búsqueda de relaciones entre fenómenos observados, se convierte así en una práctica ritual, mantenida más por la fuerza de la costumbre que por su valor para la investigación. Una recomendación útil para enfrentar el riesgo mencionado es atenerse al mandato de no realizar con los números ninguna operación que no pudiese realizarse con las realidades que los números representan; esto quiere decir que primero debemos determi-

nar qué significan los números a los que han sido traducidas nuestras observaciones, para entonces seleccionar una técnica de análisis apropiada a la naturaleza de dichas observaciones. Suponiendo que el psicólogo sabe cómo evitar el mencionado "error tipo III", pasará a examinar el momento crucial del proceso de análisis estadístico; me refiero a la decisión sobre la hipótesis nula. Para orientación del lector no familiarizado con el tema, presentaré la información básica sobre la hipótesis nula antes de examinar los aspectos controversiales de la decisión sobre la misma. Cómo surgió la llamada hipótesis nula, y qué papel desempeña en la investigación? Fue el estadístico Ronald Fisher quien creó la hipótesis nula como una estrategia en el análisis de datos. Al contrastar su hipótesis sustantiva con los datos reunidos, el investigador puede verse tentado a concluir prematuramente que su hipótesis ha sido confirmada por los datos. A Fisher le pareció necesario buscar una forma de neutralizar esa tentación. Para ello propuso la hipótesis nula. Se trata de una hipótesis que en su sentido más general dice que no hay relación entre los factores bajo estudio, aunque puede asumir varias formas, tales como: que no hay diferencia entre las medias de dos poblaciones definidas, o que no hay diferencia entre las proporciones de sujetos que en dos poblaciones definidas poseen determinada característica, o que no hay diferencia en los rangos ocupados por los sujetos de dos poblaciones definidas, etc. etc. De esta manera, el análisis estadístico no prueba directamente la hipótesis sustantiva del investigador, sino la hipótesis nula; es decir, sólo después que haya rechazado la hipótesis nula, puede el investigador considerar la posibilidad de que los datos confirmen su hipótesis sustantiva. En el caso contrario, es decir, en el caso de que el análisis estadístico no le permita rechazar la hipótesis nula, debe abstenerse a toda consideración sobre su hipótesis sustantiva. De manera que en la formulación original de Fisher, la única decisión que podía tomar el investigador era rechazar la hipótesis nula, lo cual debía hacer cuando la probabilidad de explicar con dicha hipótesis la relación entre los factores fuese igual o menor que 0.05. Por tanto, en la idea de Fisher, el único error que podía cometer el investigador consistía en rechazar una hipótesis nula verdadera, esto es, descartar el azar como explicación, cuando en realidad los resultados se pueden explicar por azar. Posteriormente, se introdujo la posibilidad de un segundo tipo de error, el cual consistiría en no rechazar una hipótesis nula falsa, esto es, en creer que el azar puede explicar resultados que en realidad son inexplicables por azar. Fue entonces cuando se acuñó el nombre de error tipo I para designar el error mencionado por Fisher, llamándole "error tipo II" a este nuevo tipo de error; y fueron estas designaciones las que indujeron a Schlaifer a designar como "error tipo III" al error previamente mencionado de no utilizar la técnica de análisis apropiada.

No hay duda de que la prueba de la hipótesis nula, tal como fue concebida por Fisher, perseguía darle al investigador cierto grado de garan-

tía para distinguir la realidad de la ficción. La repetición de los resultados de una investigación por parte de investigadores independientes es la mejor garantía de la realidad de dichos resultados. Sin embargo, por razones de una supuesta originalidad, casi ningún investigador reproduce la investigación realizada por otro. De manera que al final, el investigador se ve en la necesidad de decidir si efectivamente él ha encontrado alguna relación entre los factores bajo investigación. Entonces, procede más o menos de la siguiente manera: Supone que los resultados de su investigación constituyen una muestra extraída de una población de resultados posibles, es decir, la población hipotética integrada por los resultados arrojados por todas las investigaciones iguales que podrían hacer otros investigadores. La estrategia de la prueba de la hipótesis nula consiste en comparar el resultado obtenido por el investigador con el resultado que podría ocurrir por azar con una probabilidad de 0.50 en el supuesto de que la hipótesis nula fuese verdadera. Si el resultado obtenido en la investigación tiene una probabilidad de ocurrir por azar igual o menor que 0.05, el investigador decide que la hipótesis nula es falsa. El razonamiento de Fisher es que no hay razón para que nos ocurra un fenómeno teóricamente raro bajo la hipótesis nula. Si el mismo ocurre, podemos concluir que la hipótesis nula es falsa. No voy a discutir ahora si debemos aceptar que un fenómeno que ocurra el 5 o/o de las veces o menos es realmente un fenómeno raro. ¿Por qué el 5 o/o? Cowles y Davis (1982, p. 553) en estudio sobre los orígenes de 0.05 como nivel de significación, reproducen las opiniones de Fisher para justificar esa práctica. En efecto, en la página 47 de la edición en inglés de *Métodos Estadísticos para Investigadores* (1925) aparece la primera mención específica al respecto. Dice Fisher: "Es conveniente tomar este punto (0.05, ERA) como un límite al juzgar si una desviación va a ser considerada significativa o no. De esta manera, las desviaciones que excedan dos veces la desviación standard son formalmente consideradas como significativas". Y poco tiempo después (1926), en un artículo dedicado al diseño de experimentos de campo, Fisher reitera su preferencia por el nivel de 0.05, aunque reconoce que se pueden usar otros niveles. Decía Fisher entonces: "Si uno en veinte no parece una probabilidad suficientemente alta, podemos, si lo preferimos, trazar la línea en uno en cincuenta (el punto del 2%), o uno en cien (el punto del 1 o/o). Personalmente, prefiero (decía Fisher) establecer un nivel bajo de significación en el punto del 5 o/o, e ignorar totalmente todos los resultados que no alcancen este nivel. Un hecho científico debe considerarse experimentalmente establecido sólo si un experimento adecuadamente diseñado *raramente falla* en alcanzar este nivel de significación". Esta es la práctica vigente, a pesar de recientes cuestionamientos a la misma. Por ejemplo, en su libro *Principios Estadísticos en el Diseño Experimental* (1926, p.13), Winer reproduce parcialmente un comentario del Editor de la Revista *Biometrika* que entre otras cosas dice: "El uso frecuente de los niveles de significación 0.05 y 0.01 es un asunto convencional que

tiene poco fundamento lógico o científico". Igualmente, en una crítica al carácter sagrado del 0.05, Skipper, Guenther y Nass (1967) señalan que "la adhesión ciega al nivel de 0.05 impide la consideración de estrategias alternativas, y es un grave obstáculo para la interpretación de los datos". Además, después de señalar que la dicotomía entre resultados "significativos" y "no significativos" puede confundir por igual a profesionales y legos, sugieren que un enfoque más racional sería reportar el nivel real de significación, y dejar la responsabilidad de la interpretación al lector. Pero estas críticas y sugerencias han tenido poco impacto en las prácticas de publicación de investigaciones científicas.

Después de este largo paréntesis sobre el nivel de significación estadística, volvamos a un aspecto esencial en la estrategia fisheriana de la prueba de la hipótesis nula. Se trata de que en esta estrategia cada decisión sobre la hipótesis nula es tomada como si fuese única; es decir, cada investigación es interpretada como si fuese la primera vez que se realiza, de manera que en este modelo de inferencia el investigador debe proceder como si no conociera los resultados arrojados por investigaciones anteriores realizadas de la misma manera que la suya. La razón de esto es que la validez del modelo de inferencia resultaría viciada, si la decisión sobre la hipótesis nula es influida por la información del investigador sobre resultados anteriores. Resulta evidente que esta estrategia desalienta la repetición de una investigación. En una reducción al absurdo de esta posición, Bakan (1974, p.5) ilustra cómo podría resultar confirmada la hipótesis sustantiva de que cada moneda posee un espíritu, el cual, si se le implora adecuadamente, puede hacer que la moneda caiga cara o escudo. Bakan dice que él le pidió al espíritu que hiciera que la moneda cayera cara. La arrojó sucesivamente en seis ocasiones, y en cada ocasión la moneda cayó cara. Bajo la hipótesis nula, la probabilidad de que una moneda caiga cara seis veces seguidas es $(0.5)^6 = 0.015$; por consiguiente, este resultado es significativo al nivel de 0.05. Se rechaza la hipótesis nula, y como la moneda no estaba arreglada para caer cara ni hubo fraude al momento de tirarla, se concluye que la hipótesis de que la moneda posee un espíritu ha sido confirmada. No se puede objetar que nadie ha encontrado ese mismo resultado ni antes ni después de Bakan, pues la lógica del modelo de inferencia de la prueba de la hipótesis nula no lo exige. Aunque Bakan ofrece el ejemplo para ilustrar el absurdo a que puede conducir este modelo de inferencia, me parece que el ejemplo ilustra también cómo el simple análisis estadístico no puede confirmar ninguna hipótesis sustantiva. La conclusión de que los resultados de una investigación sustentan determinada hipótesis sustantiva depende de un razonamiento que no puede ser sustituido por ningún análisis estadístico. Para no ser injusto con Fisher, debo distinguir entre la creencia personal de Fisher y el modelo de inferencia a que se suscribió. Pues bien, Fisher (citado por Edwards, 1972, p.21) decía que "para afirmar que un fenómeno natural es experimentalmente demostrable necesitamos, no un registro aislado,

sino un método confiable de procedimiento. En relación con la prueba de significación, podemos decir que un fenómeno es experimentalmente demostrable cuando sabemos cómo realizar un experimento que raramente falle en darnos un resultado estadísticamente significativo". Sin embargo, esta creencia no aparece integrada al modelo de inferencia elaborado por Fisher.

En vista de la gran importancia que se da a la prueba de la hipótesis nula en las investigaciones psicológicas, conviene pasar revista rápidamente a sus principales deficiencias, y a las formas en que las mismas repercuten en el proceso de investigación. Lo primero que hay que señalar es que esta estrategia, a pesar del propósito original de Fisher, está prejuiciada en contra de la hipótesis nula, pues no hay ninguna razón válida para esperar que ésta sea verdadera en alguna población (Edwards, Lindman, & Savage, 1963). Una prueba de esto es que con muestras muy grandes, todas las hipótesis nulas resultan rechazadas. Este hecho ha llevado a Nunnally (1960, p. 643) a decir que "si la hipótesis nula no es rechazada, es porque N es demasiado pequeña. Si se reúnen datos suficientes, la hipótesis nula será generalmente rechazada. Si el rechazo de la hipótesis nula fuese la intención real en las investigaciones psicológicas, entonces no habría necesidad de reunir datos". Por ejemplo, con una N de 700, hasta una correlación de 0.08 es significativa más allá del nivel de 0.05, y correlaciones sin ninguna importancia, ni teórica y práctica, resultan estadísticamente significativas si la muestra es muy grande. Por otra parte, el prejuicio de esta estrategia en contra de la hipótesis nula es tal que ésta resulta rechazada aun cuando muchos resultados hablan a su favor más que en su contra. Tal cosa ocurre con los resultados que son estadísticamente significativos en la frontera misma de la significación. En estos casos, la hipótesis nula es rechazada porque p es ligeramente menor que 0.05. Ahora bien, si la hipótesis nula fuese realmente falsa, con el aumento en el número de pruebas realizadas debería haber una proporción sustancial de rechazos más dramáticos que de rechazos fronterizos (Bakan, 1974, p.6). Por otra parte, como el resultado que permite rechazar la hipótesis nula es considerado más importante que el que no lo permite, y como los editores de revistas no pueden publicar todas las investigaciones que les llegan, las revistas psicológicas se ven prácticamente inundadas de investigaciones en que la hipótesis nula es rechazada, y casi nunca aparece el caso contrario. Veamos con un ejemplo hipotético hasta dónde podríamos conducirnos esta práctica. Supongamos que una hipótesis nula es verdadera y que cien investigadores la someten a prueba; 95 de ellos no pueden rechazarla, pero hay 5 que sí logran hacerlo. De estos 95, casi ninguno se atrevería a someter sus resultados para publicación, y si alguno lo hace, es probable que no consiga su propósito. En cambio, los cinco que lograron rechazar la hipótesis nula (en este caso, cometiendo el error tipo I, porque se trata de una hipótesis nula verdadera) no encontrarían ninguna dificultad para ver publicados sus resultados. Lo que quiero indicar con este ejemplo es que el prejuicio en contra de la

hipótesis nula ha llegado tan lejos que es muy probable que en las investigaciones publicadas haya una proporción mucho mayor de error tipo I que el 5 o/o que generalmente se supone como riesgo.

Una segunda deficiencia de la prueba de la hipótesis nula como modelo de inferencia es que induce al investigador a despreciar la magnitud real del efecto producido por un factor. Sólo así se comprende que un grupo de 19 investigadores en psicología consultado por Rosenthal y Gaito (1963) respondiesen que tenían más confianza en los resultados que rechazan una hipótesis nula cuando dichos resultados eran obtenidos en una muestra de 100 casos que cuando eran obtenidos en una muestra de 10 casos. Y la realidad es que para rechazar una hipótesis nula con una muestra de 10 casos se necesita un efecto más dramático que el necesario para rechazarla con una muestra de 100 casos. Ahora bien, si lo que importa es rechazar la hipótesis nula, sin consideración a la importancia teórica o práctica de la investigación, entonces no hay duda de que para ese propósito merece más confianza una muestra de 100 casos que una de 10.

La tercera deficiencia de la prueba de la hipótesis nula es que trata la aceptación o el rechazo de una hipótesis como si fuese un proceso automático de toma de decisión. El propio Fisher (1955, p. 74) creía haber logrado una especificación relativamente completa del proceso de inducción, lo cual permitiría lograr la automatización de la inferencia inductiva. En este sentido, decía "Durante siglos se ha sabido que el proceso inductivo existe y es posible para las mentes normales; pero es sólo con el desarrollo reciente de la ciencia estadística que se ha podido hacer una descripción analítica del mismo, casi tan satisfactoria y completa como la que se ha hecho tradicionalmente de los procesos deductivos". La consecuencia de este intento de automatizar el proceso de la inferencia inductiva es que el investigador se ve forzado a rechazar o no rechazar la hipótesis nula si el resultado obtenido cae dentro o fuera de una región de rechazo previamente establecida. No hay grados en esta decisión; se trata de todo o nada; de una separación entre la realidad y la ficción. Lo curioso es que el criterio que regula esta decisión tan rígida ha sido establecido de un modo relativamente arbitrario; me refiero a la probabilidad adoptada como nivel de significación. Una hipótesis sólo puede ser totalmente rechazada o aceptada en el caso improbable de que sea lógicamente incompatible con los datos o lógicamente deducible de ellos. En la realidad, el proceso inferencial no es un asunto de aceptar o de rechazar una hipótesis, es más bien un ajuste en el grado en que uno acepta o cree en una hipótesis a la luz de los resultados arrojados por una investigación. La aceptación o el rechazo de una hipótesis no es una decisión que se toma, es más bien un proceso cognoscitivo, un aumento o una disminución en el grado en que uno cree en dicha hipótesis. La prueba de la hipótesis nula limita arbitrariamente la significación del resultado de cualquier investigación a las opciones de una disyunción excluyente, rechazo o no rechazo de la hipótesis nula. Además establece

para la significación práctica de dicha técnica debemos conocer no sólo la cantidad de casos diagnosticados o clasificados correctamente, sino también la cantidad de diagnósticos o clasificaciones equivocadas, es decir, los llamados falsos positivos y negativos; un número muy elevado de éstos últimos revelaría el escaso valor práctico de la técnica en cuestión.

Frente a las dificultades de la estrategia inferencial fisheriana previamente documentadas, algunos psicólogos han elaborado una estrategia inferencial que toma como su punto de partida el teorema Bayes. Dicho teorema fue publicado originalmente por Thomas Bayes en 1763 bajo el título de *'Ensayo hacia la solución de un problema en la doctrina del azar'*, y fue reimpresso en 1958 por la revista *Biometrika*. La primera propuesta para desarrollar una inferencia estadística bayesiana en la investigación psicológica fue hecha por Edwards, Lindman y Savage en 1963. La receptividad de los psicólogos a la estadísticas bayesiana ha sido muy lenta, a pesar de que para los problemas de investigación psicológica parece ser mucho más apropiada que la estadística fisheriana. Aunque existen varios textos generales de Estadística escritos desde la perspectiva bayesiana, y uno que otro aplicado a campos específicos, no existe ninguno aplicado a la Psicología, aunque un libro reciente dedicado a problemas estadísticos y metodológicos de la investigación en Psicología y Ciencias Sociales dedica tres de sus doce capítulos a la Estadística Bayesiana (Karen 1982).

Reduciéndolo a sus dimensiones más simples, podemos decir que el teorema de Bayes no es más que un procedimiento para encontrar probabilidades condicionales, y puede derivarse fácilmente de la definición usual de probabilidad condicional. La forma más simple del teorema de Bayes implica la probabilidad condicional de un fenómeno individual (Winkler, 1982). Creo que un ejemplo facilitaría mucho la comprensión de la idea central del teorema de Bayes. Un psicólogo clínico podría razonar de la siguiente manera: La probabilidad de que este paciente se suicide depende directamente de la probabilidad de que amenace con hacerlo en una circunstancia específica (por ejemplo, deprimido porque fue despedido del trabajo), e inversamente de la probabilidad de que amenace con hacerlo en cualquier circunstancia, es decir, al margen de una circunstancia específica. En este caso, la probabilidad de suicidio es una razón entre dos probabilidades y consiste en pesar una probabilidad contra otra. El teorema de Bayes permite determinar cómo la reunión de información adicional sobre el paciente podría modificar la probabilidad antecedente (Rychlak, 1981, p. 154). Veamos cómo funciona el razonamiento bayesiano en la prueba de hipótesis. Para empezar, el estadístico bayesiano no se pregunta si la hipótesis es verdadera o falsa, sino cuál es la probabilidad de que sea verdadera a la luz de las evidencias disponibles, y cómo se interpreta esa probabilidad. Su respuesta es que la probabilidad puede variar de 0 a 1, y que se interpreta subjetivamente en tér-

minos de probabilidad personal. Mientras la estrategia fisheriana es asimétrica, en el sentido de que los datos sólo hablan para rechazar la hipótesis nula, en la estrategia bayesiana los datos pueden tanto debilitar como fortalecer la hipótesis nula. Al comparar la prueba de hipótesis por los métodos fisheriano y bayesiano, Pitz (1982, pp. 278-279) señala que "la razón de probabilidad arguye contra la hipótesis nula con menos fuerza que el nivel de significación. De hecho, cuando se trabaja con muestras grandes, los datos que conducen al rechazo de la hipótesis nula en niveles pequeños de significación frecuentemente apoyan a la hipótesis nula de acuerdo con la razón de probabilidad. Dado que los procedimientos tradicional y bayesiano conducen en estos casos a conclusiones totalmente opuestas, por lo menos uno de ellos debe estar equivocado. Si uno está interesado en la probabilidad de que la hipótesis nula sea verdadera después que se han reunido los datos, la única respuesta correcta la proporciona la solución bayesiana".

En un argumento a favor del esquema bayesiano de inferencia, Salmon (citado por Weimer, (1979, p. 138) señala que hay resultados positivos que no confirman una hipótesis, es decir, que no añaden nada a su grado de confirmación basado en evidencias anteriores. Esto significa que no toda evidencia que es compatible con una hipótesis constituye un apoyo empírico para la misma. El modelo bayesiano tiene una forma de reconocer esto, pues habla de probabilidades antecedentes de las hipótesis, y en tales casos, la nueva evidencia no transformaría la probabilidad antecedente de una hipótesis en una probabilidad posterior más alta.

No hay duda de que el modelo bayesiano refleja con más fidelidad las creencias y conductas de los investigadores. Prácticamente ningún investigador realiza una investigación sin alguna expectativa concreta basada en conocimientos antecedentes, y prácticamente ningún investigador hace depender totalmente la aceptación o el rechazo de una hipótesis conceptual del resultado de un solo estudio. En términos bayesianos, el investigador comienza cada investigación con algún grado de confianza (un grado de probabilidad subjetiva) en una hipótesis particular, y luego revisa su grado de confianza en esa hipótesis dependiendo de los resultados de la investigación. No hay duda de que esta es una descripción más realista de la conducta de investigación que la ofrecida por el modelo fisheriano de la prueba de la hipótesis nula.

Cómo se explica entonces el desconocimiento general de la estadística bayesiana que reina entre los psicólogos. La respuesta es multidimensional. En primer lugar, hay que reconocer que la estadística fisheriana es el paradigma de la ciencia estadística. Esa es la estadística que se enseña normalmente a todas las profesiones que de algún modo requieren de conocimientos estadísticos mínimos. Esto ha permitido que dicha estadística haya podido ser codificada de manera que su difusión resulte

relativamente fácil. Es posible que nunca la estadística bayesiana alcance la simplicidad de codificación que hoy tiene la estadística fisheriana. En segundo lugar, el costo en esfuerzo humano colectivo que representa el cambio de un procedimiento ya establecido es muy alto, pues no se trata de un simple cambio de fórmulas, sino un cambio en los fundamentos lógicos del análisis. La introducción en el modelo bayesiano de las creencias subjetivas del investigador constituye un elemento incómodo para investigadores acostumbrados a la automatización de los procedimientos. Lo mismo puede decirse de la necesidad de pensar las posibilidades de análisis en función de la naturaleza del problema de investigación, mientras que en la estadística fisheriana un análisis vale como la misma respuesta ante muchas preguntas diferentes, y llevando el razonamiento hasta el absurdo, como la respuesta para una pregunta que nadie ha hecho. Por todo esto, creo que en el presente las posibilidades de una alternativa a la estrategia inferencial fisheriana son remotas, pero esta situación no significa que haya que abstenerse de dar a conocer las principales diferencias de una estrategia de análisis que en la actualidad sobrevive a su valor. Creo que el punto de partida de una renovación de esta fase del proceso de investigación en psicología implica un cambio en la filosofía subyacente al papel del análisis estadístico en el mismo. El investigador no debe delegar en el análisis la responsabilidad de afirmar cuándo las observaciones realizadas hacen aumentar, disminuir o mantener constante su creencia en una proposición.

Los procedimientos de análisis estadísticos sirven en la medida en que ayudan al pensamiento, no cuando se pretende sustituirlo. Berkson (citado por Edwards, Lindman y Savage, 1963, p. 217) ha sugerido el uso de "la prueba traumática interocular, usted sabe lo que significan los datos cuando la conclusión lo golpea entre los ojos". Con esto quiere decir que en ocasiones la inspección directa de los datos puede ser una vía insustituible para interpretar adecuadamente el significado de una investigación.

Los responsables de la formación estadística de los psicólogos podrían contriubir más que nadie a desarrollar una nueva actitud hacia el valor del análisis estadístico en la investigación psicológica. El énfasis excesivo puesto en la rutina de los cálculos, además de limitar el espacio a la discusión de los razonamientos subyacentes, contribuye a desarrollar una actitud de servidumbre frente a la Estadística, y una creencia mágica en la supuesta omnipotencia del análisis estadístico. Sólo así se entiende la actitud del estudiante que renuncia a lo que de manera patente le dicen los datos, para seguir lo que resulta de un análisis aunque le parezca absurdo. Su servidumbre ante la Estadística le lleva a dudar de su propia capacidad de interpretación, pero no del análisis. Esta situación debe ser cambiada, o de lo contrario el análisis estadístico terminará por perder valor para las investigaciones psicológicas. Terminaré esta exposición reiterando el contenido esencial de su mensaje: Es necesario restituir al aná-

lisis estadístico su carácter auxiliar y subordinado en la investigación psicológica. El psicólogo nunca debe olvidar que sus hipótesis, en tanto que hipótesis científicas, no son de la misma naturaleza que las hipótesis estadísticas (Bolles, 1962) que se aceptan o se rechazan por medio de decisiones. Las hipótesis científicas son más bien creencias que se fortalecen o se debilitan gradualmente en función de las evidencias disponibles. Ningún análisis estadístico podrá sustituir al investigador en la tarea de tratar de distinguir la realidad de la ficción, cuya frontera parece ser un continuo oscuro imposible de iluminar por medio de un criterio discontinuo, establecido arbitrariamente.

BIBLIOGRAFIA

- Bakan, D. : *On Method. Toward a Reconstruction of Psychological Investigation*. San Francisco: Jossey - Bass, 1974.
- Bolles, R. G. : The difference between statistical hypotheses and scientific hypotheses. *Psychological Reports*, 1962, 11, 639-645.
- Cowles, M., & Davis, G. : On the origins of .05 level of statistical significance. *American Psychologist*, 1982, 37, 553-558.
- Edwards, A. L. : *Experimental Design in Psychological Research*. New York: Holt, Rinehart and Winston, 1972.
- Edwards, W., Lindman, H. & Savage, L. J. : Bayesian statistical inference for psychological research. *Psychological Review*, 1963, 70, 193-242.
- Fisher, R. A. : Statistical Methods and Scientific Induction. *Journal of the Royal Statistical Society*, 1955, 17, 69-78.
- Garfield, S. L. : Research Problems in Clinical Diagnosis. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 1978, 46, 596-607.
- Keren, G. (Ed.) : *Statistical and Methodological Issues in Psychology and Social Sciences Research*. Hillsdale: Lawrence Erlbaum Associates, 1982.
- Nunnally, J. : The place of statistics in psychology. *Educational and Psychological Measurement* 1960, 4, 641-650.
- Pitz, G. F. : Applications of Bayesian Statistics in Psychological Research. En Keren, G. (Ed.), op. cit. pp. 245-281.

- Rosenthal, R., & Gaito, J. : The interpretation of levels of significance by psychological researchers. *Journal of Psychology*, 1963, 55, 33-38.
- Rozeboom, W. W. : The fallacy of null-hypothesis significance test. *Psychological Bulletin*, 1960, 57, 416-428.
- Rychlak, J. F. : *A philosophy of science for personality theory*, 2nd ed. Malabar: Krieger Publishing Company, 1981.
- Skipper, J. K., Guenther, A. L., & Nass, G. : The sacredness of .05: A note concerning the uses of statistical levels of significance in social science. *American Sociologist*, 1967, 2, 16-18.
- Smith, K. : Tests of significance: Some frequent misunderstandings. *American Journal of Orthopsychiatry*, 1983, 53, 315-321.
- Weimer, W. B. : *Notes on the methodology of scientific research*. Hillsdale: Lawrence Erlbaum Associates, 1979.
- Winer, B. J. : *Statistical Principles in Experimental Design*. New York: McGraw-Hill, 1962.
- Winkler, R. L. : The bayesian approach: A general review. En Keren, G. (Ed.), op. cit. pp. 217-244.

UN ENFOQUE CONDUCTUAL SOBRE "DATOS FENOMENOLOGICOS"¹

Parker E. Lichtenstein

Resumen

Se evalúa la importancia del reciente renacimiento de la fenomenología poniendo énfasis tanto en sus fuerzas como en sus debilidades. Se hace un esfuerzo por colocar a la fenomenología dentro del contexto de una psicología conductual ampliada.

La reacción negativa a la formulación que hizo Watson de su posición conductista fué tan enérgica como inmediata. Como era de esperarse, estructuralistas y funcionalistas expresaron su desacuerdo, y los psicólogos de la Gestalt no tardaron en imitarlos (Roback 1923, 1937; Kohler, 1929).. Fuera del campo de la psicología hubo también una fuerte acusación. Los teólogos y sus seguidores reaccionaron como si Watson hubiera atacado las más preciadas creencias del hombre, algo que quizás hizo (King, 1930; Wickham, 1928). Los filósofos, todavía bajo el influjo del idealismo, se inclinaron en su mayor parte por despachar al conductismo con un encogerse de hombros o por expresar su incredulidad ante el hecho de que un psicólogo pudiera adoptar una posición tan ingenua (Blanshard, 1939). Hubo, sin embargo, algunas excepciones. Russell (1927) reaccionó favorablemente ante algunos aspectos de la revolución conductista, y Holt (1916, 1931) abrazó el conductismo en forma entusiástica.

Las críticas continuaron, provenientes de escritores humanistas, quienes consideraban que en cierta forma el conductismo minaba la dignidad del hombre y la creencia en la libertad humana (Krutch, 1953).

1. Publicado originalmente en *The Psychological Record*, 1971, 21, 1-16. Traducción de Ene-rio Rodríguez Arias.

Además, muchos de ellos consideraban que una disciplina que se inclinaba cada vez más a la investigación animal, nunca podría igualar las intuiciones sobre la naturaleza humana de un Shakespeare o un Dostoiévsky. Los estudiantes repetían libremente estas críticas y se quejaban de que no podían ver la importancia de los estudios sobre condicionamiento y aprendizaje de laberinto para su propia conducta. Posteriormente, cuando la psicología clínica y la psicología social se convirtieron en campos de estudio bien establecidos y hasta florecientes, surgió la pregunta de si en realidad el conductismo tenía mucho que ofrecer (Koch, 1964). La "Psicología General" de Hunter (1919) y la "Psicología Social" de Allport (1924), ambas escritas desde un punto de vista conductista, parecen haber ofrecido muy poco que ya no estuviera contenido en el tratamiento convencional, aparte de un intento de hacer un enfoque riguroso y objetivo en el estudio de estos campos.

Más recientemente, el ataque contra el conductismo ha venido de los frentes fenomenológicos y existenciales. Los fenomenólogos han repetido una de las primeras críticas, a saber, que el conductismo niega o desprecia lo que es más evidente para cada uno de nosotros, nuestra propia conciencia. En Europa Occidental, el conductismo nunca fue aceptado, y ni siquiera fue seriamente tomado en cuenta. En consecuencia, el principal desarrollo del pensamiento europeo ha ido desde el idealismo del siglo XIX a la fenomenología y el existencialismo del siglo XX. En Inglaterra, bajo la influencia del positivismo lógico y de la filosofía analítica, el clima fue decididamente más receptivo al pensamiento conductista (Ryle, 1949). Pero aún así, hubo poca aceptación del conductismo, excepto como un enfoque metodológico.

Sin embargo, a pesar de la generalizada falta de aceptación, la influencia conductista en psicología continuó aumentando durante los años 30, 40 y posiblemente aún en los 50. El otrora dominante interés en la percepción cedió el paso a un énfasis sobre el aprendizaje. La llamada teoría del aprendizaje se prestó fácilmente al tratamiento conductista en manos de hombres como Guthrie, Tolman, Hull, y Skinner. Con estos escritores, el conductismo se hizo decididamente más sofisticado que la versión inicial de Watson. Cuando el conductismo abrazó el operacionalismo y el positivismo lógico, pasó a ser conocido como neoconductismo. Con este desarrollo, sin embargo, parece haber ocurrido un cambio en la posición metafísica subyacente. Los primeros conductistas habían tendido a concebir la conciencia como conducta, y buscaban interpretaciones conductistas de la imaginación, del pensamiento, y de otros procesos mentales (Watson, 1924; Goss, 1961). El nuevo conductismo no sólo tendía a ignorar estos procesos, sino que hasta parecía dispuesto a admitir que los mismos no eran conductas. Más bien los consideraba como eventos privados excluidos para siempre del campo de la ciencia (Lichtenstein, 1959). La posición neoconductista, por tanto, más que

representar una innovación significativa, retrocedió a los antiguos dualismos de mente y cuerpo, subjetivo y objetivo, apariencia y realidad. Aquí había una debilidad dentro del conductismo, el cual admitidamente no podía estudiar todas las actividades humanas en una forma consistente.

Tan temprano como en 1922, Kantor vió la posibilidad de una reconciliación en psicología, encontrando una base para el acuerdo en las discusiones del error de estímulo en las investigaciones psicofísicas. Kantor sostenía que el desacuerdo no había estado sencillamente en la interpretación de los datos, como ocurre en las otras ciencias, sino que se extendía a la naturaleza misma de los datos psicológicos. Aunque Kantor estaba de acuerdo en que el factor perceptual en el experimento psicofísico es un factor difícil de manejar, propuso que se lo considerara como un sistema complejo de reacción, en principio no diferente de otros factores. Kantor concluyó en que los psicólogos podían ponerse de acuerdo sobre sus datos y métodos fundamentales, y vinculó los obstáculos en la vía de tal acuerdo a la aceptación tradicional de una posición filosófica defectuosa. Lichtenstein (1959), apoyando a Kantor, descubrió que la teoría perceptual era un baluarte viviente del mentalismo en psicología y sugirió que los nuevos desarrollos podían dar como resultado la eliminación de uno de los últimos baluartes de la psicología mentalista o fenomenológica.

Una reciente preocupación por este problema se refleja en el Simposio de Rice, publicado como "Behaviorism and Phenomenology" (Wann, 1964). Algunas teorías reportadas en el simposio son resumidas a continuación:

"Koch sostiene que el conductismo ha sobrevivido a cualquier utilidad que alguna vez pudiera haber tenido. Koch defiende la posición de que el conductismo descansa en una filosofía de la ciencia inadecuada y pasada de moda, que proyecta una imagen deprimente y supersimplificada del hombre y que limita desastrosamente el alcance de la investigación psicológica. En el mismo volumen, Rogers sostiene que aunque no se opone al conductismo, considera que la psicología debe ir más allá de él. MacLeod, igual que Rogers, ve considerable valor en un enfoque fenomenológico, aunque no está seguro de que el conductismo y la fenomenología sean incompatibles. Scriven considera que algunas formas defendibles de conductismo y fenomenología pueden ser reconciliadas, y Malcom ve al conductismo esencialmente como una doctrina del fisicalismo desarrollada por el Círculo de Viena. Aunque aprueba gran parte de la filosofía conductista, Malcolm sostiene que el conductismo no puede manejar las afirmaciones en primera persona y "no logra percibir el testimonio de sí mismo en sus justas dimensiones (P. 154)". Otra forma de expresar la crítica de Malcolm al conductismo es decir que "el conductismo considera al hombre únicamente como un objeto (P. 154)". Entre los partici-

pantes sólo Skinner defiende la posición de que la psicología conductista continuará siendo la psicología científica del futuro. Tal como él lo ve, "el conductismo como una filosofía de la ciencia declinará en significación a medida que el análisis científico se haga más poderoso, y el prolongado mentalismo de campos como la sensación y la percepción desaparecerá a medida que técnicas alternativas demuestren su valor en el análisis del control de estímulo".

Pasando a otro trabajo reciente, Volumen 5 de la obra *"Psychology: A Study of a Science"* (Koch, 1963), encontramos presente un alto grado de interés en el problema de la percepción. Guttman (1963), por ejemplo, considera que es necesario complementar la teoría de la conducta con una psicología de los procesos aferentes. En general, Guttman defiende el retorno a un dualismo metodológico, y su nueva posición indica un retorno a las viejas definiciones de la psicología como "el estudio de la conducta y la experiencia".

Un muestreo de publicaciones recientes indica que muchos psicólogos han abandonado un enfoque estrictamente conductista y parecen deseosos de incluir datos fenomenológicos. La vieja psicología de la sensación y la percepción indudablemente parece estar volviendo por sus fueros. El renacimiento de la fenomenología es quizás el hecho más impresionante en la psicología de los años 60. Trataré de evaluar la importancia de este renovado énfasis, sus fuerzas y sus debilidades, y de colocarlo dentro del contexto de una psicología conductual ampliada.

Fenomenología y Psicología

La fenomenología no es fácil de definir y ha llegado a significar muchas cosas diferentes. El diccionario de Warren (1934) la define como "La investigación sistemática de fenómenos o experiencias conscientes, especialmente tal como ocurren inmediatamente en la conciencia, sin implicaciones". MacLeod (1964) señala que la fenomenología psicológica debe ser distinguida de otros movimientos que han sido llamados fenomenológicos. El uso del término proviene en gran parte de Husserl, cuya fenomenología ha influido en escritores modernos, como Sartre, Binswanger, y Merleau-Ponty. A pesar de la atención que los fenomenólogos filosóficos y los existencialistas han estado recibiendo, su obra no es particularmente apropiada para la presente discusión. Quizás la psicología más elaborada y sofisticada que ha surgido dentro de esta tradición fenomenológica particular es la de Merleau-Ponty (1942, 1962). La psicología de Merleau-Ponty ha sido criticada desde el punto de vista de la psicología conductual por Bucklew (1955). Nos concentraremos, por tanto, en la fenomenología que, como dice MacLeod (1964), es prope-
deútica a una ciencia de la psicología; esto es, la fenomenología no debe

ser confundida con la psicofísica, la psicología sensorial, la psicofisiología, o la psicología social, aunque puede conducir a ellas.

Una mejor representación de la fenomenología psicológica puede obtenerse echando una breve ojeada a su historia. Como ha dicho Boring (1942) podemos considerar que la tradición fenomenológica se inicia con Goethe y sus estudios sobre el color. Aunque los científicos generalmente se han inclinado en favor de Newton y en contra de Goethe, MacLeod (1964) señala que en un sentido fenomenológico el blanco es un color por derecho propio y no es, al menos fenomenológicamente, una combinación de colores. John Dalton presentó en 1794 una descripción fenomenológica de su observación de los colores y le dió categoría científica al concepto de ceguera cromática. Indudablemente, uno de los más grandes fenomenólogos fue Purkinje. Se dice que mientras paseaba al anochecer por un jardín florido, advirtió que el brillo relativo de ciertas flores parecía diferente de lo que había visto durante el día. A partir de tales observaciones fenomenológicas, describió el conocido "fenómeno de Purkinje". La obra de Katz (1935) sobre el color es un ejemplo clásico de observación fenomenológica. Basándose en la experiencia visual, Katz distinguió colores de superficie que son localizados como colores de objetos percibidos, colores de volumen que son tridimensionales como aquellos de los líquidos transparentes, y colores de película que no están localizados y no tienen características espaciales precisas. Todos estos ejemplos ilustran el valor de observar lo dado, sin preconcepciones, al menos hasta donde sea posible.

Un análisis de la fenomenología psicológica revela los siguientes puntos fuertes de dicho enfoque:

- 1.—La fenomenología ha establecido una refinada tradición de fidelidad a la experiencia, tal como nos es dada. Que la apertura a la experiencia puede ser un recurso formidable está demostrado en las obras de Wertheimer, Hering y Rubin, además de los investigadores ya mencionados.
- 2.—La fenomenología psicológica abarca el campo ampliamente, pues nada que pueda ser experimentado es ajeno a ella.
- 3.—La fenomenología puede presentar una descripción del significado experimentado que no puede ser manejado adecuadamente en términos fisicalistas.
- 4.—La fenomenología es congruente con nuestra creencia de sentido común de que las ideas, percepciones, esperanzas y temores son de gran importancia. Una teoría del campo fenomenológico, como por ejemplo, la de Combs y Snygg (1959), es asimilada

fácilmente por los estudiantes porque concuerda con nociones de sentido común. Tal sistema proporciona explicaciones sencillas de la conducta anormal, de las costumbres y tabúes, y, en realidad, de los fenómenos socio-psicológicos en general.

Existen también serias debilidades en la fenomenología tal como es concebida actualmente:

- 1.—La fenomenología muestra un carácter encapsulado, pues estudia la experiencia subjetiva del individuo y trata dicha experiencia como algo separado del ambiente real (Brunswik, 1952).
- 2.—Relacionada con el carácter encapsulado está la inaccesibilidad del campo fenomenológico a cualquier tipo de análisis científico.
- 3.—A pesar del intento de Husserl de poner entre paréntesis las suposiciones sobre la realidad, la fenomenología parece reflejar las suposiciones dualistas; esto es, el mundo de los fenómenos no debe ser igualado con el mundo de los eventos físicos. Es difícil aceptar la pretensión de que la fenomenología procede sin presuposiciones.
- 4.—La fenomenología en sí misma no proporciona ninguna comprensión de las relaciones funcionales. Esto quiere decir, como han reconocido los gestaltistas, que la psicología tiene que ir más allá de la fenomenología. La fenomenología en su formulación tradicional es sólo propedéutica a la psicología.

Uno puede estar de acuerdo con muchas de las críticas hechas al conductismo clásico y contemporáneo. Por otra parte, la fenomenología no parece ser una alternativa probable. Quizás valga la pena entonces explorar la posibilidad de preservar las contribuciones de la fenomenología mientras se evitan sus debilidades, incorporándola a una psicología conductista ampliada.

El Valor de los Paradigmas en Psicología

En vista de que muchos de los problemas tratados aquí son de carácter metasistémico, uno no siempre puede apelar a evidencia empírica directa para ser convincente. Uno sólo puede afirmar la creencia de que la dicotomía conducta y experiencia ha tenido graves consecuencias para la psicología y ha contribuido al estado insatisfactorio de la teoría psicológica. Desde luego, los psicólogos, al establecer un conjunto de postulados o suposiciones generales, deben reconocer que una formulación teórica no tiene que ser considerada como verdadera o falsa sino más bien como relativamente útil o no útil. El conductismo tradicional ha sido

útil, pero quizás no lo suficiente. Lo mismo puede decirse de la fenomenología, la psicofísica, la psicología sensorial, etc.

Kuhn (1962) nos ha demostrado cuán importantes han sido los paradigmas en la historia de la ciencia. Por paradigma, Kuhn entiende un compuesto de ley, teoría, aplicación, e instrumentación, que tomado en conjunto, proporciona un modelo del cual puede surgir una tradición científica coherente. El cita como ejemplos de paradigmas la astronomía de Ptolomeo, la dinámica de Aristóteles, y la óptica de las ondas. Kuhn ha demostrado que los paradigmas ganan status cuando son más exitosos que sus competidores en resolver problemas que se han hecho agudos. Un nuevo paradigma representa una irrupción violenta, y lo que Kuhn llama ciencia normal, consiste en la realización de la promesa del paradigma a través de una gran cantidad de trabajos de investigación. En su funcionamiento, el paradigma puede parecer "Un intento de introducir forzosamente a la naturaleza en la caja prefabricada y relativamente inflexible que proporciona el paradigma (p. 24)". Es característico que los fenómenos que no se ajustan a la caja pueden no ser observados o pueden ser ignorados. Además, los partidarios de un paradigma normalmente no desarrollan nuevas teorías y pueden mostrar poca tolerancia hacia las teorías desarrolladas por otros. La gran ventaja del paradigma, sin embargo, es que permite a los científicos estudiar la naturaleza en profundidad y detalle, lo cual no sería posible sin él, y además permite la solución de problemas que no habrían sido enfrentados de no haber un compromiso con el paradigma.

La discusión de Kuhn sobre los paradigmas y su papel en la ciencia puede tener considerable valor para el análisis de teorías psicológicas. En la historia de la psicología, podemos distinguir un número de paradigmas que han funcionado más o menos en la forma que ha indicado Kuhn. Ejemplos serían, la psicofísica de Fechner, el estructuralismo de Titchener, la respuesta condicionada de Pavlov, el sistema hipotético-deductivo de Hull, el isomorfismo de Kohler, y la operante de Skinner. Al evaluar tales paradigmas psicológicos, ha habido una tendencia a rechazar el paradigma siempre que sus limitaciones se han hecho obvias. Tal procedimiento tiene poco de recomendable, pues todo paradigma ha implicado alguna realización sólida, y aún sus errores pueden conducir a resultados significativos. Por otra parte, la práctica científica conducirá inevitablemente a una crisis, esto es, al descubrimiento de algún problema que no puede ser resuelto dentro del contexto del paradigma. Cuando se llega a tal situación, se hace necesaria una nueva estructura conceptual.

Es posible que la psicología de hoy haya llegado a dicha crisis. La necesidad de abarcar los llamados estados internos de conciencia dentro

de un sistema amplio ha sido reconocida. Varias posibilidades se sugieren a sí mismas:

- 1.—La extensión de un paradigma conductista, por ejemplo, el Skinneriano, para resolver el problema planteado por los eventos privados.
- 2.—La extensión de la fenomenología en forma tal que abarque nuestro conocimiento del mundo externo. Tal posibilidad parece sumamente remota, en vista del carácter encapsulado de la fenomenología, mencionado antes.
- 3.—El reconocimiento de la conducta y la experiencia como áreas metodológicamente distintas y la inclusión de conceptos experienciales en las leyes conductuales. Este es esencialmente el enfoque de Guttman.
- 4.—La cultivación de las posiciones fenomenológica y conductista, aceptando las contribuciones que cada una puede hacer a un diálogo productivo. Tal enfoque ha sido defendido por Hitt (1969).
- 5.—El desarrollo de una psicología conductual ampliada que abarque los datos fenomenológicos y haga innecesaria cualquier clase de postulación dualista. Sugerencias en este sentido han sido hechas por Kantor (1922), Lichtenstein (1959), y más recientemente por Groman (1970).

Ampliación del Paradigma Conductista

Entre los conductistas, Skinner (1964) es excepcional, en el sentido de que no ha tratado de evadir el problema planteado por la experiencia consciente. El ha discutido algunas de las complejidades implicadas en las teorías que consideran la visión como una copia, así como las dificultades implicadas en la acción de conocer un objeto a distancia. Para Skinner, es una línea de investigación productiva suponer que ver no necesariamente implica algo visto. La acción de ver está bajo control de muchas variables y puede ocurrir cuando no hay nada que pueda ser visto. En este punto, Skinner parece valorar el gran número de factores de los cuales la acción de ver puede ser una función. Aunque sería contrario a su propio pensamiento, Skinner parece orientarse en la dirección de una interpretación de campo de la conducta visual. En consecuencia, Skinner enfoca el problema de "Ver que estamos viendo". El señala que aprendemos a ver que estamos viendo, porque la comunidad verbal lo hace posible. Como para Skinner la acción de ver no exige que algo sea visto, no es necesario complicarse con imágenes, recuerdos y fantasías.

Fantasear puede ser considerado simplemente como la conducta de ver. Para Skinner, los problemas de la sensación y de la percepción se convierten en gran parte en problemas de control de estímulo. Dice él:

"El meollo de la posición conductista acerca de la experiencia consciente puede resumirse de esta manera: Ver no implica algo visto. Adquirimos la conducta de ver bajo la estimulación de objetos reales, pero esa conducta puede ocurrir en ausencia de tales objetos, bajo el control de otras variables. (En lo que respecta al mundo dentro de la piel, siempre ocurre en ausencia de tales objetos). Adquirimos también la conducta de ver que estamos viendo, cuando estamos viendo objetos reales, pero dicha conducta también puede ocurrir en ausencias de tales objetos.

Questionar la realidad o la naturaleza de las cosas vistas en la experiencia consciente, no es cuestionar el valor de la psicología introspectiva o de sus métodos. Los problemas actuales en el campo de la sensación son relacionados principalmente con la función fisiológica de los receptores y los mecanismos nerviosos asociados. Por el momento, los problemas del campo de la percepción son menos estrechamente relacionados con mecanismos específicos, pero la tendencia parece ir en la misma dirección. En lo concerniente a la conducta, tanto la sensación como la percepción, pueden ser analizadas como formas de control de estímulos. No hay por qué considerar al sujeto como observador o evaluador de experiencias conscientes. Evidentes anomalías de control de estímulos, que ahora se explican apelando a relaciones psicofísicas o a leyes de percepción, pueden ser estudiadas por su propio derecho. Después de todo, no es una solución real atribuirles a desviaciones inherentes al proceso de convertir estímulos físicos en experiencias subjetivas (1964, p. 89)".

En general, Skinner subraya la importancia de la comunidad reforzante en el desarrollo de hábitos verbales. Considera que la confianza en lo que él llama "estaciones mentales" en el análisis de la conducta es insatisfactoria para un sistema explicativo. Sus objeciones consisten en que el análisis mentalista muestra una predilección por las secuencias causales incompletas, que implica problemas creados por las limitaciones de la autodescripción, que confunde el orden de los eventos y que las estaciones mentales son puras invenciones. Skinner confía en que a medida que el análisis se haga más poderoso, el sobreviviente mentalismo desaparecerá. Si uno objeta que Skinner no logra preservar la riqueza del mundo de la experiencia, su respuesta es que la tarea del análisis científico no es proporcionar riqueza. Por ejemplo, el análisis de un físico sobre una puesta de sol, no tiene la riqueza de la puesta de sol observada.

No hay duda de que la psicología de Skinner es capaz de producir un análisis poderoso de la conducta humana que puede hacer referencias a mucho de lo que innecesariamente se ha llamado mental. Por otra parte, Skinner nos hace sentir algo incómodo. Dice que no está convencido de que las cosas observadas e inferidas por Rogers como significativas para la conducta sean realmente fuerzas motivadoras fundamentales. Sugiere que en realidad pueden ser epifenómenos. En cierto sentido podemos estar de acuerdo con Skinner, pero debemos admitir hasta la

convicción que por lo menos algunos eventos mentales son sumamente importantes en la instigación o mediación de la conducta. En realidad, es plausible considerar el evento mental como algo fundamentalmente diferente de un evento conductual manifiesto? Si no, podríamos reformar la afirmación de Skinner para decir que algunas conductas llamadas mentales guardan una relación causal importante con la conducta manifiesta y que quizás otras conductas llamadas mentales guardan una relación causal completamente insignificante con la conducta. Llamarlas epifenómenos tiene implicaciones que bien podemos evitar.

En su debate con Blanshard, Skinner (Blanshard y Skinner, 1967), aclara que no rechaza los eventos mentales o privados porque sean inobservables sino más bien porque no hay tales eventos mentales. En esta forma, Skinner rechaza el mentalismo de Boring y Stevens y el de Tolman y Spence, quienes consideran a la experiencia inmediata como el fundamento de toda ciencia pero como el objeto de estudio de ninguna. Pero Skinner hace la ulterior observación de que los llamados eventos mentales no tienen nada que ver con la conducta. Dice él, "Ideas, motivos, y sentimientos no juegan ningún papel en su explicación (p. 325)". Si Skinner quiere decir que un evento inexistente no puede jugar un papel en una explicación científica, es indudable que tiene razón. Pero si él quiere decir que el equivalente físico del evento supuestamente mental, no obstante ser observado, no puede intervenir en leyes psicológicas de dependencia funcional, es casi seguro que está equivocado. En realidad, Day (1969) cree que Skinner no cierra la puerta al uso de datos fenomenológicos en la formulación de leyes de relaciones funcionales. Negar tal posibilidad parece cerrar la puerta a una reconciliación efectiva del conductismo con la fenomenología, y además equivaldría a sacar algunos eventos naturales de las conexiones causales y, de hecho, convertirlos en epifenómenos.

Nosotros dudamos que Skinner quiera hacer epifenómenos de los eventos privados. El quiere liberar a la psicología de todos los residuos de mentalismo y además quiere permanecer con las condiciones externas de la conducta en el grado en que esto sea posible. Tal procedimiento probablemente es no solo incuestionable sino que es altamente deseable. Trabajar con variables externas puede, a la postre, proporcionar considerable clarificación de la llamada vida mental.

Los conductistas, lamentablemente, han sido muy ambiguos en torno a las implicaciones de la revolución conductual para el tratamiento de percepciones, sentimientos, pensamientos, etc. Estamos endeudados con Blanshard (1965) por habernos demostrado que no hay ningún acuerdo fundamental entre los conductistas acerca de lo que significa "La reinterpretación conductual de la psicología". El indica que no hay ninguna unanimidad, quizás ningún acuerdo fundamental entre Herrns-

tein, Guttman, Teitelbaum, Dews, Sidman, y Skinner, quienes participaron en un simposio (Boring, 1964), que se proponía reinterpretar la psicología desde un punto de vista conductual. Las posiciones van desde un conductismo radical (negación de la consciencia) hasta un franco dualismo o mentalismo.

Los conductistas y los psicólogos conductuales, para usar un término más inclusivo, se deben a sí mismos y a su ciencia el indentificar sus diferencias y si es posible, eliminarlas. No se sugiere que un acuerdo completo sea deseable o posible, sino que es necesaria una comprensión más clara de los asuntos que dividen a los conductistas para que pueda lograrse algún progreso teórico.

Otro intento de abarcar hechos perceptuales dentro del conductismo ha sido hecho por Schoenfeld y Cumming (1963). Para ellos la percepción implica ciertos tipos de complejidades en el funcionamiento conductual. Sugieren un esquema para manejar la percepción en términos de discriminación, $S - R_1 R_2$. En la conducta perceptual de los seres humanos, R_2 es condicional a R_1 . R_1 es llamada la respuesta perceptual y R_2 es la respuesta de reporte. Schoenfeld y Cumming ponen numerosos ejemplos que ilustran cómo la percepción puede ser reducida a conceptos de estímulo respuesta. Subrayan el papel de la respuesta, pues, como dicen ellos, "El percibir debe manifestarse en el responder para que pueda ser manejable en una ciencia natural de la conducta (p. 249)".

El enfoque de Schoenfeld y Cumming puede aclarar una conusión en el tratamiento conductista de datos psicofísicos. Comúnmente los conductistas han adoptado la posición de que ver el color rojo no es un dato para el psicólogo y que el dato real es la respuesta verbal "veo el color rojo", la respuesta de apretar una palanca, o alguna respuesta equivalente. Para un fenomenólogo, que está convencido de la realidad del rojo visto y de la acción de ver, la posición conductista parece absurda. Para Schoenfeld y Cumming la respuesta visual es conservada como un dato, y la respuesta verbal es considerada justamente como lo que es, un reporte. Reducir el rojo visto a reacciones de discriminación de un tipo exclusivamente manifiesto es involucrar a la psicología en absurdos evidentes.

Esperanza de una Psicología Conductual Ampliada (Interconductismo)

Los enfoques de Skinner y de Schoenfeld y Cumming han sido discutidos porque tienen posibilidades. Parece haber muy pocas esperanzas de desarrollar puntos de vista fenomenológicos más allá de las líneas mentalistas. Tampoco parece prometer mucho la sugerencia de Guttman de un dualismo metodológico de la percepción y de la conducta en psico-

logía. Percibir es comportarse. Pero esta posición requiere una defensa más elaborada.

Guttman (1963, p. 137) no puede aceptar la sensación como respuesta a un objeto real o a un estímulo sustituto porque la opinión de sentido común o el realismo ingenuo que considera el rojo como una propiedad de los objetos es, a su juicio, totalmente falsa. Pero esto no necesariamente significa que la alternativa a la opinión de que el rojo está en el objeto sea la de que el rojo está en el sujeto percipiente. Ver algo rojo es más bien una interacción compleja de una persona con un objeto que es rojo. El por qué un objeto es rojo es algo que debe determinarse mediante análisis físico y químico. El por qué una persona ve rojo un objeto es algo que debe determinarse mediante análisis psicológico. Ver algo está bajo el control de muchas variables además de las variables de estímulo. Pero nosotros creemos que hay que empezar con la suposición de un mundo de objetos existentes independientemente de nosotros. De lo contrario, nos vemos rápidamente envueltos en opiniones creacionales acerca de la percepción humana, el idealismo subjetivo, el solipsismo, etc., las cuales en lugar de ayudar al psicólogo lo confunden. En lo que concierne a los problemas de la realidad, estos no tienen por qué ser problemas para el científico que acepta el mundo como lo encuentra e intenta lograr una comprensión de él y una medida de predicción y control.

Quizás una ilustración sencilla ayude a aclarar este punto. Tomemos como ejemplo la interacción de una ameba con un débil ácido. Observamos un flujo citoplásmico y la ameba se aleja del ácido por medio de pseudópodos. Supongamos que eventos químicos internos a una ameba particular interfieren con el proceso del flujo citoplásmico y la formación de pseudópodos. Esta ameba particular interactuará entonces con el ácido en una forma atípica. La reacción de la ameba típica puede decirse que implica discriminación y movimiento o una respuesta discriminativa. El hecho de que nuestra ameba atípica reaccione de un modo diferente no implica que la solución de ácido no sea la misma para todas las amebas. La conclusión aquí parece evidente.

En el caso de la conducta humana, sin embargo, generalmente hacemos un tipo muy diferentes de análisis. Cuando el individuo A responde en una forma típica a un objeto rojo y el individuo B lo hace en la forma atípica de ver una sombra gris, no nos inclinamos a decir que el rojo está en el objeto pero B reacciona atípicamente ante él. En lugar de eso, bajo las influencias subjetivantes del dualismo epistemológico, de las cualidades primarias y secundarias de Locke, de las energías específicas de los nervios de Müller, y de la teoría causal de la percepción, hacemos un análisis muy diferente. Nos inclinamos a decir que el rojo visto por A está en A, y que el gris visto por B está en B. En esta forma podemos llegar muy fácilmente a una psicología subjetiva en la cual el mundo no

existe independientemente, sino como una construcción de la mente humana.

La posición interaccional hace de todas las actividades humanas, trátase de las llamadas actividades mentales o bien de acciones manifiestas, interacciones de organismos con objetos-estímulos. Estos pueden ser objetos del mundo externo o pueden ser condiciones internas capaces de provocar reacciones similares a las provocadas por los objetos. Cuando la percepción es vista en términos de interacción, es evidente que el evento perceptual, al menos en parte, está abierto a la inspección pública. Hay un aspecto de él, sin embargo, que es privado, pues aunque A puede ver a B que mira un objeto rojo, A no puede ver el rojo de B. Este hecho ha sido considerado como si le planteara al científico problemas insuperables. Sin embargo, equivale simplemente a esto: La respuesta de ver un objeto rojo por parte de A y la respuesta de ver un objeto rojo por parte de B son dos eventos diferentes y difieren en detalles aun cuando ambos individuos estén mirando el mismo objeto prácticamente bajo idénticas condiciones. Pero la unicidad implicada en la respuesta de ver el rojo por parte de A no es fundamentalmente diferente de la unicidad de la caída de una hoja particular de un árbol particular. Por tanto, cuando hablamos de subjetividad, parece que lo que queremos decir es unicidad de ocurrencia. La objetividad la podemos considerar como un acuerdo logrado bajo condiciones operacionales aceptables (Crissman, 1944).

Como los problemas del mundo privado y de la subjetividad han tenido gran significación para la psicología, no podemos esperar deshacernos de ellos en unos cuantos párrafos. Los 2,000 años de tradición subjetiva en psicología hacen esto imposible. Lo que sugerimos, al menos, es que la ampliación del conductismo para abarcar todos los eventos psicológicos implique la adopción de un metasistema naturalista y el abandono del dualismo metafísico.

El paradigma de Kantor descansa en el concepto de interacción. El capó interaccional o interconductual consta de muchos factores diferentes, y toda conducta puede ser concebida como un campo multivariable. Factores específicos de campo son:

- a) Los actos de los organismos
- b) Los actos de objetos-estímulos
- c) Los medios de contacto
- d) Los factores de situación, y
- e) La historia interconductual.

Cualquier conducta, sea del tipo manifiesto crudo o sea del tipo mental más sutil, puede ser analizada en sus factores componentes. Es cier-

to que algunas conductas son más difíciles de analizar que otras, pero no hay ninguna que en principio no pueda ser analizada, por difíciles que puedan ser los problemas técnicos (Kantor, 1959).

Sentir, percibir, y pensar han sido tratados como variables dependientes en muchísimos estudios experimentales que se remontan por lo menos a Weber, Fechner, y Helmholtz. En general, el defecto más evidente en tales estudios ha sido la suposición de que el evento "mental" era una función de una sola variable independiente (ley de la variable independiente). Cuando el evento mental es considerado como una respuesta compleja a un campo de variables interrelacionadas, se está preparando el camino a un progreso teórico considerable.

Además, pensar, imaginar, etc., pueden ser estudiados como variables independientes que conducen a importantes cambios conductuales (Homme, 1965). Hay indicios de que estudios de este tipo se tornarán crecientemente importantes, pero, aquí también, el énfasis debe ponerse en las interrelaciones de variables independientes que constituyen un aspecto significativo de un campo complejo.

A fin de ampliar el conductismo de manera que pueda abarcar eventos fenomenológicos, es necesario aceptar la auto-observación. Kantor dice que "prácticamente todo cuanto conocemos sobre la emoción, el pensamiento, la voluntad, el sentimiento, etc., lo hemos aprendido de observaciones de campo del tipo de la autoinspección. Lo mismo puede decirse de las respuestas complejas que constituyen lo que llamamos inteligencia, conducta moral, carácter, etc. de la persona (1924, p. 15)". El pone el siguiente ejemplo:

"Supongamos que vemos a una persona salir de su casa, caminar varias cuerdas, regresar a la casa, y volver a salir llevando debajo del brazo un libro que no llevaba cuando salió la primera vez. Supongamos ahora que se trataba de un caso de olvido con subsiguiente recuerdo. Entonces, lo que hemos observado es una reacción a un libro, la cual fue provocada por algún otro estímulo sustituto del libro. El estímulo preciso que produjo la reacción de recuerdo o los aspectos detallados de la respuesta no pueden, exceptuando algunos casos raros, ser conocidos por nadie con excepción de la persona que ejecuta la conducta. Sin embargo, para comprender la reacción es necesario saber qué la provocó. Tal información sólo puede ser obtenida mediante la observación y el reporte del propio individuo que reacciona (p. 18)".

Otra condición que hay que cumplir para poder manejar adecuadamente los datos fenomenológicos es la de que debemos tratarlos históricamente. La psicología ha tenido mucho éxito con sus análisis transversales de la conducta, tanto del tipo objetivo como del tipo introspectivo. Lo que no hemos logrado hacer es mostrar claramente que el status de la conducta presente, es una función de la historia interconductual o, en términos skinnerianos, de la historia de reforzamiento. Significados

que se muestran tan amplios en la psicología introspectiva no pueden ser entendidos en otra forma que no sea como fenómenos que se desarrollan dentro de la historia de la vida del organismo. Enfoques psicofísicos pueden ser extendidos, utilizando la historia inmediatamente precedente, como, por ejemplo, la forma de las instrucciones dadas al sujeto. En la mayoría de las situaciones que atañen al fenomenólogo, los atributos físicos del estímulo juegan un papel relativamente insignificante, y el factor histórico se muestra muy amplio. No es necesario que el psicólogo plantee preguntas relativas a si la historia no resulta a la postre insignificante, dado que la conducta presente puede ser una función de variables inmediatamente presentes aunque por el momento ocultas en el funcionamiento interno del sistema nervioso. En la práctica, la historia es indispensable para comprender, por ejemplo, el estado ilusorio presente de un paciente paranoide.

Es interesante señalar que hemos tenido muchos estudios históricos de gran significación, como, por ejemplo, los estudios hechos por Harlow (1958) sobre respuestas afectivas en monos. Sin embargo, hemos tenido muy pocos intentos serios de insertar factores históricos directamente en nuestras formulaciones teóricas.

En la psicología conductual, no hay problemas relativos a la conducta humana que no estén abiertos a estudio. Kantor ha proporcionado largos análisis descriptivos de la percepción, el sentimiento, el pensamiento, el deseo, la imaginación, el recuerdo, el razonamiento, la fantasía, etc. Los problemas técnicos implicados en el ir más allá de una simple descripción basada en observaciones de campo son muy grandes. En el campo de los valores, por ejemplo, hay todo tipo de complejidades. Es todo lo que se desea un valor? O en situaciones de valor, tienen los humanos alguna conciencia de que algo desesperadamente deseado en el momento no es bueno sino que puede ser malo? Y si esto es así, no es cierto que los hombres, a veces por lo menos, orientan su conducta de acuerdo a su concepción de lo bueno, aun cuando no coincida con lo que es inmediatamente deseado? Indudablemente, el análisis de tales situaciones es excesivamente difícil.

En el estudio de datos fenomenológicos complejos, generalmente se encontrará que las respuestas verbales latentes juegan un importante papel. La respuesta verbal latente puede ser importante en sí misma, o como un acompañante de fantasías, sentimientos, etc., o como estímulo para alguna otra respuesta. El papel de la comunidad verbal en la formación del repertorio verbal y los hábitos verbales del individuo es casi seguro que es sumamente importante. Apenas hemos empezado a explorar los problemas fascinantes de esta área.

Es infortunado que durante los pasados 40 ó 50 años muchos psicólogos bajo la influencia del conductismo se hayan mantenido al margen

de los importantes problemas sobre los cuales la fenomenología ha centrado nuestra atención. Es igualmente infortunado que con sus preconcepciones metafísicas la fenomenología no haya conducido en direcciones promisorias, al menos desde el punto de vista del análisis científico. Los excesos de cada uno pueden, en realidad, haber reforzado los prejuicios y el encapsulamiento del otro. El futuro, sin embargo, empieza a lucir más brillante. Como ha dicho Kantor (1962, p. 352) "El estudio de campos inter-conductuales no tiene ninguna relación con el realismo histórico, el idealismo, el positivismo, o cualquier otro tipo de fenomenología. En esta forma el psicólogo es liberado del círculo vicioso en el cual un fundamento filosófico espiritualista conduce a una psicología mentalista, la cual a su vez apoya algún tipo de metafísica". Construcciones tales como mente, experiencia privada, sensación, o epifenómenos provenientes de la actividad cerebral, todas desaparecen para ser sustituidas por la inclusión de variables físicas, biológicas, y sociales en el grado en que se pueda saber que estas intervienen en la conducta bajo estudio. El organismo, aunque es un componente importante de un campo inter-conductual, no puede proporcionar una explicación de todo el campo.

En el interés de rigor y precisión, los psicólogos han tendido a insistir en los campos que pueden ser fácilmente manipulados y en aquellos factores que pueden ser tratados matemáticamente. El resultado ha sido una restricción en la amplitud de la psicología. Esto no quiere decir que la psicofísica, la fisiología sensorial, el condicionamiento clásico, y las técnicas operantes, no hayan sido de gran significación para la psicología como una ciencia en desarrollo. Ciertamente lo han sido. Al mismo tiempo, la psicología está tratando de extender sus técnicas a áreas más difíciles.

REFERENCIAS

- Allport, Floyd H. 1924: *Social Psychology*. Cambridge: Houghton Mifflin.
- Blanshard, B. 1939: *The nature of thought. Vol 1*. London: Allen & Unwin
- Blanshard, B. 1965: *Critical reflections on behaviorism*. Proceedings of the American Philosophical Society, 109, 22–28.
- Blanshard, B. & Skinner, B. F. 1967: The problem of consciousness a debate. *Philosophy and Phenomenological Research*, 27, 317, 337.
- Boring, E. G. 1942: *Sensation and perception in the history of experimental psychology*. New York: Appleton-Century-Crofts.
- Boring, E. G., et. al. 1964: *Psychology: A behavioral reinterpretation*. Proceedings of the American Philosophical Society, 108, 451–485.
- Brunswik, E. 1952: The conceptual framework of psychology. In R. Carnap and C. Morris (Eds.), *International encyclopedia of unified science*, Vol. 1, No. 10. Chicago: Univ of Chicago Press.
- Bucklew, J. 1955: The subjective tradition in phenomenological Psychology. *Philosophy of Science*, 22, 289–299.
- Combs. A. W. & Snygg, D. 1959: *Individual behavior*. (Rev. ed.) New York: Harper & Row.
- Crissman, P. 1944: Are psychological data and methods subjective? *Psychological Review*, 51, 162–176.
- Day, W. F. 1969: Radical behaviorism in reconciliation with Phenomenology. *Journal of the Experimental Analysis of Behavior*, 12, 315–328.
- Cross, A. E. 1961: Early behaviorism and verbal mediation responses. *American Psychologist*, 16, 285–298.
- Croman, W. D. 1970: Comment on "Two models of man". *American Psychologist*, 25, 566–567.
- Guttman, N. 1963: Laws of behavior and facts of perception. In Koch, S. (Ed.) *Psychology: A study of a science*. New York: McGraw-Hill.
- Harlow, H. F. 1958: The nature of love. *American Psychologist*, 13, 673–685.
- Hitt, W. D. 1969: Two models of man. *American Psychologist*, 24 651–658.

- Holt, E. B. 1916: *The freudian wish and its place in ethics*. New York: Holt.
- Holt, E. B. 1931: *Animal drive and the learning process*. New York: Holt.
- Homme, L. E. 1965: Perspectives in psychology: XXIV. Control of coverants. *Psychological Record*, 15, 501-511.
- Hunter, W. S. 1919; *General Psychology*. Chicago: Univ. of Chicago Press.
- Kantor, J. R. 1922: Can the Psychophysical experiment reconcile intropectionists and objectivists? *The American Journal of Psychology*, 33, 481-518.
- Kantor, J. R. 1924: *Principles of Psychology*. Vol. I. Granville, Ohio: Principia Press.
- Kantor, J. R. 1959: *Interbehavioral psychology*. Granville, Ohio: Principia Press.
- Kantor, J. R. 1962: Perspectives in psychology. XXI. Psychology: Scientific status seeker. *Psychological Record*, 12, 351-357.
- Katz, D. 1935: *The world of color*. London: Kegan Paul.
- King. W. P. 1930: *Behaviorism*. Nashville. Cokesbury Press.
- Koch. S. (Ed.) 1963: *Psychology: A study of a science*. Vol. 5 The Process areas, the person, and some applied fields: Their place in psychology and in science. New York: McGraw-Hill.
- Koch. S. 1964: Psychology and emerging conceptions of knowledge as unitary. In T. W. Wann (Ed.), *Behaviorism and phenomenology*. Chicago: Univ. of Chicago Press.
- Kohler, E. 1929: *Gestalt psychology*. New York: Horace Liveright.
- Krutch, J. E. 1953: *The measure of man*. New York: Bobbs-Merrill.
- Kuhn, T. S. 1962: *The structure of scientific revolutions*. Chicago: Univ. of Chicago Press.
- Lichtenstein, P. E. 1959: Perspectives in psychology X. Perception and the psychological metasytem. *The psychological Record*, 9, 37-44.
- Macleod, R. B. 1964: Phenomenology: A challenge to experimental psychology. In T. W. Wann (Ed.), *Behaviorism and phenomenology*. Chicago: Univ. Of Chicago Press.
- Merleau-Ponty, M. 1942: *The structure of behavior*. Boston: Beacon.
- Merleau-Ponty, M. 1962: *Phenomenology of perception*. London: Routledge and Paul. New York: Humanities Press.
- Roback, A. A. 1923: *Behaviorism and psychology*. Concord: The Rumford Press.
- Roback, A. A. 1937: *Behaviorism at twenty five*. Cambridge: Sci-Art.

- Russell, B. 1927: *Philosophy*. New York: W. W. Norton.
- Ryle, G. 1949: *The concept of mind*. New York: Barnes & Noble
- Schoenfeld, W. N., & Cumming, W. W. 1963: Behavior and perception. In Koch S. (Ed.), *Psychology: A study of a science*. New York: McGraw-Hill.
- Skinner, B. F. 1964, Behaviorism at fifty. In T. W. Wann (Ed.), *Behaviorism and phenomenology*. Chicago: Univ. of Chicago Press.
- Wann, T. W. (Ed.) 1964: *Behaviorism and phenomenology*. Chicago: Univ. of Chicago Press.
- Warren, H. C. 1934: *Dictionary of psychology*. Cambridge: Houghton Mifflin.
- Watson, J. B. 1924: *Behaviorism*. New York: W. W. Norton.
- Wickham, H. 1928: *The misbehaviorists*. New York: Lincoln Mac Veagh-The Dial Press.

Psicología y Psiquiatría

INFLUENCIA DEL NIVEL EDUCACIONAL EN LA RESOLUTA SEXUAL FEMENINA

Dr. Juan Manuel C.
Martínez Gaitanari y Torres
Calle de la Paz, 100
Pinar del Río

Psicología y Psiquiatría

INFLUENCIA DEL NIVEL EDUCACIONAL EN LA RESPUESTA SEXUAL FEMENINA

*Rosario Fadul C.
Rafael García Álvarez
Aida María Freitas
Laura Erickson*

El creciente interés prestado a la sexualidad es un fenómeno típico de los dos primeros tercios de nuestro siglo. Las investigaciones y estudios realizados han ido logrando la desaparición de los tabúes y conceptos tradicionales, alcanzando colocar la sexualidad en el lugar que le corresponde por derecho propio en los procesos fisiológicos y sociológicos del hombre.

Desde Ellis (1804), Freud (1895), Adler (1911) hasta Kinsey (1948), Masters & Johnson (1954) y Kaplan (1967), son muchas las investigaciones realizadas y todas han llegado a la conclusión de que la respuesta sexual se logra de manera más o menos uniforme. La conducta sexual humana es el producto de factores biológicos, psicológicos y ambientales (citado por McCary, 1980).

La capacidad de responder a la estimulación sexual es una característica universal correspondiente a todos los seres humanos. Aunque la naturaleza del estímulo varía ampliamente, la respuesta fisiológica del organismo es la misma. Sin embargo, las variedades y la intensidad de la excitación sexual que cada persona experimenta varían por completo de una persona a otra.

Objetivos del Estudio

El sexo es lo que determina la diferencia física y constitutiva del hombre y la mujer. Esta diferencia implica además una diversidad de factores, los cuales encierran enormes desigualdades entre el varón y la hembra.

Se han encontrado diferencias significativas no sólo en cuanto a lo físico y constitutivo, sino además en la opinión y el comportamiento.

INFLUENCIA DEL NIVEL EDUCACIONAL EN LA RESPUESTA SEXUAL FEMENINA

*Rosario Fadul C.
Rafael García Álvarez
Aida María Freitas
Laura Erickson*

El creciente interés prestado a la sexualidad es un fenómeno típico de los dos primeros tercios de nuestro siglo. Las investigaciones y estudios realizados han ido logrando la desaparición de los tabúes y conceptos tradicionales, alcanzando colocar la sexualidad en el lugar que le corresponde por derecho propio en los procesos fisiológicos y sociológicos del hombre.

Desde Ellis (1804), Freud (1895), Adler (1911) hasta Kinsey (1948), Masters & Johnson (1954) y Kaplan (1967), son muchas las investigaciones realizadas y todas han llegado a la conclusión de que la respuesta sexual se logra de manera más o menos uniforme. La conducta sexual humana es el producto de factores biológicos, psicológicos y ambientales (citado por McCary, 1980).

La capacidad de responder a la estimulación sexual es una característica universal correspondiente a todos los seres humanos. Aunque la naturaleza del estímulo varía ampliamente, la respuesta fisiológica del organismo es la misma. Sin embargo, las variedades y la intensidad de la excitación sexual que cada persona experimenta varían por completo de una persona a otra.

Objetivos del Estudio

El sexo es lo que determina la diferencia física y constitutiva del hombre y la mujer. Esta diferencia implica además una diversidad de factores, los cuales encierran enormes desigualdades entre el varón y la hembra.

Se han encontrado diferencias significativas no sólo en cuanto a lo físico y constitutivo, sino además en la opinión y el comportamiento.

El objetivo de esta investigación será conocer si el nivel educacional influye en la respuesta sexual femenina.

Kinsey y Asociados (1948) estudiaron la conducta sexual de hombres y mujeres americanos de acuerdo al nivel socio-económico. Con este fin, se determinó el nivel socio-económico del sujeto fundándose en su nivel educativo y ocupacional y en el de ocupación de sus padres.

Los resultados indicaron diferencias socio-económicas en las actitudes hacia las diversas formas de la conducta sexual. Se observó que los factores sociales tenían menor significación en las mujeres que en los hombres en la determinación de los patrones de conducta sexual. Ellos encontraron poca o ninguna relación entre la naturaleza y grado de la actividad sexual de las mujeres y su nivel educativo o el nivel de educación de sus padres. Por ende, la presente investigación pretende conocer si existe una relación entre el nivel de educación, ya sea bachiller o universitaria, en la clase alta, y la respuesta sexual femenina, en la República Dominicana.

REVISION BIBLIOGRAFICA

A. *La Respuesta Sexual en la Mujer*

La respuesta sexual humana está comprendida por dos tipos de reacciones: vasodilatación superficial y profunda generalizadas, y aumento generalizado de la tensión muscular. Estas reacciones están relacionadas con las variables anatómicas relativas a cada sexo. En el caso de la mujer, estas reacciones son las que transforman el estrecho y seco espacio vaginal en un receptáculo bien lubricado, permitiendo así la penetración penéana.

La vagina o vaina, que es el órgano femenino de la copulación y el receptor de semen, cumple una doble función: proporciona el medio físico principal de expresión heterosexual para la mujer, y simultáneamente forma parte integral de su mecanismo conceptivo.

El clítoris es un órgano principal de estimulación sexual; éste se congestiona de sangre durante la excitación sexual debido a que es un órgano rico en terminaciones nerviosas sensoriales, lo cual hace que su estimulación esté acompañada de una intensa sensación de placer. Tanto la vagina como el clítoris son órganos que juegan un papel importante en la respuesta sexual femenina.

Masters & Johnson han dividido la respuesta sexual femenina y masculina en cuatro etapas sucesivas. Dichas etapas son: excitación, meseta, orgásmica y resolución. (Master & Johnson, 1976).

Kaplan (1978) afirma que hay datos clínicos y fisiológicos que favorecen a la formulación de que la respuesta sexual en ambos miembros de la pareja es realmente bifásica. Dentro de este marco bifásico, la respuesta sexual masculina se divide en: erección y eyaculación; y la respuesta sexual femenina está dividida en: fase de lubricación-hinchazón y orgasmo.

Vemos el ciclo de la respuesta sexual en etapas propuestas por Masters & Johnson.

1. *Fase de excitación*: En esta fase vemos que a medida que la tensión sexual aumenta, ocurren muchos cambios en los diferentes órganos femeninos. En los senos se puede observar la erección de los pezones y un aumento de tamaño de los mismos. Las areolas se hinchan en forma considerable. Las venas de la mama se vuelven visibles, formando el “árbol vascular” familiar.

Alrededor de 75% de las mujeres sexualmente estimuladas desarrollan un enrojecimiento de la piel, conocido como “enrojecimiento maculopapular sexual”. Comienza en la región del estómago y garganta, diseminándose hacia las glándulas mamarias; la intensidad, por lo general, empieza en proporción directa con la estimulación recibida. (McCary, 1980).

La miotonía, tensión de los músculos voluntarios (y algunas veces involuntarios), empieza y crece durante esta fase, proporcionando una clara evidencia de que la respuesta sexual de la mujer no está limitada a la región pélvica; ella responde con todo el cuerpo. A medida que la tensión crece, los movimientos de la mujer se vuelven más inquietos, potentes y rápidos. Durante esta fase y las subsiguientes, los músculos de las nalgas y del ano pueden aumentar su tensión en forma voluntaria.

El aumento de la frecuencia cardíaca y de la presión sanguínea corren paralelas al incremento de la tensión sexual. El clítoris crece, aunque la tumefacción puede no ser descubierta a simple vista, y continúa aumentando durante toda la estimulación sexual.

La lubricación o “sudación” en el conducto vaginal es la primera respuesta anatómica de la mujer ante la estimulación sexual. Esta empieza de 10 a 30 segundos después de la estimulación funcional o mental. El líquido vaginal es claro, resbaloso, algo oloroso y alcalino, con lo cual ayuda a neutralizar el conducto vaginal, el cual es generalmente ácido, en preparación al paso del pene.

A medida que continúa la excitación, ocurre la dilatación y alargamiento de la vagina, estando limitados estos procesos a las dos terceras partes del conducto. La superficie arrugada se alisa y la mucosa se adel-

gaza con la expansión, haciendo 250% más grande la vagina en relación con sus dimensiones normales.

En el útero empiezan contracciones rápidas e irregulares y hay evidencia de una reacción vasocongestiva incrementante. Si hay una estimulación prolongada, puede hacer que el útero muestre un aumento de tamaño del doble o triple de las dimensiones normales.

En la última fase de excitación, conforme se acerca la fase de meseta, todo el útero es jalado hacia el abdomen inferior. Los labios mayores responden en forma diferente, dependiendo o no de si la mujer ha parido. En la nulípara, se adelgazan, se aplastan, hay elevación de ellos y se separan de la vagina. En la multípara, se congestionan con sangre, aumentando al doble o triple de su tamaño normal. Los labios menores empiezan a aumentar de tamaño, creciendo finalmente al doble o triple de su espesor normal, tanto en la multípara como en la nulípara. Hay cambio de color desde rojo a vino intenso y debido a la acentuada decoloración que presentan, han sido llamados "la piel sexual de la mujer excitada".

Las glándulas de Bartholino producen una secreción muy escasa de moco, por lo tanto no sirven como fuente de lubricación para facilitar la penetración.

2. Fase de meseta: En esta fase los senos y las areolas se expanden al máximo. Las mujeres que han amamantado muestran menor expansión de los senos que aquellas que no han amamantado.

El enrojecimiento sexual se disemina por casi todo el cuerpo, y al final de este período, la intensidad del color y la expansión del enrojecimiento alcanza su máximo en ambos sexos.

La tensión muscular es observable desde la cabeza a los dedos de los pies. Con frecuencia hay reacciones con gestos, fosas nasales dilatadas y tensión notoria en las comisuras labiales. Los tendones del cuello se ponen rígidos y sobresalen, especialmente con la proximidad del orgasmo. La espalda se arquea y los músculos de los muslos se ponen muy tensos. Posteriormente se observan contracciones espásticas de los músculos de las manos y de los pies.

La frecuencia cardíaca continúa elevándose, así como la presión arterial, ocurriendo la hiperventilación.

El clítoris muestra su respuesta más singular al estímulo sexual durante esta fase. El cuerpo clitorico y el glande se retraen en su posición colgante en la zona pudenda y se encogen profundamente dentro del ca-

puchón. Al final de esta fase, poco antes del orgasmo, la retracción es tan pronunciada que el clítoris está reducido en su longitud cuanto menos en 50%.

En el interior del conducto vaginal hay vasoconstricción acentuada. Los músculos distendidos se contraen voluntariamente, provocando que la vagina se apriete alrededor de la diáfisis del pene insertado durante el coito a medida que la mujer se aproxima al orgasmo.

El útero se eleva hacia el abdomen lo más que le permiten sus ligamentos y tejidos de sostén, produciendo la formación de una cúpula en la porción interna de la vagina e intensificando la fibrilación uterina.

En los labios mayores y menores, los cambios observados por primera vez en la fase de excitación se intensifican. En los labios menores la multiplara experimenta mayor dilatación de las venas que las nulpáras, por lo que es de esperarse un oscurecimiento más intenso en la multiplara.

Las glándulas de Bartholino, si no han secretado previamente su líquido, ahora lo hacen por la estimulación de los movimientos del pene.

3. *Fase Orgásmica:* En esta fase los senos no experimentan cambios notorios. La intensidad del enrojecimiento sexual y las reacciones miotónicas resultan estar paralelas con la intensidad del orgasmo.

Hay contracciones involuntarias de la zona perineal, el recto y la parte baja del abdomen. Además puede observarse enrojecimiento, hinchazón y expansión de la jaula costal. A veces ocurre una distensión involuntaria del meato externo de la uretra.

La frecuencia cardíaca se eleva aún más y la presión arterial continúa ascendiendo. La frecuencia respiratoria está en proporción directa con la intensidad y duración de la tensión sexual.

El clítoris permanece retraído y no es visible, quedando situado abajo de su capuchón durante esa fase.

En la vagina se contrae la plataforma orgásmica con gran intensidad a intervalos aproximados de 0.8 segundos. Hay alrededor de tres o cuatro contracciones y pueden existir hasta quince; el intervalo se alarga después de las primeras contracciones y la intensidad disminuye.

El útero experimenta contracciones de dos a cuatro segundos después de las primeras sensaciones de orgasmos. En forma típica empiezan en la cima del útero y van descendiendo hasta llegar a la cervix.

En los labios mayores y menores no se observan cambios en la nulf- para ni en la múltipara.

4. *Fase de Resolución:* En esta fase vemos que casi todos los órganos y tejidos de la mujer regresan con rapidez a su estado no estimulado después del orgasmo. En los senos ocurre una pérdida inmediata del enrojecimiento y la destumescencia de las areolas. El enrojecimiento sexual desaparece del cuerpo en orden inverso a su aparición.

La tensión muscular declina rápidamente, desapareciendo por completo 5 minutos después del orgasmo, si es que la estimulación sexual no ha continuado.

La frecuencia cardíaca, la presión arterial y la respiración vuelven a su estado normal.

Algunas mujeres desarrollan una película delgada de sudor sobre el pecho, espalda, muslos y tobillos, a medida que el enrojecimiento de la piel desaparece. Además puede aparecer una sudoración intensa sobre todo el cuerpo, especialmente sobre la frente, labio superior y axilas. La abundancia de la respuesta transpiratoria corre paralela con la intensidad del orgasmo.

El clítoris vuelve a su posición colgante normal antes de haber transcurrido diez segundos después que las contracciones orgásmicas de la vagina han cesado. La vasocongestión del glándulo del clítoris y de la diáfisis puede permanecer durante cinco a diez minutos después del orgasmo, persistiendo ocasionalmente hasta por 30 minutos. El proceso retroactivo de toda la zona de la vagina dura unos 15 minutos.

Las contracciones uterinas cesan y el órgano elevado reanuda con rapidez su posición habitual, aunque permanece alargado durante 10 minutos en las mujeres nulíparas y 20 minutos en las múltiparas. Inmediatamente ocurre el orgasmo hay una leve dilatación en la abertura cervical que continúa por 5 a 10 segundos. Las investigaciones recientes demuestran que esta dilatación no ayuda al transporte del semen y no hay proceso de succión en el útero en el momento del orgasmo; esto resulta ser contrario a la opinión científica anterior.

En la nulípara, los labios mayores vuelven a su tamaño normal con mayor rapidez que en la múltipara.

Los labios menores regresan rápidamente al color rosa leve; el cambio ocurre en forma inversa al orden en que ocurrieron en las dos primeras fases.

En las glándulas de Bartholino se observan cambios. No se ha hecho mención de las reacciones de los ovarios y las trompas de Falopio porque no hay observación directa de estos órganos durante la respuesta sexual. Sin embargo, se considera que los ovarios crecen durante las primeras dos fases de la vasocongestión, luego se enjutan al tamaño normal después del orgasmo.

B. Determinantes Psicológicas de la Respuesta Sexual

Kaplan (1974) afirma que la mayoría de los autores están de acuerdo en que la respuesta sexual en general tiene mucho que ver con los factores experienciales. La naturaleza de estos factores puede ser muy amplia.

La teoría psicoanalítica (Freud, 1938) afirma que las experiencias infantiles son las causas decisivas de las respuestas sexuales. También postula que la sexualidad no sólo se circunscribe a las actividades y placer genital, sino que existen otras series de elementos que interactúan, ocupando prácticamente toda la vida del individuo.

Los autores que defienden el punto de vista sistemático de la psicopatología sostienen que las respuestas sexuales están totalmente influenciadas por las relaciones entre los dos miembros de la pareja, porque éstos son los que crean el medio ambiente sexual (Kaplan, 1974). Por su parte, los modelos conductuales afirman que la respuesta sexual está sumamente influenciada por las contingencias que siguen a la conducta sexual. Estos sostienen que las respuestas sexuales son reacciones naturales incondicionadas y los síntomas disfuncionales son inhibiciones aprendidas.

Según Kaplan (1974), la respuesta sexual puede estar influenciada tanto por factores inmediatos como remotos. Las causas inmediatas de las respuestas sexuales operan en el "aquí y ahora" ayudando a la respuesta sexual en el momento en que el individuo intenta embarcarse en una actividad sexual. La respuesta sexual consiste en una serie compleja de reflejos viscerales autónomos, que sólo pueden operar con éxito si la persona en cuestión está tranquila y si no se halla bloqueado por un proceso consciente de control.

En otras palabras, para funcionar bien sexualmente es preciso que el individuo se abandone en la experiencia erótica. Tiene que ser capaz de abandonar temporalmente todo control y de perder hasta cierto punto el contacto con su medio ambiente. Un ambiente de apertura y de mutua confianza permite a la pareja relajarse y entregarse plenamente a sus vivencias eróticas. Este es un requisito indispensable para que se dé un funcionamiento sexual satisfactorio (Kaplan, 1974).

Entre las fuentes específicas de ansiedad, de defensas contra un estado de relajación sexual y de obstáculos para un disfrute sexual pleno, figuran las siguientes:

- 1) El fracaso de la pareja a la hora de establecer una conducta sexual que sea excitante para ambos.
- 2) El temor al fracaso de agradar a su compañero o el temor a ser rechazado.
- 3) La tendencia a erigir defensas intelectuales y sensoriales contra el placer erótico.
- 4) El fracaso de la pareja para comunicarse abiertamente, sin sentimientos de culpa ni mecanismos de defensa, acerca de sus auténticos sentimientos, deseos y respuestas.

Muchas parejas saben muy poco acerca de la sexualidad y se sienten demasiado culpables y atemorizadas como para explorar y experimentar. Las mujeres, que especialmente en sus años jóvenes exigen más estimulación por parte de sus compañeros para que su potencial sexual se desarrolle plenamente, suelen ser las víctimas más frecuentes de esta situación.

Por último, las causas profundas o psicológicas de las relaciones sexuales están influenciadas culturalmente; de esto depende que se creen conflictos sexuales o no. Estas influencias culturales conflictivas pueden ser tanto una crianza sexualmente restringida como una educación restrictiva.

Respuesta Sexual Femenina en Relación al Nivel Educativo

Las estadísticas de Kinsey & Asociados (1967) revelan diferencias sorprendentemente bajas entre las incidencias y las frecuencias del coito marital en las mujeres de los diversos niveles educativos.

Se comprobó que el coito es más frecuente en los sectores más pobres, con escolaridad primaria, de la población.

El número de cópula en los grupos activos, siempre dentro del matrimonio, resultó ser esencialmente el mismo en todos los niveles educativos.

Pero en casi todos los grupos de edades, y particularmente en los más jóvenes, se advierte en menor número de mujeres en los niveles educativos más bajos que habían alcanzado el orgasmo en la cópula con-

yugal (incidencia activa). En los grupos más jóvenes, resulta mayor en el 100% la proporción de mujeres de niveles educacionales superiores que había experimentado orgasmos conyugales.

En cuanto a los porcentajes de las cópulas culminadas en orgasmos, los datos señalan que una proporción mayor de las mujeres de más alto nivel educacional, en contraste con las de educación primaria y secundaria, había llegado al orgasmo en un porcentaje más elevado en sus cópulas maritales.

Hipótesis General:

La revisión teórica expuesta lleva a formular la siguiente hipótesis general:

Si varían los niveles educacionales, entonces se observará una variación en la respuesta sexual femenina.

Sub-Hipótesis:

1. Si varía el nivel de satisfacción de la primera relación sexual y la disposición hacia la misma, variará la respuesta sexual femenina.

2. Si varía la actitud del compañero hacia el orgasmo variará la respuesta sexual femenina.

METODOLOGIA:

a. *Sujetos:* La muestra para este estudio estuvo representada por mujeres universitarias y bachilleres escogidas de los consultorios de centros médicos privados de la ciudad de Santo Domingo..

La muestra estuvo compuesta por 100 mujeres de clase alta entre los 20 y 45 años.

b. *Tipo de Estudio y Diseño:* Se realizó un estudio asociativo para ver si existen diferencias en los niveles educativos en mujeres de clase alta en relación a la respuesta sexual femenina. Se tomó la clase alta debido a la naturaleza autoadministrativa del instrumento y porque se esperaba que las personas de este nivel contestaran con mayor espontaneidad las preguntas del cuestionario.

c. *Operacionalización de las Variables del Estudio:* Ya que el estudio pretende investigar la influencia del nivel educacional en la conducta sexual femenina, la variable "nivel educacional", constituye la variable

predictora. Dicha variable se divide en dos: "bachiller y universitaria". La respuesta sexual femenina se infirió de las respuestas dadas frente a los ítemes del cuestionario diseñados para tal propósito, tales como: relaciones agradables, frecuencia en las relaciones, disfrute de las mismas, logro del orgasmo; constituyéndose en la variable criterio del estudio.

Las variables edad, clase social, nivel educacional de los padres, educación sexual y estado civil se incluyeron además, con el fin de controlar sus posibles variaciones.

La variable edad se controló manteniendo las amplitudes entre 20 y 45 años de edad.

Se escogieron mujeres de clase social alta, la cual estuvo determinada por el ingreso económico de \$2,000.00 en adelante.

El nivel de satisfacción de la primera relación, la disposición hacia la misma y la actitud del compañero hacia el orgasmo fueron todas operacionalizadas por las preguntas 9, 10 y 26, respectivamente.

d. *Técnicas de Selección:* Debido a la dificultad de seleccionar una muestra de la población general para aplicarle este tipo de cuestionario, se realizó un muestreo no probabilístico accidental, donde se reclutaron los sujetos convenientes al estudio de una manera voluntaria.

e. *Instrumento:* Se empleó un cuestionario basado en otro que fue utilizado por estudiantes de Medicina de la UNPHU en su trabajo de tesis sobre "Factores psicosociales en la respuesta sexual femenina de un sector de la población de Santo Domingo en 1983".

Dicho cuestionario constaba de 62 preguntas, de las cuales se tomaron 31 para la realización del estudio.

El cuestionario consta de las siguientes partes:

- 1) Una sección indagando factores generales tales como edad, ingreso económico y nivel educacional de los sujetos participantes.
- 2) Preguntas sobre aspectos específicos correspondientes a la respuesta sexual femenina.
- 3) Preguntas de complemento y con fines de control de algunas variables que puedan influir en la respuesta sexual femenina.

PROCEDIMIENTO

A. Administración del Instrumento

Una vez elegidos los centros médicos: Dr. Yunén, Gómez Patiño, Dr. Betances, Abreu, Abel González, Centro de Pediatría, Ginecología y Obstetricia y Centro Médico Nacional, para la selección de la muestra, se obtuvieron los permisos correspondientes en los diferentes consultorios para la administración de los cuestionarios.

Se seleccionó una muestra preliminar de 30 sujetos que no serían incluidos en la muestra definitiva, para realizar un pre-test, con el fin de detectar posibles dificultades en la comprensión de las preguntas de nuestro estudio.

De los voluntarios elegimos los pacientes que cumplieran con las características que se requerían en este estudio; estas fueron:

1. Pertenecer al sexo femenino
2. Haber tenido experiencia sexual
3. Ingreso de \$2,000.00 en adelante
4. Edad entre 20 y 45 años
5. Ser bachiller o universitaria
6. No estar embarazada
7. No ser viuda
8. No ser divorciada

ANALISIS DE LOS RESULTADOS

Para el análisis de los resultados se empleó la prueba estadística no-paramétrica U de Mann-Whitney, con el propósito de determinar si existen diferencias significativas entre los niveles educacionales incluidos (bachiller y universitario) en relación a la respuesta sexual femenina, a un nivel de significación de 0.05.

Se analizó cada una de las tablas anexas de los cruces e índices de respuesta sexual femenina con la prueba no paramétrica Kruskal Wallace, ya que se trataba de una variable ordinal y más de 2 grupos. Esto con el fin de comprobar o rechazar la existencia de relaciones entre las variables que componen las sub-hipótesis establecidas.

En los casos que dio significativa esta prueba, se procedió a utilizar la U de Mann-Whitney con la finalidad de ubicar la existencia de tales diferencias.

Inicialmente, se hizo el análisis del cuadro general compuesto por los distintos niveles educacionales con respecto a la respuesta sexual femenina (Ver anexo).

El cuadro general nos muestra que aparentemente existen diferencias significativas entre ambos grupos ($Z = 2.15 \ p < 0.05$).

En efecto, se observa que el grupo universitario muestra un índice de respuesta sexual femenina mayor que el grupo de sujetos que sólo cursó hasta el nivel de bachillerato.

La Tabla I muestra que la edad de los sujetos no está significativamente relacionada con la respuesta sexual femenina ($H; X^2_4 = 1.159 \ p > 0.05$).

La Tabla II A nos indica que aparentemente el nivel educativo de la madre tiene una relación significativa respecto a la respuesta sexual de las hijas. ($X^2_3 = 8.19 \ p < 0.05$).

Sin embargo, en la Tabla II B observamos que aparentemente la relación entre el nivel educativo del padre y la respuesta sexual femenina es mucho más significativa en comparación con la de la madre. ($X^2_3 = 29 \ p < 0.001$).

Al efectuar un análisis más específico de las tablas anteriores (Tabla II A y II B), se pudo constatar que existía un índice altamente significativo de respuesta sexual femenina en las hijas de padres con educación universitaria en relación a aquellas cuyos padres sólo alcanzaron un nivel de educación secundario. ($Z = 9.12 \ p < 0.01$).

En la Tabla III observamos que aparentemente no existe una relación significativa entre la educación sexual recibida y el nivel de respuesta sexual femenina. ($Z = 0.06 > 0.05$).

En cuanto a la satisfacción y disposición hacia la primera relación sexual y su relación con la respuesta sexual actual, no se obtuvieron resultados estadísticos debido a la baja frecuencia de sujetos en la categoría de "no-voluntarias". (Ver Tabla V).

La Tabla VI indica que aparentemente la actitud del compañero hacia el logro del orgasmo de su pareja está significativamente relacionada con la respuesta sexual femenina. ($X^2_3 = 13.73 \ p < 0.05$).

Un análisis más detallado de los datos nos indica que las mujeres que reportaron tener compañeros que "siempre" se preocupan por el logro de su orgasmo, tienen un índice altamente significativo de respuesta

sexual en comparación con aquellas mujeres cuyos compañeros sólo se preocupan "algunas veces" por el logro del mismo ($Z = 5.05$ $p < 0.05$)

DISCUSION

Los resultados de la siguiente investigación nos parecen valiosos, ya que ponen en relieve la importancia del nivel educacional en relación a la respuesta sexual femenina en un grupo de mujeres en Santo Domingo.

Tomando en cuenta los resultados alcanzados, se observó que las mujeres que habían llegado a un nivel universitario mostraron un índice de respuesta sexual mayor que el grupo de mujeres que sólo cursó hasta el nivel de bachillerato. Estos resultados coinciden con las estadísticas de Kinsey & Asociados (1953), los cuales reportaron que un 10% de la proporción de mujeres de niveles educacionales superiores habían experimentado un mayor número de orgasmos conyugales en relación a las mujeres en los niveles educacionales más bajos.

Podemos también señalar que las mujeres hijas de padres universitarios obtuvieron un índice significativamente mayor de respuesta sexual en relación a aquellas cuyos padres sólo alcanzaron un nivel secundario.

En efecto, la teoría psicoanalítica postula que las inhibiciones sexuales se adquieren invariablemente sobre la base de las contingencias negativas que son el producto de interacciones específicas padres-hijo (Freud 1938).

Tomando junto con los resultados obtenidos en la hipótesis general, en la cual se confirma que las personas con niveles universitarios tendrán mayor respuesta sexual, se puede deducir que los padres que alcanzaron un nivel universitario también tendrán mayor respuesta sexual.

Se piensa, al igual que los teóricos del aprendizaje, que sucede así debido a la adquisición de ideas y actitudes modeladas por los padres en el ambiente familiar.

Según Kaplan (1974), las causas profundas o psicológicas de las relaciones sexuales están influenciadas muchas veces por la cultura. Estas influencias culturales pueden predisponer negativa o positivamente hacia un buen desarrollo de la sexualidad. Entre las influencias culturales conflictivas se encuentran una crianza sexualmente restringida, así como una educación constrictiva.

En relación a la actitud del compañero hacia logro del orgasmo de su pareja, se observó que las mujeres que reportaron tener compañeros que

siempre se preocupaban por el logro de su orgasmo, tienen un índice de respuesta sexual mayor que aquellas mujeres cuyos compañeros sólo se preocupan algunas veces por el logro del mismo.

De acuerdo con Kaplan (1964), el deseo de brindar goce o de compartir el placer con el compañero no es sólo algo positivo y saludable, sino que es uno de los requisitos para realizar satisfactoriamente el acto sexual.

CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES

Antes de señalar las conclusiones que presenta el estudio referente al nivel educacional en relación con la respuesta sexual femenina, debemos mencionar algunas limitaciones en cuanto a la muestra tomada en la República Dominicana, ya que la misma se restringe solamente a un grupo de mujeres de la capital que asistieron a determinadas clínicas privadas con edades, nivel académico, clase social, estado civil específicos, por lo que las generalizaciones deben darse sólo a esos niveles.

Otras de las limitaciones que podrían señalarse estarían relacionadas con el número de sujetos de nuestra muestra, ya que en la mayoría de los casos se tuvieron que anular muchos de los cuestionarios, debido a que no cumplían con los requisitos establecidos por la muestra.

Sin embargo, aún existiendo estas limitaciones, se pudieron llegar a analizar las hipótesis planteadas en el estudio, las cuales expondremos a continuación.

En relación a la hipótesis general, se observaron diferencias significativas en la muestra al comparar el grupo de mujeres universitarias con el grupo de mujeres bachilleres, en relación a la respuesta sexual. Esto indica que a un mayor nivel educacional, mayor será la respuesta sexual en la mujer.

Por otra parte, el nivel educacional de los padres influye significativamente en una mayor responsabilidad sexual de la mujer, haciéndose más evidente esta respuesta cuando los padres han alcanzado un nivel educacional universitario.

Las altas diferencias significativas encontradas en relación a la actitud del hombre hacia el logro del orgasmo de su pareja, nos demuestra que cuando el compañero "siempre" se preocupa porque su pareja logre el orgasmo, éstas alcanzan una mayor satisfacción sexual. En cambio, aquellas mujeres cuyos compañeros sólo se preocupan "algunas veces" porque ellas logren el orgasmo, reportaron una respuesta sexual menos satisfactoria.

De las conclusiones expuestas se podrían hacer algunas recomendaciones, como serían: reconocer la necesidad fomentar programas de educación sexual que tiendan a modificar actitudes principalmente a nivel de la familia y muy especialmente al padre; ya que podría ser que una educación sexual ubicada solo dentro del contexto educativo no tenga un efecto significativo en lo que actitudes se refiere.

En cuanto a las actitudes y valores relaciondos con el sexo que sostienen los adultos (cohortes mayores) con o sin educación sexual, para poder precisar aún las diferencias entre los tipos de padres.

Por otra parte, se podrían sugerir diferentes estudios para profundizar el conocimiento sobre la respuesta sexual femenina. Una de las variantes sería incluir la clase social baja y/o media para ver la variabilidad que podría existir en estos niveles.

Por último, que se realicen estudios dentro de la misma clase social alta, pero implementando una diferente técnica de selección de la muestra como sería tomarla de la población general y aumentar el número de sujetos, lo que permitiría una mayor generalización de los resultados.

B L B L I O G R A F I A

1. Freud, S. *Three Contributions to the Theory of Sex*. Nueva York, Randok House, 1938.
2. Kinsey A. Pomery W. y Martin C. *Sexual Behavior in the Human Male*. Philadelphia, Sounders Co., 1948.
3. Kinsey A. Pomeroy W., Martin C. y Gibhard, P. *Sexual Behavior in the Human Female*. Philadelphia Sounders Co., 1953.
4. Kaplan H. *La Nueva Terapia Sexual*. Madrid, Alianza Editorial, S. A. 1978. Tomos I y II.
5. Masters, W. & Johnson, V. *Incompatibilidad Sexual Humana*. Buenos Aires, Intermédica, 1976.
6. Masters, W. & Johnson, V. *Respuesta Sexual Humana*. Buenos Aires, 1967.
7. Morris Fishbein, *Enciclopedia Familiar de la Medicina y la Salud*. New York, Hs. Stuttman Co., 1964.
8. McCary, J. *Sexualidad Humana*. México, El Manual Moderno, S. A., 1980.

CUADRO GENERAL:
Nivel Educacional Femenino (V.P.) con Indice General de
Respuesta Sexual Femenina (V. C.).

M U J E R E S

Bachilleres	Universitarias
V. C.	V. C.
$\Sigma R = 2,213$	$\Sigma R = 2,837$

$$Z = 2.158 < 0.05$$

TABLA I

Si varía la edad, variará la respuesta sexual femenina.
Pregunta No. 1 con Índice de Respuesta Sexual Femenina (V.C.)

EDAD

20-24	25-29	30-34	35-39	40-44
V. C.	V. C.	V. C.	V. C.	V. C.
$\Sigma R = 924.5$ $\Sigma R^2 = 854700.25$	$\Sigma R = 1,353.5$ $\Sigma R^2 = 1831962.2$	$\Sigma R = 1,479.5$ $\Sigma R^2 = 2188920.3$	$\Sigma R = 558.5$ $\Sigma R^2 = 311922.25$	$\Sigma R = 734$ $\Sigma R^2 = 538756$
Total $X^2_4 = 1.1592$ p 0.05				

TABLA II

Si varía el nivel educativo de los padres, variará la respuesta sexual femenina.
Pregunta No. 11 con Índice de Respuesta Sexual Femenina (V.C.)

MADRE				PADRE	
OCTAVO	BACHILLER	TECNICO	UNIVERSITARIO	OCTAVO	BACHILLER
V. C.	V. C.	V. C.	V. C.	V. C.	V. C.
$\Sigma R = 2201$	$\Sigma R = 1658.5$	$\Sigma R = 1233.5$	$\Sigma R = 1948.5$	$\Sigma R = 1537$	$\Sigma R = 1789.5$
$\Sigma R^2 = 4844401$	$\Sigma R^2 = 27506223$	$\Sigma R^2 = 1521522.3$	$\Sigma R^2 = 3796652.3$	$\Sigma R^2 = 2362369$	$\Sigma R^2 = 3202310.3$
$\chi^2_3 = 8.19 \quad p \quad 0.05$				$\chi^2_3 = 29 \quad p \quad 0.01$	

2da. Prueba: (U) = Z = 9.12 p < 0.01

TABLA III

Si varía la educación sexual, variará la respuesta sexual femenina. Pregunta No. 8 con Índice de Respuesta Sexual Femenina (V.C.)

EDUCACION SEXUAL

Sí	No
V. C. $\Sigma R = 2,755$	V. C. $\Sigma R = 2,295$
$Z = 0.06 \quad p > 0.05$	

TABLA IV

Si varía el estado civil, variará la respuesta sexual femenina. Pregunta No. 3 con Índice de Respuesta Sexual Femenina. (V. C.)

Casada	Soltera
V. C. $\Sigma R = 4,500$	V. C. $\Sigma R = 550$
$Z = 0.3050 \quad p > 0.05$	

TABLA V

Si varía el nivel de satisfacción de la primera relación sexual y la disposición hacia la misma, variará la respuesta sexual femenina (V. C.)

Preguntas No. 9 y No. 10 con Índice de Respuesta Sexual Femenina (V. C.)

VOLUNTARIA					NO VOLUNTARIA				
A.	Des.	Dol.	A y Dol	Otros	A.	Des.	Dol.	A. y Dol.	Otros
A. C.	A. C.	A. C.	A. C.	A. C.	A. C.	A. C.	A. C.	A. C.	A. C.

A = Agradable
 Des. = Desagradable
 Dol. = Dolorosas
 A y Dol. = Agradable y dolorosa
 Otros

TABLA VI

Si varía la actitud del compañero hacia el logro del orgasmo de su pareja, variará la respuesta sexual femenina.

Pregunta No. 26 con Índice de Respuesta Sexual Femenina (V. C.)

SIEMPRE	CASI SIEMPRE	ALGUNAS VECES	NUNCA
V. C.	V. C.	V. C.	V. C.
$\Sigma R = 3998$ $\Sigma R^2 = 15984004$	$\Sigma R = 504$ $\Sigma R^2 = 254016$	$\Sigma R = 429.5$ $\Sigma R^2 = 184470.25$	$\Sigma R = 15$ $\Sigma R^2 = 225$
$X_4^2 = 13.72$ p 0.05 2da. Prueba = Z = 5.05 p < 0.05			

ESTUDIO ETNOPSICOLOGICO DE UN CASO DE HISTERIA

Huberto Bogaert García

INTRODUCCION

El estudio de la enfermedad mental exige la consideración de las coordenadas esenciales de la sociedad, sobre todo cuando se manifiesta en un contexto cultural diferente a aquél en que se ha constituido el discurso psiquiátrico y psicológico. La enfermedad mental, aun cuando parezca estar situada en la periferia del sistema cultural, es parte integrante de ese sistema en el cual ella se origina y dentro del cual juega un rol. La cultura pre-estructura los síntomas de la enfermedad mental, y pone a disposición de sus miembros mecanismos de compensación de lo real.

La naturaleza relacional de la vida pulsional del ser humano hace posible el intercambio entre la dimensión biológica y la dimensión cultural de la existencia. La pulsión, vital y psíquica, es atravesada por el lenguaje; y las representaciones simbólicas, al penetrar en la vida pulsional, definen las modalidades existenciales del ser humano. Sin negar el carácter universal de la trama fundamental de los procesos inconscientes, creemos que los diferentes discursos culturales, al movilizar procesos específicos, imprimen dimensiones particulares a las figuras del psiquismo.

En el presente artículo estudiamos un caso de histeria femenina. La paciente, de origen rural, fue sometida a una psicoterapia de orientación analítica, adaptada tanto a su situación socio-cultural como a las condiciones definidas por el medio hospitalario⁽¹⁾. No aplicamos el psicoanálisis en sentido clásico, con sus sesiones frecuentes, el recurso del diván y la perspectiva de una duración bastante larga, sino una

psicoterapia adaptada al contexto en el que se inscribía la demanda clínica de la paciente. En el curso del tratamiento -cuya duración fue de seis meses, a razón de una sesión semanal- entrevistamos a otros miembros de la familia de María -su madre y una hermana-, así como al terapeuta tradicional que intervino en el curso del tratamiento. La paciente fue analizada de conformidad con el ritmo impuesto por el enfoque psicoterapéutico contemplado desde el inicio de la consulta. En ese sentido, atendimos el discurso de la paciente, recibiendo la demanda que emanaba de ella en tanto sujeto que interrogaba su vida. De este modo, se instaura la situación analítica, tratando de incitar a la palabra, para sorprender el orden que presidía el despliegue de un no-sentido; y creando las condiciones para que se manifestase la articulación literal de aquella que al expresarse se debatía con su goce.

La información que presentamos a continuación constituye el conjunto de los datos más significativos obtenidos a través de las consultas terapéuticas.

I. HISTORIAL CLINICO

1. Descripción

María es una señora de 32 años, que vive con su esposo y 5 hijos. Desde hace 9 años, presenta síntomas que los tratamientos farmacológicos no han curado: "Tengo decaimiento en el corazón y dolor de cabeza; se me acalambra la lengua y me pongo como quien va a perder el juicio; siento las manos frías y sudorosas y como un gas en el cuerpo, y un caliente en la espalda".

María recuerda un hecho relacionado con el origen de sus síntomas. Después de la muerte de una prima que tenía la costumbre de peinarla, empezó a sentir olores, hasta que un día tuvo una "visión" en la que "la revelé buscando leña". En ese momento, María sintió las manos sudorosas y un deseo de gritar; se puso a temblar y se transformó. El fenómeno, que según la interpretación tradicional es producido por los "seres"⁽²⁾, se repite desde entonces: "Es como una cosa que se va yendo, se va despidiendo. Entonces, esa carga en la espalda, como cuando uno está cansado. Y me sube una cosa como ardiendo por el pecho y la garganta, que sube y me agarra la parte izquierda del pecho. Me sube una cosa como con sabor a sangre. La cabeza se pone como loca y la lengua se traba. Se le mete a uno un pestañear, los ojos se me viran y me transformo".

Sin embargo, lo que motiva que María acuda a nuestra consulta psicológica es más reciente. En una ocasión tuvo problemas con una hermana

menor, "que ha tenido cuatro hijos con hombres distintos". Después de reclamarle a su hermana la devolución de un vestido que ésta tomó sin su autorización, María fue víctima de su agresión; y, según relata, tratando de defenderse, le rompió la boca. Después María "hizo una hora santa" y, aunque dice haber encontrado cierta tranquilidad interior, su enfermedad empeoró: "Antes yo estaba achacosa, pero no como ahora".

Cuestionada sobre la relación del incidente con su hermana y el empeoramiento de su enfermedad, María declara: "Doctor, ese día yo me transformé y le di por la boca, pero yo hubiera podido matarla. Ella me decía cuenera, perrra, que yo engañaba a mi marido". Desde antes del incidente con su hermana, María experimentaba "que los seres le subían". Después del incidente, siente además un dolor en la parte izquierda del tórax: "Esa maldad de ahí me anda por ahí dentro como cuando uno tiene un pájaro que se está comiendo a uno por dentro, y me desespera. Siento una palpitación, una llaga viva".

María lleva con su esposo una vida sexual insatisfactoria: "A veces siento deseos y otras veces no; pero soy una esposa obediente, y nunca me le niego". Más aún, dice: "A veces tengo una ilusión, pero cuando él viene se me desvanece". En otras ocasiones, después de tener relaciones sexuales con su esposo, "vienen seres —dice— que me hacen sentir lo que con él no siento". Incluso le han dicho en sueño: "El marido tuyo no es ése sino aquél", refiriéndose a un señor casado que ella conoce. Todo esto contribuye a crear una intensa ambigüedad: "Yo siento que quiero a mi esposo, pero hay una cosa en mí que me hace perderle. . .; no sé si es la incomprensión. . .".

El esposo, un año mayor que María, fue su primer novio. Cuando ya vivía con él, María conoció un primo de él que en una ocasión le dio algo de beber y la sedujo. El esposo se enteró, y ella le pidió la separación; pero no ocurrió así.

María relata la ocurrencia de otro "error" en su vida. Un amigo de su esposo, que visitaba la casa de su madre, provocaba en ella "un desasosiego". Poco después "estuvo con el hombre", sin saber "si fue con un demonio. . .". Afirma que con ese hombre se sentía "alegre, feliz, como transformada". Pero aun así, advierte que ella quiere a su esposo, e incluso dice: "También yo sueño que ellas están con él; y, aunque le pego mientras él duerme, escucho esas voces que se ríen y dicen que yo me muerdo por mi marido". Esas "voces" corresponden a "seres" del sexo femenino que, a juicio de María, "viven" con su esposo mientras duerme.

Por su parte, María declara que ella también disfruta mientras duerme, pero cuando despierta viene el problema, el dolor en el pecho. María recuerda haber soñado que, en un potrero grande, ese señor "la obligó

a hacer de todo". También soñó "que andaba furiosa entre los palos, y que luego en los únicos brazos que pudo caer fue en los de él".

La familia del esposo de María no la visita; y, en cierto modo, la rechaza. También los vecinos "la abochornan". María confiesa no saber quién es el padre de su hija menor, por haber "jugado a las dos cartas". Sin embargo, no tarda en preguntarse "si fue ella quien quiso, u otra cosa. . .". Tan pronto empieza a mostrar indicios de culpabilidad, no tarda en atribuir el origen de sus experiencias extramaritales a los "seres".

Muchos miembros de su familia atribuyen el origen de sus síntomas a los "seres". Su madre, quien trabaja incluso como terapeuta tradicional, desea organizarle el rito del "bautizo de cerebro"⁽³⁾. Una tía paterna, que tuvo padecimientos análogos, le sugirió por el contrario que fuera a la iglesia evangélica a hacer oraciones. María hizo el intento: "Yo fui a la iglesia pero me atacó un griterío, como un animal. . . Parece como que eso no quiere que uno vaya. No sé qué contenido tendrá esa cuestión que no puede ir a la iglesia evangélica".

El esposo de María parece "no creer en eso". Sin embargo, suele afirmar: "Yo sé que tú tienes una cosa que no me quiere". En una ocasión que María consultaba a un terapeuta tradicional, quien la trató con baños y resguardos, su esposo le negó el dinero del pago; y María se desanimó.

La falta de consenso familiar sobre el tratamiento más apropiado para la enfermedad de María, constituye un factor importante en la prolongación de su sintomatología. La madre de María afirma que es ella quien más se ha ocupado de la enfermedad de su hija, mientras su esposo se desentiende. Aun cuando ha deseado hacerle un "bautizo de cerebro", estima: "después que la hija se casa, pertenece a su esposo". La madre está convencida del origen de la enfermedad de María, pero las circunstancias familiares le impiden poner a prueba su capacidad terapéutica: "Doctor, lo que pasa es que ellos dos se gustan"⁽⁴⁾ y es una metresa⁽⁵⁾, Santa Elena, que ella tiene. Esa es la tranca. Por eso la tumba. Pero ya yo quiero que eso se resuelva. Ella tiene cinco hijos".

Posteriormente, con el progreso de la psicoterapia de orientación analítica, María nos informa que ella y su esposo llegaron a un acuerdo. Ambos desean que el "bautizo de cerebro" se produzca, pero con exclusión de la madre en tanto terapeuta. Aunque la madre había reaccionado negativamente, María afirma: "Yo le veo poco alcance. Aunque ella me ha hecho muchos despojos, no me ha curado". Por esa razón dice haber hablado ya con otro terapeuta tradicional que le cobra RD\$250.00. No obstante, María se muestra preocupada por la evolución de la conducta de su madre y por su actitud final con respecto a su decisión. La oposición de la madre de María parece trascender incluso el plano de los con-

flictos humanos. En efecto, en una ocasión nos enteramos de que San Santiago, el *loa* protector de la madre de María, se opone a que María sea bautizada por un terapeuta cuyo protector sea San Gregorio Hernández. . .

María, todavía unos días antes del “bautizo”, muestra algunas dudas. Refiriéndose a los “seres” dice: “Las cosas que ponen a uno a salirse de sus límites no me gustan, pero ya uno está metido”. Con respecto al futuro ocupacional que implica su iniciación ritual, María advierte que le gustaría trabajar como terapeuta, siempre y cuando su trabajo transcurra “a vista clara”; porque “si es montando, uno no sabe bien lo que hace. . .”. Asociando la afirmación precedente con un acontecimiento reciente, nos dice que en una ocasión un compadre que vive frente a su casa, estando muy enfermo, soñó que dos hombres parados en su cama le decían: “Tú, con tan buen médico que tienes al frente, y tanto que sufres”. A lo que el compadre respondió: “Esa no sabe ná”. Los personajes, por su parte, aclararon: “¡No es la madre la que cura, es María!”

2. Interpretaciones Psicodinámicas

La madre de María, de aproximadamente 60 años de edad, fue abandonada por su esposo a los 38 años; y, aunque muestra un cierto rechazo por tratar el tema de sus pasadas relaciones maritales, permite que su hija comunique al terapeuta lo acontecido. El padre de María tuvo cinco hijos, a los que abandonó: “A nosotros nos dejó como puercos y nunca se ocupó”. Procreó otros hijos en Haina, “y se casó en la Capital con una rubia. . .”.

Sin embargo, a pesar de su indignación, María permanece vinculada a su padre según los modos de inversión, objetal e identificatorio. Por una secreta identificación con su conducta ilegal e inmoral, el padre representa un anti-modelo cuyo prestigio la atrae inconscientemente. La vida libertina del padre provoca en María un efecto de seducción que tiende a destruir el universo de sus valores tradicionales. La tendencia a dejarse seducir por hombres de mayor edad, parientes o amigos de su esposo, así como sus propias tentativas de seducción transferencial, dan testimonio de un apego objetal propio del complejo de Edipo positivo. El fantasma incestuoso sobredetermina el lazo pasional cuyas críticas desencadenan los síntomas que motivan la consulta. La relación con la madre es ambivalente; y, aun cuando el padre le sirve de modelo, María asume inconscientemente varios rasgos maternos mediante identificaciones parciales típicamente histéricas. Más aún, el deseo de su madre sobre ella condiciona parcialmente su modo de vida. La doble identificación se torna conflictiva, e incide negativamente sobre la identidad de María.

Aun cuando en María se constituya el superyó por identificación con la figura materna, la culpabilidad poco interiorizada se invierte con frecuencia en experiencias persecutivas en las que los personajes promovidos son muchas veces del sexo masculino. La inmovilización en la posición dual es favorecida por la ausencia del padre y la presencia de una madre fálica. Los "seres", a través de la acción terapéutica realizada por la madre de María, contribuyen al sustento económico de la familia; y, al sustituir al padre, ocupan una posición fálica: "Papá, para arrepentirse y congraciarse con Dios, se hizo adventista; y le dijo a mamá que botara esos seres y se arreglara con él. Pero ella le respondió que por esos santos uno vive. Ella no quiso dejar sus santos, y se separaron para siempre".

La madre reprocha al padre el abandono material y moral; y, considerándose como una víctima, educa a su hija de manera que compense lo que ella no encontró en su marido.

La figura del padre aparece como insuficiente, y el sentimiento de esa insuficiencia —procedente de la madre— es compensado por María fantasmáticamente. Para mantener el deseo edípico naciente, y el prestigio de su objeto, María idealiza la figura paterna. Posteriormente, la idealización edípica y el fantasma incestuoso sobredeterminan en María una actitud que la expone a las solicitaciones amorosas del entorno familiar o amical de su esposo. El hombre con quien María sueña, sin falla ni falta, es un hombre comprometido, en cierto modo prohibido y situado a una distancia que lo aleja de los límites decepcionantes de la realidad. María atribuye a su amante lo que le faltaba al padre; y, al desear convertirse en su sierva, trata de alcanzar su propia perfección especular. La idealización corresponde a un despliegue narcisista, y el encuentro con el otro se acompaña de la exaltación de la estima de sí. La separación o la pérdida del objeto idealizado provoca un sentimiento de pérdida del ideal del yo.

De ahí la ambivalencia de María, su oscilación entre el apego ávido y el desapego indiferente, entre la angustia y la depresión. Esta última aparece dentro de la evolución de una problemática fundamentalmente histérica, sucediendo a un momento de importantes satisfacciones fantasmáticas; satisfacciones concernientes a la representación propia, y relativas al objeto de deseo: el falo idealizado.

María atribuye el significativo fálico tanto a los amantes idealizados como a los "seres". El padre real no pudo competir con los "seres" frente al deseo de la madre; y, en consecuencia se distanció considerablemente del ideal. La posesión por los "seres" permite superar la depresión y, en cierto modo, alterna con ésta. La fase depresiva de la histeria se corresponde con los momentos en que María descubre al padre real en la figura sustitutiva de su esposo.

El falicismo fantasmático se pone también de manifiesto en un sueño en el que una mujer onnisapiente adivina el futuro. Posteriormente, la paciente satisface las demandas sexuales de un "ser" que se transforma en un niño recién nacido: "Eso me sucedió antes, con otros hijos. Porque yo soy que los busco. . . , somos los dos que nos buscamos". La omnipotencia imaginaria y el deseo incestuoso, presentes en el sueño, constituyen la representación de una castración simbólica no asumida.

La oralidad y el fantasma de la incorporación del falo constituyen una trama fundamental y universal del inconsciente histérico; pero las diversas referencias culturales llenan las matrices del inconsciente con sus contenidos existenciales. La posesión, aun en aquellos casos en que se corresponde con la histeria, posee sus peculiaridades.

El fantasma de la incorporación no es sólo la satisfacción de un deseo de posesión, sino la repetición activa del fantasma de la seducción que ha ejercido el falo paterno sobre un deseo fuertemente fijado en la posición oral. El espíritu que habita el cuerpo de María es una representación del falo imaginario del padre. Pero es la creencia difusa en la posibilidad de la posesión lo que condiciona el realismo alucinatorio de los fantasmas.

Ni el padre —en tanto seductor imaginario— ni la madre fueron castrados; y, en consecuencia, no pudieron servir de modelo para la identificación promotora del ideal. El simbolismo de la castración se expresa a través de la "herencia" de los "seres"⁽⁶⁾. Heredarlos equivale a ocupar el lugar de la madre "muerta", y esto supone que la madre se acepte en falta. María descuida el "servicio" a los "seres"; y, aunque el trance aparece a raíz de la muerte de una prima, la herencia no puede ser asumida plenamente, en razón de la situación familiar y las condiciones de aculturación implícitas, que promueven la no resolución del complejo de Edipo.

María no sabe si su padre la reconoció legalmente, aun cuando lleva su apellido en el lugar que corresponde al apellido materno. Inversión significativa si se tiene en cuenta el valor estructurante de este significante. El padre, normalmente presente por la alianza y el intercambio, la ley de la deuda y el don, es quien, por medio de la palabra, hace significativo eso de que carece la madre. Sin embargo, como el padre de María abandonó a su familia y dejó a su hija sin la certeza de un nombre, María se siente víctima de potencias sin nombre, de "seres" que la persiguen implacablemente, solicitada por entidades terroríficas.

El pacto simbólico permanece incierto y enigmático. Aunque las potencias la solicitan, María no concluye la alianza ni acepta la ley. Ella rechaza cerrar un pacto con potencias desconocidas. María no acepta el don propuesto, y se interroga sobre el otro que le propone la alianza.

Las crisis de María constituyen la expresión de un conflicto de identidad, de un cuestionamiento radical de su personalidad, que consiste en no saber quién es. Su sintomatología es una solución provisional que combina identificaciones contradictorias. De ahí el perpetuo deseo de reasegurar sobre sí misma, su búsqueda de reconocimiento y de amor. María sufre de ponerse en escena. Los otros le sirven a menudo de espejo; y esto hace pensar en una fijación al estadio especular, tal y como ocurre cuando la seducción especular capta a un pariente en incompatibilidad de deseo con el otro pariente⁽⁷⁾. Posteriormente la identificación edípica, al prolongar la identificación especular, provoca una doble identificación con los padres, y mantiene una ausencia relativa de identidad sexual.

La identificación simbólica —como valor de posición consistente en heredar los poderes— sólo podrá alcanzarse mediante el diálogo analítico. Es a partir del encuentro psicoterapéutico que María va a iniciar el proceso de reconocimiento de su propio deseo, que va a promover la identificación ideal.

El terapeuta tradicional “trabaja” con Gregorio Hernández. Es un hombre joven que, desde la perspectiva de la paciente, se sitúa en contraposición a la madre, quien “trabaja” con San Santiago como patrón. De ese modo, la decisión de acudir al terapeuta tradicional constituye también una ocasión de mostrar la rivalidad con la madre. Por otra parte, la aceptación del “bautizo”, con exclusión de la madre, marca el inicio de la reconciliación con el esposo y con la madre de éste.

Si analizamos el modo en que María se “separa” de su madre, reconoceremos que, a un nivel más profundo, este hecho marca también, y de un modo paradójico, la identificación simbólica con el significante de la madre “muerta”, promotora del ideal del yo: con el “bautizo”, María se convierte en una iniciada como su madre. La identificación ideal con la madre es precedida necesariamente por la rivalidad. El rechazo de la madre, en tanto terapeuta, marca el inicio de un duelo que nunca había sido hecho; es decir, el duelo de la madre en tanto objeto primordial intensamente investido.

El proceso de aculturación no sólo influye en la personalidad de María a través de las vicisitudes de su biografía, sino que también interviene a nivel de la resolución de sus conflictos. La psicoterapia analítica, emprendida a partir de la demanda de la paciente, se convierte en un factor determinante en la evolución de los conflictos individuales y familiares, y llega a promover indirectamente la celebración del “bautizo de cerebro” en tanto rito terapéutico de origen tradicional.

Antes del “bautizo”, María presenta, además de los síntomas físicos implicados en las caídas, una sugestibilidad anormal. La imitación auto-

sugestiva y la identificación afectiva e imaginaria determinan que la idea se realice a nivel del cuerpo. La afectividad, en tanto modalidad de la conciencia que desborda el poder de representación, al no poder expresarse de manera que concuerde con el mensaje ofrecido, se precipita sobre el cuerpo. Al no poder descubrir representaciones que la orienten en el mundo del sentido, por evocar deseos incestuosos y dolorosos, la afectividad se reprime y se expresa mediante conversiones⁽⁸⁾.

Los trances, escandidos por las visiones y por los momentos de reposo, evocan las crisis histéricas⁽⁹⁾. La fase de recuperación sucede a la fase paroxística, y una crisis atípica es reglada por la sucesión de los episodios de la pasión. La fase tónica es seguida por una fase resolutiva; y, en una conciencia crepuscular, el sujeto encarna las representaciones míticas de su entorno. María se identifica con los *loa* y, por un transitivismo típico de la relación especular, transfiere sus representaciones fantasmáticas y sus deseos infantiles. Las crisis operan un estado de regresión psicológica indiscutible. Al mismo tiempo que repiten la experiencia traumática, la matienen reprimida.

3. *Diagnóstico*

La observación repetida y la atención prestada al discurso de María nos hacen pensar que constituye un caso de neurosis histérica, en el que las crisis de angustia se manifiestan en un contexto de aculturación mágico-religiosa particular.

De acuerdo con H. Ey, la alucinación implica la sensorialidad de la experiencia vivida, la convicción de su no-subjetividad y la ausencia de un objeto real⁽¹⁰⁾. Sin embargo, la presencia de alucinaciones no justifica el que la conducta sea diagnosticada como psicótica. Es necesario establecer si la personalidad del individuo manifiesta una ausencia radical de estructuración a nivel del yo. Más allá de todo intento de descripción diagnóstica, conviene analizar el lenguaje del sujeto. El sujeto puede creer en sus "sensaciones"; pero, si las juzga y las resiste, no hay por qué suponer que su conducta es psicótica.

En las psicosis la alucinación aparece allí donde lo real ha dejado de existir para el sujeto⁽¹¹⁾. La desinversión de la cosa determina la abolición de su representación; y, en un esfuerzo por restituir al lenguaje vacío su contenido real el sujeto trata de recuperar el mundo abolido de sus palabras. Incapaz de anclar los significantes en las cosas, el psicótico recurre a la alucinación, tratando de restituir a las palabras el contenido que les falta, con lo cual la creencia en lo real es sustituida por la creencia en la alucinación.

En los casos neuróticos, la irrupción de la imagen alucinatoria impone una creencia en conflicto con la creencia proferida; y ningún fenómeno

real es abolido por una desinversión radical. Son las delegaciones imaginarias de los pensamientos reprimidos las que aparecen ante la conciencia sorprendida y desconcertada.

La posesión puede considerarse como una alucinación que pone en escena la realización de deseos reprimidos. La violencia de los deseos y la creencia en los espíritus se unen para dar lugar a una alucinación. En este caso, el sujeto proyecta sus deseos, los cuales retornan desde fuera, encarnados en el espíritu perseguidor. El poseído delega sus deseos reprimidos en otro personaje, que representa su yo inconsciente. Este es el caso de la posesión en la neurosis histérica.

Las representaciones fantasmáticas reprimidas pueden adoptar fácilmente el carácter de alucinaciones sensitivas cuando son favorecidas por el contexto cultural. La creencia religiosa añade a la creencia inconsciente la fuerza de convicción y el coeficiente de realidad que transforma la figura fantasmática en una alucinación. El discurso religioso, al poner a disposición del sujeto significantes de una realidad sobrenatural, brinda los resortes en los que reaparece el deseo reprimido.

Sin embargo, el sujeto puede haber repudiado de su inconsciente ciertos contenidos que retornan desde fuera de un modo delirante y que ponen de manifiesto la existencia de una disociación psicótica. La posesión psicótica forma parte de las psicosis delirantes. En tales casos, un orificio en lo real necesita una representación imaginaria que venga, como del exterior, a sustituir lo real que falta.

El término de psicosis histérica es aplicable a las culturas no occidentales. Langness estima que es utilizable para describir una psicosis episódica caracterizada por la vivencia alucinatoria y la posesión⁽¹²⁾. La psicosis histérica es una categoría poco usada. Alcanzó cierta popularidad en el siglo XIX y a principios del siglo XX en los escritos de Morel, Krafft-Ebing, Mairé y Salager. Fue reincorporada recientemente, después de haber desaparecido por influencia de la conceptualización de la demencia precoz por Kraepelin, y de la esquizofrenia por Bleuler. En Francia, autores de inspiración psicoanalítica han revalidado el uso de este concepto⁽¹³⁾.

La psicosis histérica consiste en un estado de alienación en el cuadro de una problemática histérica. Conrad la denomina "histeria maligna"⁽¹⁴⁾. Factores de naturaleza psicógena provocan una ruptura en la relación del sujeto con la realidad. La ruptura con la realidad se manifiesta en el delirio y la alucinación. El delirio tiene a veces un aspecto sistematizado. Regularmente se despliega en una atmósfera paranoica. Los temas eróticos y religiosos se encuentran a veces en primer plano.

La psicosis histérica se caracteriza por el restablecimiento rápido, después de la "*bouffée*" delirante, de un contacto auténtico con el paciente.

Hay una gran maleabilidad y adaptabilidad del delirio a los datos socio-psicológicos del medio. El paciente logra hablar del contenido de su delirio vinculándolo a su historia personal.

La psicosis histérica se caracteriza por un inicio abrupto y es normalmente episódica. Desde el punto de vista del pronóstico, se puede esperar un restablecimiento integral de la personalidad pre-psicótica. Pero puede también convertirse en una esquizofrenia. La psicosis histérica implica un defecto a nivel de la imagen del cuerpo, concerniente a su contenido y sentido⁽¹⁵⁾. La función del órgano sexual es repudiada de todo registro simbólico. En ese sentido, conviene distinguir la crisis histérica -aun cuando esté acompañada de síntomas delirantes- del delirio histérico propio de los casos de psicosis. En la psicosis histérica, la alucinación sustituye el significante repudiado, y el acceso al deseo sexual no es posible. En lugar del deseo, encontramos el proceso de repudio característico de la psicosis.

En la psicosis histérica, el padre tiene un lugar en la familia, pero es débil y perverso; y, consecuentemente, crea zonas de destrucción en la vida afectiva de sus hijos, porque él es incapaz de aceptar su rol sexual y genital.

El tema de la relación padre-madre es vivido en la psicosis histérica dentro de una dinámica edípica; y el delirio se concentra en el cuerpo y en los deseos genitales. Mientras el delirio se concentra sobre el cuerpo y sobre la estructura edípica, la personalidad permanece intacta. La psicosis histérica se desarrolla en el cuadro de las dificultades identificatorias; y, por esa razón, el cuerpo vivido interviene en forma considerable.

A diferencia de los casos de psicosis histérica, María es capaz de "disfrutar" sexualmente -aun cuando sea en circunstancias prohibidas, cargadas de reminiscencias o de evocaciones edípicas- con un partenaire sexual históricamente idealizado. En este caso, no constatamos un repudio de la función sexual sino más bien una represión neurótica de la sexualidad, acentuada sobre todo a partir del momento en que su hermana la acusa y la culpabiliza, desencadenando o acentuando su sintomatología. Su conducta no revela una disociación psicótica. La alucinación y el delirio de persecución habían empezado mucho antes, y no justifican necesariamente el diagnóstico de psicosis. En el medio tradicional dominicano, se observan frecuentemente neurosis histéricas acompañadas de alucinación y delirio.

Ahora bien, si María es una histérica en la que la castración simbólica no se ha realizado, seducida por "seres" con valencia fálica evidente, el deseo dirigido a su amante idealizado se explica a partir de la estructura edípica. María es la hija de un padre "ausente" o incapaz de asumir la

palabra en el discurso familiar; un padre sin posición simbólica e incapaz de permitir que su hija supere la vinculación fálica a la madre. El padre de María abandonó a su familia, y "se fue con una rubia". En ese sentido, también seduce a su hija; y ese elemento de perversión impide a María liberarse de los partenaires incestuosos, en tanto ediciones renovadas del padre imaginario. Por esta razón, ella no puede asumir el rol femenino característico de su grupo social.

4. *La Psicoterapia y las Representaciones Colectivas*

Los síntomas de conversión que motivan la consulta psicológica constituyen la precipitación corporal y persecutiva del conflicto entre los deseos incestuosos dirigidos hacia el padre -representado por las figuras de los amantes- y la rivalidad imaginaria hacia la madre, desplazada hacia la hermana que la acusa. Por otra parte, la disociación histérica y el delirio de persecución se constituyen como defensas frente a la angustia masiva.

La castración simbólica de María implica la asunción definitiva de la deuda simbólica que el "bautizo" representa en un plano mítico. En ese sentido, los fantasmas personales de María se confunden con las representaciones colectivas de los "seres; y la psicoterapia analítica transcurre en estrecho paralelismo con los tratamientos tradicionales.

La tarea que el terapeuta tradicional se propone a través del "bautizo" es la de transmutar el espíritu, el "ser", en un elemento del sistema simbólico colectivo. La condición es que él dé a conocer su nombre y su *división* ⁽¹⁶⁾. El "ser" ocupará entonces un lugar en el sistema de los *loa*; y sus relaciones con la persona serán mediatizadas por las instituciones, los objetos y las reglas que rigen el culto. De esta forma el sujeto es liberado de la relación dual que lo unía al producto de sus propias proyecciones. Con el nombramiento del "ser", el sujeto es liberado de la relación cautivante en torno a la cual había organizado su experiencia ⁽¹⁷⁾.

La identificación puede ser progresiva, y exigir que las informaciones sean precisadas y completadas a medida que el rito se desarrolla. Desde que el "ser" es nombrado, se establece una relación mediatizada, un modo de vida fundado en el intercambio con el espíritu identificado, domesticado. La persona podrá controlar la relación con el espíritu, a diferencia del período anterior al ritual, durante el cual el "ser" tenía la iniciativa. El terapeuta tradicional instruye a la paciente. El le muestra la manera de actuar sobre sus "seres", es decir, la manera de invocarlos, la manera de calmarlos -mediante fórmulas y libaciones-, así como lo que debe hacer en caso de violación de las prohibiciones.

El rito terapéutico de posesión opera no sólo una integración del individuo al "ser", sino una integración social del "ser" mismo, en la medida

en que este último es fijado en la cabeza del iniciado y puesto al servicio del grupo. El rito crea un tipo formal de relación entre el individuo, el "ser" y el grupo social. Desde ese momento, el individuo es considerado como un iniciado, un personaje útil desde el punto de vista social, objeto de la consideración y del respeto público.

La aflicción es el camino para alcanzar la reputación terapéutica. El paciente, el terapeuta tradicional y los espíritus nombrados constituyen una nueva comunidad. Pero el enfermo no siempre está llamado a convertirse en terapeuta. Este rol social es asumido sólo por algunos enfermos.

En su contexto social, la posesión ritual que sigue al "bautizo" representa el resultado de una codificación cultural que implica el acceso a un grupo cultural, y conlleva la transformación de la enfermedad y de la vida caótica en un proceso estructural. "Estamos muy lejos de la época en que las curas efectuadas por los curanderos indígenas eran consideradas como anécdotas raras, interesantes sólo para los etnólogos, y los curanderos eran calificados de ignorantes y de charlatanes" (18). En ese sentido, conviene distinguir la posesión -enfermedad, que precede al rito iniciático, de la posesión ritual. La posesión -enfermedad, se manifiesta frecuentemente fuera de toda condición ceremonial. La posesión ritual, por el contrario, exige una cierta formalización. Se relaciona a una estructura iniciática, a un tiempo y a un espacio ceremonial predefinido. Fuera de esos cuadros socio-mítico-culturales, la posesión ritual no se realiza jamás. Ella es el resultado de la imposición de un sistema de normas convencionales.

El objeto de la iniciación será precisamente imprimir al desarreglo inicial un estilo religioso. A partir del caos psíquico, se creará un orden, un lenguaje religioso. El nuevo rol aprendido por el enfermo resultará beneficioso tanto para él como para el grupo que comunica con los espíritus, a través de la mediación ritual del sujeto. La posesión ritual, lejos de ser una escenificación anárquica del deseo, es el resultado de una codificación cultural a través de los significantes privilegiados que son los mitos. Esa codificación posee un valor terapéutico. La posesión ritual se inscribe en un marco espacio-temporal que incluye un cierto número de personajes y de estímulos, sometidos a una cierta organización.

Conviene advertir que, aun cuando exista una predisposición psicológica para lograr la posesión ritual, los individuos seriamente perturbados no pueden cumplir con las reglas del rito. La posesión ritual no depende exclusivamente de una experiencia privada y patológica. El simbolismo de la posesión es público y sancionado por la cultura o subcultura. Y el uso del lenguaje de la psicología, por justificado que sea, comporta el peligro de no ver en la posesión sino una manifestación de una causa

psíquica sin tenor religioso. La sublimación, que no puede nunca reducirse a un mecanismo psicológico estrictamente individual, permite explicar la nueva ligazón de la pulsión que el rito de iniciación inaugura, al promover no sólo un nuevo rol social sino también la transformación de las predisposiciones psicológicas puestas en juego en la posesión-enfermedad.

Después de celebrado el "bautizo de cerebro", sostuvimos con María varias entrevistas de control que nos permitieron constatar la eficacia simbólica del rito iniciático.

El trance de posesión ha sido considerado como un medio por el cual ciertos individuos pueden jugar roles de otro modo inaccesibles. Al contrastar con el rol secular de tales sujetos, el trance les va a suministrar gratificaciones. La compensación resultante será doble:

1. una compensación subjetivo-expresiva, resultado de satisfacciones derivadas de la experiencia ritual de posesión;
2. una compensación objetivo-instrumental que se alcanza a través de un cambio de estatus, resultado del reconocimiento social atribuido a la posesión.

El predominio de la presencia femenina en los cultos de posesión se explica tanto por una razón sociológica como por una razón psicológica. No sólo la represión social y cultural golpea más a las mujeres que a los hombres, sino que la idea misma de la posesión sugiere que es la saturación libidinal del cuerpo femenino, seducido y frustrado, que estalla en crisis⁽¹⁹⁾.

Gollnhofer y Sillans señalan que la posesión tiene por objeto la descarga ritual de la agresividad latente, que aparece en principio bajo la forma de trastornos psicósomáticos. Con la iniciación, el sujeto recobra el equilibrio psíquico; y una cierta forma de agresividad latente se traduce en el automatismo psicomotor de la posesión. Los trastornos psicósomáticos revelan la existencia de una auto-agresividad utilizada a continuación en el seno del culto bajo la forma de trance de posesión⁽²⁰⁾.

Zempléni enfatiza también la auto-agresividad que implica la identificación imaginaria con el espíritu. Las crisis y las caídas constituyen la expresión ritualizada del castigo que la persona se inflige a sí misma en nombre de sus espíritus; ellas son el resultado mortífero del encuentro con el espíritu. El autor explica, sin embargo, que la valencia autoagresiva y autopunitiva de esos comportamientos es postulada en un sentido diferente al de la psicopatología occidental. Consiste en una autoagresividad codificada por el grupo, y cuyos resortes son más sociológicos que psicológicos⁽²¹⁾.

La separación creciente entre los deseos individuales y la ley, como ocurre en el seno de las sociedades en vías de aculturación, se reduce mediante la sumisión a los espíritus. La posesión ritual -esa fusión imaginaria con el espíritu que suprime la individualidad- representa la sumisión absoluta. Sin embargo, el poseído no experimenta el deseo de autocastigo. Esa autoagresividad está codificada por el grupo. El adepto experimenta el deseo de sumisión a las instancias espirituales en un contexto de aculturación cargado de ansiedad y de duda.

Aunque es verdad que la aculturación -por la modificación de las vías tradicionales de control social- tiende a provocar el fracaso del mecanismo persecutivo, en la sociedad dominicana tradicional, la agresividad es frecuentemente proyectada en el otro imaginario que persigue. No hay una asunción individual de la agresividad ni una interiorización de la misma, que permita hablar de culpabilidad propiamente dicha. Resulta difícil hablar de una instancia legal -superyó- individual e interiorizada. La enfermedad es vivida como procedente del exterior.

Excluimos de la posesión la neurosis de culpabilidad. La posesión es una estrategia inconsciente que suprime la toma de distancia -que implica la culpabilidad- mediante una identificación imaginaria. La neurosis de culpabilidad constituye una tentativa de reparar la falta consignada en la representación inconsciente, ya sea mediante la confesión repetida o por la ejecución de actos. Aunque la culpabilidad pesa siempre sobre los deseos inconfesables, la posesión no es un sistema de defensa contra la culpabilidad presente, sino una estrategia alucinatoria que crea la ausencia de la culpabilidad.

En la sociedad dominicana tradicional, la interpretación delirante se aproxima a las representaciones colectivas y parece conformarse a su lógica interna. Entre pensamiento racional, pensamiento mitológico y pensamiento alucinado, no hay una discontinuidad radical. Las alucinaciones y los delirios son expresados a través de las representaciones colectivas; y el comportamiento patológico se inscribe en un sistema cuya lógica interna está sostenida por modelos culturales. "Es una función esencial del mito permitir la resolución, a nivel colectivo, de las problemáticas personales, cuando éstas permanecen dentro de ciertos límites, e incluso dentro de cierta generalidad. Si la problemática deviene más original, si ella se plantea según las contradicciones propias a la historia precisa del sujeto, la reasunción mítica puede ser insuficiente; y la angustia invade el campo de la existencia hasta el punto en que lo imaginario privado desborda lo imaginario propuesto por la cultura"⁽²²⁾.

En la cultura dominicana tradicional, la evolución de la "*bouffée*" delirante se relaciona con un tipo particular de organización de la personalidad. La ausencia relativa de fuertes sistemas de defensa facilita la eclosión de las "*bouffées*" delirantes y permite regresiones profundas.

Pero al mismo tiempo facilita el movimiento inverso hacia una progresión rápida. La movilidad interviene también para la cura. Las modificaciones bruscas del ambiente suelen provocar explosiones delirantes. La angustia concomitante a las modificaciones bruscas del entorno es evacuada mediante la organización de las representaciones colectivas. De ese modo, la angustia inicial se transforma en un miedo organizado que puede ser manipulado. La angustia se transforma en persecución por individuos o espíritus cuya realidad es aceptada tanto por el grupo como por el enfermo.

La angustia expresa la ruptura con los significantes culturales, y el delirio se constituye en defensa contra la angustia masiva. El rol del practicante tradicional consistirá en darle un nombre a la angustia, tanto para el sujeto como para la colectividad. En ese sentido, el lenguaje mágico-religioso juega un rol fundamental, al permitir que lo insensato devenga sensato y controlable, pacificando y humanizando la violencia del trastorno inicial.

La persecución es característica de la psicopatología dominicana de origen tradicional. La agresividad no permitida es proyectada y se convierte en una amenaza externa. Pero los delirios de persecución, predominantes en las *"bouffées" delirantes*, están en continuidad con experiencias comunes o banales. Por su parte, los ritos de posesión van a permitir la transformación de la enfermedad, al integrarla de un modo radical a los sistemas de representación colectivos, creando así una relación de otro tipo con el entorno. El tema delirante no deviene una forma de existencia individual, sino que se integra en un sistema de representación que le restituye una realidad social, permitiendo la reintegración del enfermo. Estos sistemas explicativos de la enfermedad son propuestos al enfermo por su medio.

II. LA HISTERIA FEMENINA

La afectividad constituye una modalidad de la vida psíquica cuyos límites no siempre pueden ser establecidos por la representación, sobre todo en aquellas circunstancias psico-comunicacionales en que el mensaje recibido afecta intensamente. Desde el punto de vista genético, la afectividad está enraizada en la dimensión pulsional de la corporalidad, sin reducirse completamente a ella.

La histérica manifiesta un exceso de afectividad. Su expresividad no suele concordar con los signos del entorno que le son ofrecidos en la comunicación. La afectividad no se limita a expresar una respuesta acorde con lo que se le significa conscientemente y, en consecuencia, se precipita sobre el cuerpo como auto-afección, como "conversión". En este momento, el lenguaje del cuerpo expresa lo que el sujeto no puede expresar conscientemente.

La afectividad histérica se caracteriza por el hecho de que los deseos incestuosos y los recuerdos traumáticos impiden al sujeto descubrir las representaciones que lo orientarían en el mundo del sentido. La consecuencia de este hecho es el predominio del eje metafórico del discurso corporal. Una parte del cuerpo se delimita y deviene incapaz de responder a las sollicitaciones exteriores, constituyendo un lenguaje cuyo sentido es necesario descifrar, como ocurre en las anestесias, parálisis, ceguera, etc.

Los síntomas histéricos se caracterizan por el polimorfismo y la variabilidad. Las crisis o accesos agudos de agitación constituyen las manifestaciones sintomáticas más conocidas de la conducta histérica. Estos síntomas paroxísticos son cada vez más raros en las sociedades occidentales, y lo que se observa en su lugar son las "crisis de nervios", es decir, estados de agitación o de cólera que ocurren después de contrariedades a veces de escasa importancia.

Los síntomas histéricos suelen afectar diferentes partes y funciones del cuerpo. Los trastornos se localizan en el cuello y afectan la voz, la cual deviene relativamente alta, sin vibración o con escasa resonancia. Los dolores de cabeza y las algias en general, los vértigos y los trastornos del sueño, las modificaciones del apetito, y los trastornos de las secreciones y excreciones, la anorexia y la bulimia, son todos síntomas corporales que manifiestan la existencia de un trastorno histérico. Pero pueden también presentarse síntomas psíquicos como los trastornos de la memoria y las fugas amnésicas, las alucinaciones hipnagógicas y las "*bouffée*" delirantes.

El histrionismo es el rasgo del carácter con que suele designarse a la histérica, quien da la impresión de poner en escena un personaje prestado. Sus expresiones exageradas reflejan la existencia de un sujeto que carece de un lugar interior, y que sólo puede experimentarse como viviente dramatizando los acontecimientos. La histérica sometida a tratamiento psicoterapéutico se queja de tener conciencia de representar siempre un personaje, de no poder impedirse hacer los gestos o de dar a su voz las entonaciones que corresponden a la espera presumida de sus testigos. La histérica sufre de ponerse en escena y de no poder evitarlo. En ese sentido, los otros le sirven de espejo, lo cual hace pensar en una fijación en el estadio especular, es decir, esa etapa en la que el niño descubre el placer de seducir a sus padres mediante sus gestos y mímicas.

Pero ese placer, necesario y normal, puede convertirse en un recuerdo fascinante y cautivante cuando la seducción capta la existencia de una ruptura de deseo entre los padres. Esto es lo que provoca la fijación imaginaria de la histérica. Posteriormente, la identificación edípica, al prolongar la identificación especular a una imagen de sí exhibida a la mirada

seducida, produce una oscilación característica de la histérica, entre el ser hombre y el ser mujer. Mediante la doble identificación con los padres, la histérica da forma a una cierta bisexualidad psicológica, que se manifiesta mediante la oscilación entre la posición seductora femenina y las actividades viriles.

La madre de la histérica se considera frecuentemente como la víctima del padre, y educa a sus hijos de manera que compensen lo que ella no encontró en su marido. El hombre es descrito peyorativamente, y en consecuencia los hijos varones no pueden identificarse con su imagen. En el mejor de los casos se separan de la madre, con lo cual tratan de evitar la homosexualidad. La hija, aunque aparentemente toma partido a favor del padre, asimila toda una serie de conductas destinadas a engañar al hombre.

Las madres de las histéricas, aun cuando vivan el matrimonio como un martirio, promueven en sus hijas un amor idílico y exaltan la vida en pareja. Esto crea una profunda contradicción en las hijas, en quienes el matrimonio puede convertirse en una experiencia traumática. Por su parte, el padre de la histérica, al no constituir una referencia estable dentro del discurso familiar, se convierte en un cómplice de la mentira materna.

En lo que respecta a la hija, el padre aparece como imaginariamente "insuficiente", razón por la cual trata de compensar esta imagen a fin de evitar la piedad o el desprecio hacia él. De ahí la tendencia a la idealización de la figura paterna. Esto se manifiesta durante la adultez por medio de conductas de reemplazamiento del rol de la mujer en otras parejas, idealizando el partenaire prohibido y ayudándolo de ese modo a que se exhiba en toda su medida. La histérica podrá probar que su padre aún es capaz de hacer la corte a otra mujer; o simplemente se expondrá ella misma a los cortejos del esposo de otra mujer para mostrar que "él" es capaz.

La idealización del objeto es el proceso mediante el cual este último es engrandecido, sin que cambie su naturaleza. La idealización corresponde a un repliegue narcisista. La idealización del otro va acompañada de la exaltación de la estima de sí a nivel de la fantasía.

Puede ocurrir que ante las limitaciones reales del padre, humillado por su mujer, la hija, para mantener su deseo edípico naciente y el prestigio de su objeto- trate de exaltar e idealizar fantasmáticamente al padre. Pero también puede ocurrir que al sentirse seducida por el estatus real de su padre en el hogar, experimente un retiro fóbico de la sexualidad en el que la idealización tenga un valor como defensa. En este último caso, al contribuir a la represión del deseo incestuoso, la idealización adquiere, como todo síntoma neurótico, un carácter ambiguo: al mismo tiempo

que mantiene el vínculo inicial al padre, lo prohíbe. Al idealizar el objeto del deseo, el sujeto lo aleja de su sexualidad, eliminando toda tentación incestuosa; pero no lo aleja para siempre, porque la insistencia inconsciente de las representaciones incestuosas constituye un obstáculo para la idealización.

Al elegir su pareja, la histérica trata de ocultar las faltas reales o imaginarias de su propio padre, o simplemente trata de hallar un complemento del mismo. Al partenaire se le atribuye lo que faltaba al padre. A él ofrece la histérica la perfección, al estimarlo tan perfecto como ella misma; o bien, al considerar la histérica que posee lo que le falta a su partenaire, se lo ofrece. Pero, en todo caso, el partenaire no será capaz de satisfacerla, ni colmará su búsqueda de placer ni su voluntad de ser amada.

La frigidez es característica de la histérica. En realidad, más que ser incapaz de experimentar el placer sexual, lo rechaza para mantener el "goce" y garantizar así la no aparición de nuevos deseos.

La histérica sueña con un hombre sin falla ni falta, detrás del cual se oculta, sin embargo, la marca de la debilidad. Se ha escrito sobre el vínculo seductor que la histérica establece con el hombre que representa un "poder". Ese vínculo deseado implica una idealización. La posición que él ocupa le impide responder al deseo, y esto oculta la falta que lo haría perder su estatus ideal. La idealización histérica resulta así paradójica; porque, al mismo tiempo que solicita el deseo del otro, espera que éste sea sin falta y por tanto sin deseo. Un medio de mantener la ilusión de que el hombre podría no ser decepcionante consiste en elegir un hombre inaccesible, prohibido o comprometido. De esa manera la histérica logra proteger su representación del hombre, al elegir un partenaire al que nunca puede confrontar con la realidad.

De hecho ningún hombre real será considerado lo suficientemente digno para recibir el cuerpo de la histérica, estimado por ella como perfecto, sin falta, no castrado. En la histérica, la búsqueda de la perfección es expresión de la envidia de pene. A menudo la histérica se reprocha una negligencia, o se siente ridiculizada por algún defecto. En ella, la búsqueda de la perfección en lo que respecta a la apariencia física, a la inteligencia, etc., oculta un sentimiento de insuficiencia. Según la fórmula de Lacan, el objeto del deseo de la histérica es el falo idealizado, entendiendo por falo una realidad simbólica de la que el órgano masculino es sólo un signo determinable y el órgano efectivo.

La histérica se presenta como seductora y "castrativa" cuando la tentativa de ponerse en escena es comprendida por parte del otro como una promesa posteriormente frustrada. El juego del amor y de la ternura, lisonjero y tranquilizador para el hombre, responde a un mecanismo inconsciente y constituye una tentativa de comunicación con el otro.

Pero no siempre la histérica es “castrativa”; a menudo le gustaría descubrir “el hombre de su vida”. Cuando esto ocurre, ante él se inclina y a él sirve, creándose de ese modo una pareja en la que la histérica deviene una mujer consagrada, lo que no se explica por las características reales de este hombre —a menudo deficitario, banal o mediocre— sino por los atributos que la histérica le presta en su fantasía. La sugestibilidad juega un rol importante en esos comportamientos y actitudes. La histérica no sólo fracasa en asumir la castración sino que se toma a sí misma como falo del otro.

Las mujeres en esas parejas parecen ser las defensoras de las opiniones, convicciones e ideas del marido. Algunas histéricas parecen hacer abstracción de todo pensamiento personal para reforzar el de su marido, y son ellas las primeras en regocijarse del prestigio que él obtiene. Esos hombres constituyen los objetos sobre los que el teatralismo histérico desplaza el deseo de mostrar. Esto entraña una cierta dependencia de la histérica. Pero la dependencia con respecto al esposo no es la primera de la histérica. Una dependencia infantil frente a uno de los padres puede haber infiltrado inconscientemente su psiquismo. En este caso, la dependencia infantil y el deseo fantasmático de convertirse en la hija preferida condicionan la abdicación posterior de la personalidad propia frente a su partenaire sexual.

La sugestibilidad histérica muestra también una plasticidad en la adopción rápida de modelos, gestos y entonaciones de voz. Esto provoca o suele provocar el rechazo de la histérica, aun más cuando, además de los síntomas aludidos, manifiesta una agresividad reivindicatoria y una tendencia a denunciar las insuficiencias de los otros, por oposición al sujeto idealizado. Pero la histérica puede también sentirse excluida del amor o indigna del mismo; creerse no deseable, o incapaz de amar. La causa de este fantasma de rechazo es la situación de exclusión que da origen al complejo de Edipo, rechazo que la histérica ha experimentado con gran intensidad.

Además, la histérica continúa sintiéndose rechazada por el deseo de posesión absoluta que resulta de la fijación en la posición oral. La avidez insatisfecha y orientada hacia un objeto mítico de vinculación, único capaz de suprimir el vacío interior, engendra la ambivalencia histérica, caracterizada por el apego ávido y el desapego indiferente.

CONCLUSIONES

El dominicano de origen tradicional es afectado por los comportamientos de singularización y de oposición a la familia y al grupo. Las circunstancias lo obligan a menudo a elegir entre un antiguo y un nuevo modo de relación con el otro. El debe adaptarse a una estructura inter-

subjetiva de transición que no corresponde todavía a la sociedad occidental. Obligado a elegir entre actividades, relaciones y vías de promoción que se multiplican y se contradicen, permanece aún separado de la corriente principal de la vida moderna.

Si bien es cierto que la aculturación y la ruptura consecuente de los vínculos tradicionales pueden convertirse en fuente de neurosis, es igualmente cierto que los cultos de origen tradicional pueden convertirse, para algunos individuos, en factores de integración. Por esa razón, el estudio de la enfermedad mental en el medio tradicional requiere de la consideración etnológica, a fin de evitar que el recurso exclusivo al discurso psicológico y psiquiátrico —constituido en las sociedades occidentales— resulte demasiado reductor.

El estudio clínico del caso de María puso de manifiesto el modo singular en que las representaciones colectivas de origen tradicional inciden en la interpretación y en la evolución de los trastornos de la conducta. En el medio tradicional dominicano, la enfermedad mental es interpretada de conformidad con los sistemas colectivos de representación, como son la magia, la brujería y la posesión. El estudio del caso de María reveló que la posesión, en tanto institución social, constituyó un dominio etiológico capaz de permitir a María tematizar los conflictos psicológicos que ella experimentó en relación con los demás miembros de su grupo social, así como las dificultades que la enfrentaron con los fundamentos normativos de su comunidad. Pero, por otra parte, la posesión —en tanto rito iniciático— hizo posible la realización de un cambio terapéutico que la psicoterapia de orientación analítica promovió en la paciente, permitiéndole expresar y sublimar la vida pulsional. Gracias a esta experiencia, María pudo alcanzar un nivel de desenvolvimiento familiar y social que confirma la dimensión terapéutica del rito de posesión⁽²³⁾.

Esperamos que la presentación de este caso clínico sea completada por otros estudios más exhaustivos, que nos permitan realizar un trabajo psicoterapéutico más efectivo con los pacientes dominicanos de origen tradicional.

-
1. Hospital Juan Pablo Pina, San Cristóbal, República Dominicana.
 2. El "ser", también conocido como "loa" o "misterio", es un genio, divinidad o espíritu.
 3. Rito iniciático vodúista que se realiza con la sangre de un ave, y que sirve para "fijar" el loa o "ser" tutelar en el cerebro del candidato a la iniciación.
 4. Se refiere a María y a su amante.
 5. Divinidad femenina del olimpo vodúista.
 6. Véase Ortigueza, M.-C et E., "Oedipe Africain", Union Générale d'Editions, Paris, 1973, p.p. 195-196.

7. Vergote, A., "Dette et désir. Deux axes chrétiens et la dérive pathologique", Editions Du Seuil, Paris, 1978, p. 201.
8. El trastorno histórico se distingue del trastorno psicossomático por su carácter expresivo. Véase Racamier, P.-C., "De Psychanalyse en Psychiatrie", Payot, Paris, p. 143.
9. Véase Israël, L., "L'hystérique, le sexe et le médecin", Masson, Paris, 1977, pp. 19-24.
10. Ey, H., "Traité des hallucinations", Masson, Paris, 1973, Tome I, p. 46.
11. Véase Freud, S., "Lo inconsciente", en "Obras Completas", Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, p. 2081.
12. Langness, L., "Hysterical Psychosis in the New Guinea Highlands: a Bena example", in *Psychiatry*, 28, 1965, p.p. 258-277.
13. Véase Follins S., Chazaud J. et Pillon L., "Cas cliniques de psychoses hystériques", in *Evolution Psychiatrique*, XXVI, 1961, pp. 257-286.
14. Conrad, K., "Die beginnende Schizophrenie: Versuch einer Gestaltanalyse des Wahns", Thieme, Stuttgart, 1958.
15. Pankow, G., "Structure familiale et Psychose", Aubier, Paris, 1977, pp. 115-124.
16. Los loa se organizan en grupos conocidos como "divisiones".
17. Véase Zempléni, A., "La dimension thérapeutique du culte des Rab. Ndöp, Tuuru et Samp, rites de possession chez les Lébou et les Wolof", in *Psychopathologie africaine*, II, 3, 1966, pp. 316-423.
18. Ellenberg, H. F., "Impressions psychiatriques d'un séjour à Dakar", in *Psychopathologie africaine*, Vol. IV, No. 3, 1968, p. 472.
19. Véase Vergote, op. cit., p. 281.
20. Gollnhofer, O. et Sillans, R., "Phénoménologie de la possession chez les mitsogho. Aspects psycho-sociaux", in *Psychopathologie africaine*, Vol. X, 2, 1974, pp. 197 y 208.
21. Zempléni, op. cit., pp. 402-403.
22. Broustra, J., Martino, P., Monfouga-Nicola, J. et Simon, N., "Réflexions ethnopsychiatriques sur l'organisation temps- espace de la personne", in *Psychopathologie Africaine*, VIII, No. 1, 1972, p. 82.
23. Véase Bogaert, Huberto, "Etude ethnopsychologique sur la personnalité des initiés au culte du Vaudou à St. Domingue", in *Psychanalyse 3*, Revue de L'école belge de psychanalyse, Ete 1985, p.p. 67-79.

EL ADOLESCENTE ANTE LA CONSULTA PSIQUIATRICA —ALGUNOS TESTIMONIOS—

César Mella Mejías
Julio Ravelo Astacio

“Son egoístas, se consideran como el centro del universo, pero nunca como en esta época pueden revelar tanta capacidad de abnegación y sacrificio. Inician las más apasionadas relaciones amorosas y las interrumpen con la misma brusquedad con que las empezaron. Participan con entusiasmo de la vida social y, por otra parte, se sienten invenciblemente atraídos por la soledad. Oscilan entre una ciega sumisión al líder elegido por ellos y una obstinada rebeldía contra toda autoridad. Son ascetas que súbitamente se hunden en los placeres instintivos más primitivos. Su estado de ánimo fluctúa entre el optimismo más infundado y un pesimismo profundo. En ciertas ocasiones, trabajan con infatigable entusiasmo y en otras son perezosos y apáticos”. (1)

Las adolescencia es una etapa crucial del desarrollo de la personalidad del ser humano que generalmente marca las características ulteriores de toda la existencia psico-social.

Se estima que para el año 2000 el mundo tendrá 1,128 millones de adolescentes. (2)

Ha sido reconocido universalmente que la adolescencia es un período de crisis en nuestra civilización. En realidad, los puntos de vista biológicos, psicológicos y sociales constituyen una cadena y cada uno de ellos se encuentra en interacción con el otro, para determinar dialécticamente, fenómenos propios de esta etapa evolutiva.

Lo que los hombres jóvenes piensan y sienten, lo que ellos quieren y desean, cómo se conduce, está determinado por las relaciones de vida y las normas sociales. La posición que cada joven ocupa en una formación social determinada y en un período histórico-cultural, es determinante en su conducta ulterior. Las particularidades propias de cada edad, que si-

guen con el desarrollo del niño, son manifestaciones, por las condiciones sociales de la vida y la educación del mismo. (3)

Aunque no existe un acuerdo unánime de clasificación por fase etaria de comportamientos por períodos del adolescente, vamos a acogernos a la planteada por el colectivo de profesores de la Facultad de Psicología de La Habana, dentro de la Cátedra de Psicología Evolutiva. (4).

ETAPAS DE LA ADOLESCENCIA

A). Primera Etapa.

Jóvenes entre los 11 y 14 años de edad. Existe en esta etapa un predominio de cambios corporales. Hay rápido crecimiento de los órganos sexuales que generalmente se produce primero en las hembras que en los varones. Predomina la inestabilidad emocional; hay mayor capacidad para las funciones mentales más abstractas y se dificulta en esta edad, la labor del maestro.

B). Segunda Etapa.

Jóvenes entre 14 y 16 años de edad. Existe un predominio de las funciones intelectuales y contradicciones agudas debido a la posición social intermedia, ya que en esta etapa es casi completa la maduración sexual. Existe una tendencia casi encontrolable de la sexualidad, se hace significativa la autoeducación y existen altos rendimientos de reflexión abstracta.

C). Tercera Etapa.

Jóvenes entre 16 y 19 años de edad. En esta etapa ya existe la consolidación de la posición sexual, la cual se acerca cada vez más a la del adulto; ya las transformaciones corporales han concluido en su mayor parte; existe mayor control de los impulsos sexuales; poseen juicios mucho más objetivos, son menos inestables emocionalmente y la vida afectiva está más equilibrada.

No resulta fácil comunicar con brevedad, a la comunidad de estudiosos de la salud mental, los puntos de contacto más relevantes entre la práctica médica psiquiátrica y las problemáticas más frecuentes que el adolescente presenta en nuestro medio. Esto así, porque los puntos de referencias formales o explícitos, desde la esfera del Estado son inexistentes.

Metodológicamente, sería incorrecto hablar del adolescente dominicano "en abstracto", etiquetando las patologías clásicas, como si asumieran un perfil epidemiológico homogéneo por grupos sociales.

Esta situación se agrava por la pluralidad de instituciones que intervienen cuando un adolescente "da una voz de alarma", la escuela, la familia, la esfera laboral, etc.

La ausencia de registros confiables que permitan extraer una muestra de adolescentes que sea representativa de la población dominicana, invalida los esfuerzos de tipo retrospectivos.

El poco desarrollo de la psicología y la psiquiatría del adolescente en nuestro medio, plantea incluso al nivel de la práctica privada, frecuentes distorsiones de enfoque y de manejo. Con mucha frecuencia el médico pediatra que ha venido siguiendo al sujeto desde su nacimiento, es el receptor habitual del trastorno de conducta del adolescente; cuando no, es el psicólogo que se mueve en el ámbito educativo el que interviene.

Es por ello, que los límites de esta comunicación quedan en lo netamente testimonial, intentando producir algunas reflexiones sobre el fenómeno salud-enfermedad mental del adolescente desde la perspectiva de la psiquiatría.

¿ADOLESCENCIA NORMAL?

Uno de los problemas que han obstaculizado más el desarrollo de la intervención en psicopatología del adolescente, es justamente la tendencia a atribuir excesivamente las conductas desviantes a "problemas transitorios de su edad", "esa es la tormenta de la adolescencia", y en fin, múltiples calificativos que provocan serios descuidos en la familia y daños irreparables al desarrollo ulterior de un ser social.

Masterson (1967) en un cuidadoso estudio de adultos con problemas psiquiátricos que habían debutado en la adolescencia, encontró que "las dificultades psiquiátricas de la adolescencia, tratadas o no, no desaparecían con el crecimiento sino que, por el contrario, se traducían en trastornos de diversas índole durante la edad adulta".

En países desarrollados, los problemas de la drogadicción y la delincuencia juvenil, están motivando estudios que diferencian bien claro, entre la existencia de patologías básicas del desarrollo de la personalidad y las llamadas crisis inadaptativas transitorias del adolescente.

En los Estados Unidos (Offer 1968), se propusieron estudiar un conjunto de adolescentes procedentes de las escuelas secundarias, y sin problemas manifiestos y encontraron:

- a). Que la adolescencia es un período menos tumultuoso que lo que el mito psiquiátrico atribuye.

- b). Que en el grupo estudiado, sólo una pequeña minoría presentó problemas que ameritaron intervención psiquiátrica.
- c). Que la mayoría dio muestras de un cierto malestar ulterior y una reorganización psicológica, que solía limitarse a producir un incremento de la ansiedad y una tendencia general hacia la melancolía, lo suficientemente importante como para llegar a la depresión.
- d). Que el estudio determinó como normal la tendencia del adolescente a "desafiar la autoridad". La conducta rebelde fue más frecuente en los más jóvenes y sobre todo, en el sexo masculino.

PROBLEMAS QUE CONFRONTA UN PSIQUIATRA PARA EVALUAR ADECUADAMENTE A UN ADOLESCENTE.

Habitualmente, un relacionado nos dice: "Te voy a mandar a mi hijo, lo noto medio raro" "entró en los 15 años". En otras oportunidades, procedentes de escuelas y colegios, llevan forzosamente un adolescente porque la dirección de esos centros educativos ha pedido "que lo viera un psiquiatra".

Es de notar que por una distorsión, muchas veces de carácter comercial, la remisión al psiquiatra es indicativo de que "ya el asunto no es de psicólogos", dando a entender que se trata de una situación de cierta gravedad.

Muchas son las dificultades que, a forma de pinceladas, señalaremos:

- a) El adolescente que "es llevado al psiquiatra", tiene una resistencia a "contar" su verdadero problema. Actuar con sinceridad frente a un adulto, que además simboliza una figura de autoridad, que en sus fantasías el adolescente vincula al aparato coercitivo de la escuela o de la familia.

El psiquiatra tiene que buscar una rápida empatía con el muchacho, aislando en lo posible, a los padres, luego de recogida toda la información, mostrándosele como aliado, aceptándolo, responsabilizándolo de sus citas y confrontándolo lo menos posible en las fases iniciales.

- b) Existe una tendencia a no aceptar el diagnóstico que se le formule, a no cumplir "al pie de la letra" los tratamientos prescritos, máximo si se trata de psicofármacos. Es difícil para el terapeuta mantener una relación emocional estable con su asesorado y al

mismo tiempo, una conducta terapéutica objetiva. El adolescente es sensible, necesitado casi siempre de un reforzamiento del yo y teme mucho a que "se le desmorone su castillo narcicista".

- c). *La flexibilidad* debe ser la principal característica del terapeuta. El adolescente suele sentirse menospreciado cuando entrevistamos primero a su padres y luego a él. En nuestra práctica, invertir el orden ha dado mejores resultados.
- d). Es muy raro que un trastorno de conducta en el adolescente no modifique su rendimiento escolar. De ahí la importancia de una adecuada recolección de datos sobre la esfera educativa y la necesidad de tener actualizada una evaluación de inteligencia y factores de personalidad.
- e). En el trinomio informativo adolescente-familia-escuela, es el primero en donde encontramos mejor información. Sus distorsiones, minimizaciones y actitudes a veces, pueden desesperar al terapeuta, toda vez que el adolescente suele poner en juego el estilo de autoridad que cotidianamente imponemos a los adultos en consulta y que incluso, imponemos a nuestros hijos adolescentes.

Balser Harris (5) dice "el tratamiento psicológico y psiquiátrico de los adolescentes es quizás la experiencia más desafiante, engañosa y evasiva, así como la que puede despertar más ansiedad en el psicoterapeuta".

¿QUE TIPO DE INTERVENCION PSIQUIATRICA ES FRECUENTE EN NUESTRO MEDIO?

Tratando de aproximarnos al sector público, revisamos el trabajo de Palacios y Col (1984), que intenta hacer un estudio de la psicopatología más frecuente en los adolescentes ingresados en el Hospital Psiquiátrico Padre Billini, quienes encontraron que el 70% de los 112 casos estudiados se trataban de psicosis en sus diferentes variedades. Este dato habla de que la población que se autoselecciona alrededor de este tipo de servicios, es aquella en que coinciden: la ausencia de recursos económicos y la aparatosa de un caso inmanejable en el ámbito de la familia.

El litoral de la práctica privada, en su amplia gama de opciones, es muy difícil de medir con objetividad, en lo que sería un estudio de demanda de servicios por prevaencia o incidencia. Desde la comunidad psiquiátrica se observan algunos signos generales que son alentadores, como son:

- a). Mejor integración y comunicación alrededor de estudios de casos entre la comunidad científica de psicólogos y psiquiatras.
- b). Pérdida del miedo que amplios sectores de la población exhibían ante la intervención de un psiquiatra.
- c). Un mejor entendimiento de que el modelo médico y psicológico de intervención, se complementan y se expresan en la concepción biopsicosocial del hombre y en el trabajo integral, al interior del equipo de salud mental.

Desde la población que demanda el servicio, se observan algunos fenómenos de orden psicosocial, que sería conveniente mencionar:

- a). La drogadicción ha emergido en el último quinquenio como una problemática que está demandando asistencia urgente. No se trata del fumador "social de marihuana", sino de formas mayores de toxicomanías, como es el caso del consumo y adicción a la cocaína.

La existencia de una población móvil denominada "Dominicans-Yorks"; la eclosión de la droga como fenómeno socio-cultural tardío de la década de los 80 en Santo Domingo; junto a las limitaciones del Sector Formal de prevención y terapéutica anti-drogas (Hogares Crea, Casa Abierta, etc.), determinan un flujo importante de demandantes de asistencia hacia el sector privado. Generalmente se trata de pacientes en crisis de abstinencia; con trastornos mentales asociados o jóvenes que acuden llevados por su familia. En práctica privada el pronóstico siempre es de reservado a sombrío, por las limitaciones para intervenir en el micro-medio familiar y social en donde se desenvuelve el cliente. Las técnicas de carácter conductual en la fases de deshabitación funcionan y salvo un adecuado seguimiento o un caso de muchos soportes internos y externos, la "recaída" es la regla".

- b) *Psicosis funcionales.* — Dentro de este grupo, la Esquizofrenia Paranoide suele debutar en plena adolescencia. Se trata de un cuadro que altera el fenómeno perceptual cognoscitivo, produciendo alucinaciones y delirios. Se trata de un cuadro de larga evolución, donde la psicofarmacoterapia sigue jugando un rol protagónico dentro del armamentaje terapéutico.
- c) *Síndromes Cerebrales orgánicos crónicos.* — La epilepsia sigue siendo un cuadro de importante prevalencia en adolescentes. La connotación social del cuadro, popularmente llamada "la gota"; lo dramático de las crisis; junto a la incurabilidad en si misma, hace

la presencia de psiquiatras, neurólogos y psicólogos como imprescindible.

- d) *Trastornos de personalidad y afines.*— Sólo mencionaremos tres, dentro de la amplia gama:

La tendencia al aislamiento

La agresividad individual y grupal

La tendencia disocial en la Personalidad

El trastorno de personalidad esquizoide en crisis, puede ser el preludio de una esquizofrenia debutante o sencillamente un patrón de conducta arraigado que en la práctica es de difícil manejo.

La presencia de agresividad obliga al psiquiatra a descartar factores orgánicos intrínsecos, pero también, amerita una exploración integral de la familia. La agresividad de un adolescente bien canalizada hacia un deporte rudo o hacia la creación es un importante medio psicoterapéutico.

La delincuencia grupal tanto en sectores sub-alternos de la población, como en los círculos altos en la escala social, constituye un fenómeno más complejo que desborda la consulta individual.

El trastorno de personalidad antisocial y disocial, viene siendo incluido en todas las clasificaciones internacionales de trastornos mentales. En la práctica clínica la presencia de un supuesto "chico cruel" que ha sido expulsado de todos los colegios; con poca empatía afectiva y con antecedentes delictuales plantea serios problemas para el enfoque individual. Este trastorno puede tratarse como una crisis transitoria de tipo inadaptativa, aunque una buena proporción de los casos persiste hasta la adultez como patrón nuclear establecido de conducta.

- e) *Trastornos Neuróticos.*— En el adolescente, al igual que en la población general, predomina la neurosis depresiva, asumiendo el cuadro una mezcla de elementos endógenos y reactivos, propios de las situaciones de incertidumbre de esta etapa. El pronóstico generalmente es favorable. Uno de los problemas a manejar con mayor cuidado son las ideas y tentativas de suicidio en el marco de la adolescencia, pues una buena cantidad de suicidios consumados ocurren en esta etapa.

- f) *Fracaso Escolar y Problemas Vocacionales.* — Constituye un motivo frecuente de consulta. Esta problemática generalmente pone de relieve una inteligencia fronteriza; a una familia problema o a un chico con problemas de identidad y perspectivas.
- g) *Trastornos psicosomáticos.* — La somatización de los conflictos emocionales del adolescente se manifiesta con frecuencia como:

asma bronquial

trastornos de la piel presuntamente alérgicos

ulceras estomacales

obesidad, etc.

Suele ser desconcertante para los médicos, la ausencia de respuesta adecuada de estos padecimientos a los tratamientos "ad usum". Cuando se recoge una adecuada historia clínica uno de los datos claves lo constituye el hecho de que estas enfermedades, "hacen crisis" coincidiendo con situaciones de sobrecarga para el adolescente Ej.: período de exámenes, divorcio de los padres etc.

- h) *Reacciones inadaptativas y situacionales.* — Sólo mencionaremos, por su alta prevalencia y sobre todo en el sexo femenino, las crisis histéricas. Se trata generalmente de una joven quinceañera que "hace crisis" que se caracteriza por pérdida del conocimiento o desmayos frecuentes. Injustamente son tildadas de simuladoras, a veces, son tratadas como epilépticas, otras desencadenan mecanismos de sobre protección familiar que agrava el cuadro.

La identificación de las conflictivas que están detonando mecanismos de defensas inconcientes es la clave de una buena terapéutica. El hecho de que el paciente comprenda y acepte los rasgos universales de la personalidad histérica también es un paso de avance.

- i) *Situaciones relacionadas con la orientación sexual.* — Por el carácter proteiforme de la sexualidad del adolescente, que es un curioso e incansable explorador de una sexualidad en vías de consolidación e identificación final, el terapeuta debe ser cauto y flexible. En nuestro medio debemos señalar como situaciones que demandan de frecuente orientación:

El afeminamiento

Masculinización y Lesbianismo en las hembras

Homo y Bi-sexualidad en el varón.

La exploración de la psicodinamia de identificación sexual en los primeros años es esencial. La identificación de las reales preferencias del adolescente con el auxilio de las Evaluaciones estandarizadas de personalidad es un auxilio valioso. En nuestro medio las situaciones que derivan de los trastornos de identificación sexual son mal aceptadas por el círculo familiar.

Algunas inquietudes finales.-

- a) Los servicios de salud mental escolar dirigidos al adolescente son una vital importancia y aún poco desarrollados en nuestro medio. La ley orgánica de educación debería contemplarlos como obligatorios.
- b) La psicoterapia familiar y la de grupo en general son recursos de una trascendente importancia en el adolescente y de escaso desarrollo en nuestro medio. En la formación del psicólogo y del psiquiatra son herramientas imprescindibles.
- c) La necesidad de un Centro Nacional de Orientación al Adolescente debe ser un recurso de la población, donde la Universidad del Estado debe jugar un papel de primer orden.
- e) El trabajo de psicología comunitaria que afecta la clínica de la conducta del departamento de psicología, puede hacer una evaluación de la demanda oculta de atención primaria y secundaria en salud mental en una muestra de adolescentes de la capital.

CITAS

- 1) Freud, Ana: *"El yo y sus mecanismos de defensa"*.
- 2) Gómez Cristóbal: *"Clínica Psiquiátrica Infantil"*. Cap. IX Adolescencia. Página 129. 1ra edición - Editora André Voisín, Cuba 1976.
- 3) Fiedrich, W. Kossakowski, A: *"Psicología de la Edad Juvenil"*. Edit. Universitaria, Habana, Cuba, 1965.
- 4) Colectivo Prof. U.H.: *"Conferencias de Psicología Evolutiva"*. Edit. Universitaria, Habana, Cuba, 1975.
- 5) Balser Harris, B: *"Psicoterapia del Adolescente"*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1972.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

1. Pérez Villar, Dr. José: *"Etapas del Desarrollo y Trastornos Emocionales del Niño"*. Editora Revolucionaria. I.C.L. La Habana, 1970. 2da. edición Página 107.
2. Pou, C., Amaro G. y Mella, C: *"Caracterización Psicológica del Adolescente"*; *Rev. del Hospital Psiquiátrico de La Habana*, Vol. XX No. 2, páginas (323–332). Cuba 1979.
3. DSM—III, *"Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales"*, Asociación Psiquiátrica Americana — Edit. Toray Masson. 1983, Barcelona.
4. Palacio, Br. Secundino: *"Modalidades de Trastornos Psicóticos en Menores de 16 años en el HPPB"*. Tesis de grado — UASD— 1984.
5. Freedman, Kaplan y Sadock: *"Tratado de Psiquiatría"*. 2da. edición — Tomo II, Pág. 2346—2500. Salvat, Editores Barcelona, 1982.
6. Bozhovich y Blagonadzhina: *"Estudio de la Motivación de la Conducta de los Niños y Adolescentes"* Edit. Progreso, Moscú, 1978.
7. Erickson, Erick h. *"Sociedad y Adolescencia"*, 5ta. Edición Siglo XXI, Edit. México, D. F. 1979.
8. González Rey, Fernando: *"Motivación Profesional en Adolescentes y Jóvenes"* 1ra. edición, Edit. Ciencias Sociales, La Habana, Cuba, 1983.

Psicología y Antropología

PSICOTERAPIA, ATRIBUCION Y BRUJERIA EN LA REPUBLICA DOMINICANA

Emmanuel Silvestre

La suerte del dominicano le acompaña hasta en sus desgracias. Cuando le mostramos a un amigo que nos han abollado un guardalodos del carro, éste nos dice: "Que suerte que no te pasó nada a tí". Cuando tenemos problemas económicos jugamos a la lotería. Cuando nos afectan decepciones amorosas y, cómo no, quebrantos incurables de salud, recurrimos a los baños, resguardos y rituales recetados por tradiciones, curiosos, brujas y demás consultores mágicos. Aunque decimos que no creemos en eso, lo intentamos de todas maneras como último recurso, ya que podríamos tener suerte y conseguir el amor o la salud con estos medios. Aquí, "lo último que se pierde es la esperanza".

Estas costumbres, relacionadas con nuestro concepto sobre la suerte, ilustran el hecho de que el contexto cultural dominicano está caracterizado por una visión mágica de la realidad, heredada a través de nuestras mayores influencias culturales; por una parte, la cosmovisión demoníaco-religiosa de la España medieval y, por otra, el universo misterioso de los panteones o conjuntos de dioses africanos representados en los cultos vodú.

Este contexto podría servir por sí sólo de paradigma para explicar cómo la consulta médica que se practica en nuestro país se relaciona con la psicoterapia, en lo que concierne a sus objetivos sociales, así como a ciertos procesos que se encuentran en ambas manifestaciones de lo que, en esencia, constituye una relación de ayuda psicológica.

Sin embargo, esta comparación hará énfasis en las variables psicosociales explicadas por la teoría de la atribución, las cuales orientan la serie de investigaciones que he venido realizando sobre el concepto de suerte en República Dominicana.

Un enfoque metodológico completamente diferente y que, no obstante, llega a conclusiones esencialmente semejantes a las presentadas aquí, se puede encontrar en el trabajo del Dr. Huberto Bogaert (1983) sobre la personalidad de los iniciados al culto vodú en Santo Domingo. Utilizando un instrumento proyectivo de exploración psicológica, el Test de Apercepción Temática, el Dr. Bogaert concluye que las interpretaciones de la posesión como un síntoma de trastornos psicopatológicos olvidan sus dimensiones sociales y religiosas. Nuestros brujos no pueden ser considerados fácilmente como enfermos mentales, sin tomar en cuenta que desempeñan funciones comunitarias de liderazgo, tanto por el dominio religioso que ejercen sobre los creyentes, como por la ayuda que prestan a su comunidad en el alivio de sus males. Los datos que se presentan aquí demuestran que nuestras "consultoras mágicas" son, por lo menos psicológicamente, más fuertes que sus clientes.

Naturalmente, la función del shamán ha sido ampliamente investigada en diversas culturas, sobre todo en sus aspectos antropológicos. Incluso en la cultura taína ha sido encontrada esta función shamánica. Para los taínos, la concepción del universo era también demoníaca y la vida era la unidad integrada de hombres cosas y espíritus. De ahí surgía entonces la necesidad de procurarse la buena voluntad de los dioses para vencer los fenómenos naturales y sociales negativos (Pérez, 1985).

Se ha citado el origen común de la magia y la religión (De Vesme, 1977), considerando la magia "natural", en la cual no intervienen los espíritus, como la antesala de la ciencia; mientras que la magia que busca la ayuda de los espíritus a través de plegarias, ofrendas y ritos propiciatorios sería el paso previo a la religión. El mago, shaman o brujo, desempeña entonces un papel trascendental en su comunidad, ya que sus acciones siempre están relacionadas con la vida y la muerte. Las figuras del médico y del psicoterapeuta actuales, participan de este arquetipo (Silva, 1972). Ellas reviven la experiencia de la imago-Dios o el arquetipo del sí-mismo de la psicología de Jung (Fordham, 1953). Según el enfoque jungiano, las necesidades psicológicas subyacentes que satisface esta figura del sacerdote-mago-psicoterapeuta, son esencialmente las mismas en toda la especie humana, aun cuando se expresen en lenguajes diferentes.

Teoría de la Atribución

Además de la dimensión antropológica apenas esbozada y de aquella considerada por la psicología profunda, la cual debemos retomar luego, se deben enfocar ciertas variables que para la psicología social son importantes al explicar la relación entre el proceso psicoterapéutico y la con-

sulta mágica. Es necesario describir los principios esenciales de la teoría de la atribución, ya que los mismos arrojan bastante luz sobre los procesos psicosociales que intervienen en estos fenómenos relacionados con una cosmovisión o explicación del mundo circundante.

Esta teoría nació con Fritz Heider (1944) a mediados de siglo e intenta dar cuenta de la tendencia básica general que tienen las personas a buscar explicaciones causales. El niño, por ejemplo, desarrolla el pensamiento causal a través del esquema con que aprende a relacionar al actor y al hecho. Por esto los seres animados, especialmente las personas, son el objeto preferido a la hora de atribuir una causa. Esta tendencia a atribuir los cambios en el medio a personas, está relacionada con lo que Piaget llama animismo, es decir, la tendencia a atribuir vida a objetos inanimados.

La misma tendencia se relaciona claramente también con las explicaciones que hacían las personas de las etapas tempranas de la humanidad, sobre aquellos fenómenos de los cuales no podían dar cuenta en base a su experiencia concreta. Tales hechos misteriosos eran explicados en función de los espíritus o dioses que rodeaban y permeaban su existencia.

Se entiende pues que puedan existir ciertos hábitos atribucionales debido al aprendizaje. La experiencia nos dice si nuestras atribuciones son eficaces. Si logramos identificar con precisión las intenciones de un conocido que nos dirige un halago, podremos actuar adecuadamente frente a él. Si pensamos que nos quiere sobornar de alguna manera vamos a comportarnos de manera desconfiada y esquiva. Pero si nos equivocamos al desconfiar, en el caso de que esa persona fuera sincera, podríamos perder una amistad.

En otras palabras, nuestras atribuciones tienen consecuencias en términos de recompensas y castigos y, por consiguiente, pueden aprenderse hábitos para atribuir ya sea a través del reforzamiento directo o la imitación.

Aquellas personas en quienes han sido fomentadas culturalmente la responsabilidad, la competición y la superación individual, adquieren la expectativa de que son capaces de controlar el medio ambiente con su conducta. Es decir, hacen atribuciones internas, buscan en sí mismos las causas de los eventos que le suceden y por esto han sido denominados *internos* (rotter, 1966). Se ha comprobado que los niños más internos perciben a sus padres como más afectivos, más protectores, brindándoles más ayuda instrumental y aprobación, así como utilizando menos castigo físico (Katkowsky et al, 1967; Mc Donald, 1971).

A diferencia de los países desarrollados, en lo cuales la sociedad enseña desde la infancia a tener expectativas internas, en América Latina las estructuras sociales que provocan marginalidad social, los acontecimientos histórico-políticos donde prima la incertidumbre, así como la imprevisibilidad del clima, provocan más bien expectativas de tipo externo. Ante la realidad de no poder controlar la situación, se considera que quien controla lo que le sucede a uno es el destino, la suerte o el azar. Las personas que habitualmente hacen atribuciones de este tipo son llamadas *externas*.

Desarrollos posteriores de esta clasificación han llevado a conceptualizar una tercera dirección atribucional. Se trata de aquellos que, habiendo sido originalmente internos y habiendo sufrido repetidos fracasos en sus intentos de control del medio, tienden a hacer atribuciones de tipo externo en general, pero localizadas en personas, deidades o instituciones que representan poder a sus ojos. La escala que mide esta expectativa ha sido llamada "Otros Poderosos" y a quienes obtienen alto puntaje en la misma se les conoce como *externos defensivos* (Romero, 1979).

Tanto los puramente externos como los externos defensivos han sido encontrados como psicológicamente más débiles que los internos (Romero, 1979). Las características de los internos representan siempre conductas más adaptativas y más eficaces. Por ejemplo, en un estudio experimental para la Comisión Nacional de Política Energética (Silvestre, 1984), pude comprobar que los conductores más internos tenían una mejor disposición a ser persuadidos para aprender técnicas de ahorro de combustible.

La externalidad ha sido inclusive, considerada como una de las variables que conforman la conocida "psicología de la pobreza", sobre todo en países de cultura anglosajona. Aquí hemos encontrado una correlación positiva entre externalidad y abandono del uso de servicios de planificación familiar. Las mujeres más externas abandonaban más frecuentemente el servicio de planificación (Hungría, 1981).

No obstante, la externalidad parece comportarse de manera diferente en nuestro país. Mientras para los anglosajones ésta se asocia con clase baja, las mediciones llevadas a cabo en otros países de América Latina (Romero, 1979), así como en Santo Domingo y Santiago (Carrión, 1983), constatan la presencia de externos en proporción significativa en todas las clases sociales.

La variable que se ha encontrado correlacionada negativamente con la externalidad ha sido la educación. Las personas que poseen una educación universitaria son menos externas que aquellas que tienen más bajo nivel educativo. En el estudio de Carrión, la externalidad defensiva no

pudo medirse adecuadamente porque todos los sujetos obtuvieron puntajes relativamente altos en la escala Otros Poderosos. Dicho de otra manera, todos parecían considerar que existen en nuestra sociedad otras personas o instituciones, como el gobierno por ejemplo, que son las verdaderas responsables de lo que nos sucede.

Pero, las creencias mágicas en la suerte, medidas por las escalas clásicas de externalidad, parecen ser compartidas tanto por nuestros internos, como por los externos, ya que constituyen tradiciones culturales muy arraigadas entre nosotros. En un estudio hecho por Martínez (1983), también para la Comisión Energética, se pudo comprobar que tanto los conductores internos como los externos, aprendían más técnicas de ahorro de combustible cuando se les ofrecía participar en un concurso donde se sortearían boletos para obtener gasolina gratis.

La utilidad de los concursos para motivar a los consumidores ha sido ya utilizada en las campañas publicitarias para incentivar el ahorro bancario. Este tipo de motivación extrínseca es necesaria porque nuestra sociedad mantiene prejuicios sociales que hacen ver al que ahorra como más pobre, más tacaño y más anticuado.

En otros aspectos controlados en estos experimentos sobre ahorro de combustible, los externos seguían teniendo ciertas desventajas psicológicas. Los internos seguían siendo más consistentes en el cambio de actitud, es decir, se mostraban más coherentes entre lo que decían, lo que sentían y lo que hacían con respecto al ahorro.

Atribución y Consulta Mágica

Hasta ahora, los hallazgos presentados permiten formular la hipótesis de que las expresiones mágicas de nuestra cultura no constituyen necesariamente una debilidad psicológica o un estancamiento en el desarrollo del pensamiento causal. La teoría de la atribución permite concebir otra manera de adquirir este pensamiento. De acuerdo con esta posición, es posible desarrollar otro concepto de relación entre actor y hecho, que no sea necesariamente de causa y efecto, el cual sería reforzado y mantenido por el contexto cultural.

Esta diferente relación existía, por ejemplo entre el brujo y la curación, entre los cuales interviene el ritual. El brujo sería percibido más bien como un agente que puede liberar las fuerzas curativas de las cuales participa el mismo enfermo. Si las acciones mágicas son validadas con la aprobación social, el niño puede construir ese esquema especial entre actor y hecho y por tanto, adquirir un concepto de relación causal que admita las coincidencias como instancias explicativas. Una conclusión

semejante se obtiene desde otro enfoque teórico sobre el cual no es posible extenderse aquí. El concepto de sincronicidad desarrollado por Jung, reivindica asimismo una cosmovisión mágica como característica cultural de las sociedades orientales estudiadas por él (Evans, 1964).

En términos operacionales se puede pensar que las creencias mágicas serían compartidas por internos y externos en nuestro país. La relación planteada implicaría que las escalas con que se miden las direcciones atribucionales no sean ortogonales. Esto es, la misma persona podría obtener puntajes altos en internalidad y también en externalidad. Esto sería posible en razón de que la escala que mide la externalidad parece saturada de las creencias ya señaladas como tradicionales sobre la suerte y el destino, mientras que aquellas que miden la internalidad sí investigan expectativas de control sobre el medio.

Para poner a prueba la hipótesis de que la magia no es sólo pobreza psicológica y que puede coexistir con la internalidad por motivos culturales, se diseñó un estudio comparativo (León et al., 1985) entre una muestra de consultoras de Santiago, o sea lectoras de baraja, taza, vaso y vela y sus clientes, así como con otra muestra de personas que decían no creer en la consulta mágica. A consultoras, clientes y no creyentes les fueron administradas las escalas de Levenson de Internalidad, Externalidad y Otros Poderosos, así como una entrevista que buscaba establecer los contenidos de las actitudes de estos tres bloques de sujetos con respecto a temas como la suerte y el destino.

El análisis estadístico de los puntajes aportados por las escalas, permitió establecer que las consultoras resultaron efectivamente más internas que sus clientes. Tal y como se esperaba, no se encontraron diferencias significativas entre el nivel de externalidad de consultoras y clientes. Por otro lado, los clientes, también como era de suponer, obtuvieron puntajes más altos en la escala Otros Poderosos.

Resumiendo, se puede describir el escenario de la consulta mágica a través de la actuación de un cliente que acude a buscar ayuda donde otra persona más poderosa que ella misma, porque no se considera capaz de controlar los eventos que le afectan en su medio ambiente. La consultora sí se cree capaz de influir sobre el consultante para que el mismo resuelva sus problemas o por lo menos se comprometa en una conducta que tienda a lograr ese objetivo. Ella también cree en el destino, pero cree asimismo que a la suerte hay que ayudarla. Aunque las deidades son las que determinan el resultado final de sus invocaciones, cuando algo falla, la consultora admite que no llevó a cabo el ritual adecuadamente o que su cliente no mantuvo la fe suficiente. La similitud estructural de esta situación con la consulta psicoterapéutica es obvia.

En una de las consultas en que participé, una lectora de vela fomentaba a través de sus prescripciones las expectativas internas de sus clientes, estableciendo diferencias aparentemente de acuerdo con el grado de internalidad que percibía en ellos. Para aconsejar cómo lograr el éxito económico, a una persona interna, o por lo menos de alta educación, le aconsejaba poner toda su voluntad en lo que deseaba obtener. A alguien más externo, con menos educación, le instruía sobre un ritual para conseguir dinero, según el cual tenía que colocar tres centavos en una copa de agua que debía ser cambiada diariamente.

Este ritual implica, por lo menos, que la persona se comprometa en una conducta que, aunque simbólica, se relaciona con el esfuerzo propio para resolver sus dilemas y le facilita un posterior cambio de expectativa en lo que concierne a su capacidad para enfrentarse al medio.

Esta anécdota ilustra la necesidad de una especie de caracterología mágica. Los consultores deben ser sensibles a las diferencias de personalidad en sus clientes y esta caracterología parece ser aportada por los santorales o panteones que describen en términos psicológicos las propiedades de las deidades (Cofiño, 1979; Deive, 1975). Así, por ejemplo, una mujer sensual es vista como la encarnación de Anaísa, también conocida como Santa Ana y en Cuba como Oshún. El arquetipo de la maternidad está a su vez representado por Yemayá o la virgen de Regla, también cubana.

A través de lo que ha sido denominado como "Teoría Implícita de la Personalidad" (Sampson, 1971), la consultora parte de un rasgo observado y atribuye al consultante otros rasgos que considera que están relacionados con el primero, porque todos ellos pertenecen a determinada divinidad.

El desarrollo de esta analogía entre panteones y una caracterología implícita, merece un espacio que excede los límites del presente análisis. Pero, la comparación que no es posible dejar de lado se refiere al fenómeno de la transferencia, el cual constituye la esencia misma de la psicoterapia (Jasper, 1959). Para Jung (1972), en su obra *Psicología de la Transferencia*, el psicoterapeuta y el paciente se encuentran en una relación fundada en un estado inconsciente común, en el cual el paciente proyecta sobre aquél contenidos no solamente sexuales sino arquetípicos, que lo colocan en el mismo estado en que se coloca el discípulo que se inicia en la alquimia con respecto a su maestro.

El proceso de la obra alquimista que lleva a la purificación, no sólo de los metales sino del propio iniciado, es comparado paso a paso con

el proceso de individuación que describe para Jung el desarrollo óptimo de la personalidad y viene a ser el objetivo fundamental de su terapia analítica.

De acuerdo con ese enfoque, sería fácil considerar que una consultora pueda despertar en el consultante a través de sus rituales, símbolos y de la fortaleza de su actitud, los mismos contenidos del subconsciente que pueden facilitar la psicoterapia y la individuación si son hábilmente manejados por el terapeuta.

En fin, la ciencia y el modo de pensar occidental, llevan típicamente a la elaboración de sistemas psicológicos y terapéuticos que pueden sin embargo encontrar sus símiles en otras culturas. La psicoterapia se relaciona con el vodú, de la misma manera en que el santoral católico despierta los mismos arquetipos que los panteones voduyistas.

Conclusión

Para sintetizar, los datos presentados nos llevan primeramente a reformulaciones teóricas sobre la naturaleza de la externalidad, tal y como ésta se manifiesta en nuestro país. Está claro que nuestras creencias sobre la suerte y la consulta mágica no deben ser clasificadas a la ligera como expresión de una debilidad psicológica sino como valores característicos de nuestra identidad cultural.

Por esta razón, las escalas que miden esta expectativa deben ser modificadas. La de externalidad debe diferenciarse de la medición de creencias de tipo mágico compartidas por casi toda la población. La escala de Otros Poderosos debería medir expectativas psicológicas de control que no posean respuestas socialmente aceptadas como correctas.

Para ejemplificar estas afirmaciones, los ítemes de ambas escalas que se refieren a obtener trabajo preguntan, en el caso de la externalidad defensiva, si la persona está de acuerdo con que para conseguir trabajo hay que tener un "enllave". Esa pregunta en la escala de externalidad pide que el sujeto exprese si cree que para conseguir ese trabajo hay que tener suerte. Me da la impresión de que la mayoría de nosotros está convencido de que, en este país, para obtener un empleo no sólo hay que tener un enllave o padrino sino también mucha suerte.

Por último, las implicaciones de este trabajo pueden tener también un carácter más práctico. Ya fueron citadas las campañas de ahorro de dinero y de energía como un campo donde se puede aplicar con una intención positiva el conocimiento de nuestras preferencias por los sor-

teos. La publicidad siempre se va adelante en la aplicación práctica de los descubrimientos de la ciencia de la conducta.

Actualmente se puede ver en televisión un comercial que reconoce y exalta que "este es un país muy especial", para aprovechar esa singularidad en el logro de mayores ventas. Los psicólogos deberíamos seguir investigando científicamente eso que tenemos de especial, pero no sólo para vender o ahorrar más.

Puede ser que la suerte nos ayude a encontrar una psicoterapia eficaz que comprenda y respete nuestra idiosincrasia y desarrolle lo que podamos tener de positivo en nuestro modo de ser.

SITUACION ACTUAL DEL HOMBRE DOMINICANO

Fernando I. Ferrdn

I: Modernización y vida diaria

La sociedad dominicana contemporánea se encuentra sometida a un acelerado proceso de modernización. Algunos autores califican este proceso de "latinoamericanización" debido al parecido urbano, estructural e institucional de la sociedad dominicana respecto a otras sociedades continentales. Otros hacen pronosis de "norteamericanización" a causa de los efectos socio-culturales de la emigración dominicana hacia metrópolis norteamericanas, la democratización política y el impacto incuestionable de los medios de comunicación social estadounidenses en la república antillana. Por el efecto mismo de la urbanización y de la sociedad de consumo, aquel proceso es tan vertiginoso que pocos alcanzan la voz para hablar de la "haitianización" dominicana, por la rápida degradación del medio ambiente, la densidad demográfica ascendente y la creciente presencia de nacionales haitianos en el territorio oriental de la isla. Tal parece, pues, que la "arritmia histórica" (Bosch 1971: 312-320) finalmente es superada por el empuje casi irresistible de las formaciones sociales capitalistas.

En cualquier hipótesis, primero, considero como indiscutible que la modernización dominicana significa ante todo la rápida complejificación de esta sociedad, más allá de aquella división social que consistía en clases de primera y de segunda conviviendo al interior de un marco de referencia cultural relativamente homogéneo. El ámbito estructural, al igual que el cultural, ha sido profundamente transformado. Existe la sociedad rural frente a la urbana, y aquélla se subdivide en plantaciones privadas o asentamientos agrícolas estatales y minifundios; y análogamente, en las ciudades se enfrentan las zonas populares marginales y el resto más o menos modernizante. En aras de este último sector se organiza la sociedad dominicana en tanto que unidad social diversificada, no obstante cualquier tipo de populismo ideológico.

Ahora bien, segundo, el proceso de cambio inherente a la dinámica de la modernización no se reduce ni se centra en el desarrollo tecnoló-

gico, político, económico y social. La modernización comprende la forma dinámica que, a consecuencia de la explosiva proliferación del conocimiento en los últimos siglos, ha adquirido el antiguo proceso de innovación (Blache 1979: 231). Pero la innovación modernizante ha de entenderse como un proceso a la vez creativo y destructivo, que proporciona nuevas oportunidades y perspectivas a un alto costo de dislocación y sufrimiento humanos (Ibid: 350). La sociedad dominicana no escapa a estas dos dimensiones propias de todo proceso de modernización. De ahí el interés de este estudio.

Explicar la situación contemporánea del hombre dominicano implica exponernos a su universo de significaciones culturales, y no tan sólo limitarnos a la formalidad y análisis estadísticos, y menos aún a los planteamientos formales propios al estudio y conceptualización de su modernización. Por esto mismo, y en continuidad con la perspectiva fenomenológica de un escrito anterior (cf. Ferrán 1985), pretendo esbozar aquí el "mundo de la vida diaria" (Schutz 1973:208), mundo intersubjetivo que existe antes de nuestro nacimiento, y que es experimentado e interpretado como un universo socialmente organizado.

En dicho universo la vida diaria se presenta como una realidad interpretada por hombres particulares en un contexto de clases sociales, y subjetivamente significativa en tanto que mundo coherente (Burger y Luckmann 1967: 19). Siendo cada uno un dominicano ¿qué representan en la vida diaria los otros y los objetivos que le rodean? ¿cómo se sitúa ante lo cotidiano, inmerso como está en un incontenible proceso de modernización que lo obliga a ganar penosamente su vida día a día?

En orden a desglosar el tema, partiré del contexto tradicional de la vida diaria dominicana y presentaré a continuación los principales rasgos de los subsistemas culturales de esta sociedad. Para ello dependeré indiferentemente de diversos estudios de campo antropológico, al igual que de estudios sociales disponibles.

II. Contexto tradicional de la vida diaria

Sin necesidad de adoptar una dimensión diacrónica en el ámbito de este trabajo, basta recordar a grandes rasgos el contexto tradicional de la vida cotidiana antes de diferenciar la vida en el campo dominicano contemporáneo y sus modelos culturales. En verdad, la emigración, la inestabilidad política colonial y la misma ocupación de Boyer de la parte española de la isla fueron factores decisivos que reforzaron un ideal casi implícito en la colonia; a saber, una vida sedentaria caracterizada por la ausencia de cualquier trabajo duro o por la presencia de empresas socioeconómicas.

Esta vida se basó en una economía de subsistencia. Desde el célebre siglo de la miseria, el XVII, la vida social aparentemente fue articulada en caseríos y poblados por la especulación de prestamistas (Peña Pérez 1985), al tiempo que la población valoraba culturalmente su autonomía social. Heredia y Mieses expone este ideal tradicional: "... infinidad de menudencias que, aunque parezcan despreciables, forman el fundamento de la verdadera felicidad y prosperidad de los pueblos, la cual no consiste en producir mucho azúcar y café a fuerza del sudor de millones de esclavo, sino en tener asegurada la subsistencia con su propio trabajo y vivir y buena policía civil y religiosa" (1955: 168; cf. Moya Pons 1972: 62, 88-89; Bonnet 1955: 276-277).

En el mismo sentido se pronunció Guridi, quien caracteriza a los habitantes de la parte occidental de la isla a partir de 1844 como faltos de interés y esperanza, pues miran la vida desde un punto de vista determinista. "En una cosa es muy poco alterada la mancomunidad que existe entre unos y otros campesinos y agentes de los pueblos, así como entre la mayoría de los que habitan en las ciudades; a saber, en que carecen de toda clase de aspiraciones; no se apuran por el mañana" (Guridi 1955: 411; cf. Soulastre 1955: 61).

Esta expresión de valores y actitudes, a todas luces, se fundamentaba en una precaria organización social agrícola. Por ejemplo, en 1860, Campomanes informó al respecto al gobierno español en Cuba: "La agricultura puede decirse que no existe, pues a excepción de unos sesenta mil quintales de tabaco que se recolecta en las provincias de Santiago y Concepción y una corta cantidad de café de superior calidad en las del sur, que se exporta para el extranjero, no se cultiva ningún otro producto a pesar de la facilidad con que se obtendrían todos con mayor abundancia: no hago mención del azúcar porque escasamente se fabrica el necesario para el consumo de la Isla pero sí la merecen los cueros al pelo y una cantidad considerable de cera que se exporta para Europa" (1955: 106-107).

Debido en gran parte a la cosecha de exportación del tabaco, se acentuaron en estas décadas las diferencias regionales del país. Esto llegó a tal punto que Santiago de los Caballeros y otras poblaciones cibañas como Puerto Plata y La Vega pusieron en tela de juicio las prerrogativas sociales, políticas y económicas de que gozaban la capital y la región sur de la República. Ya en 1812 Heredia y Mieses se refería a la pobreza de la capital (1955: 165) y en 1871 Hazard echaba de ver la trágica situación económica de Santo Domingo, donde no se veía "la mano del progreso" (cf. Hoetnik 1969: 31; cf. Bonó 1964: 105, 113; Alvarez 1860: 16 y 20). Este regionalismo y preponderancia cibañas sólo cedieron el paso al sur capitalaño con el auge de la industria azucarera a partir de la década de 1870. Pero así como a la hora de preguntar el por qué del momento y de la forma del surgimiento de la gran industria azucarera no

podría darse una respuesta, del tipo exclusivamente económica (cf. Hoetnik 1971:10), lo mismo acontece con la tradición cultural de la sociedad dominicana. La respuesta implica más bien la teoría antropológica del bien limitado.

En contraposición a la ideología del "pesimismo dominicano" (cf. Ferrán 1985: 13-17), la teoría del bien limitado permite comprender la organización tradicional dominicana (cf. Moya Pons 1982: 18). Delimitada por la ya mencionada economía de subsistencia, el mundo de significados cotidianos de la vida tradicional estaba configurado por la personalización de las relaciones sociales. La armonía parecía ser la norma, en vez del conflicto clasista; a lo más, en su expresión diaria éste se encontraba supeditado a las pugnas entre grupos primarios o familiares. En este contexto predominaba una escasa población, la cual no llegaba a un millón de personas aún en 1920, organizada ruralmente. Los lazos familiares y de parentesco entretejían los vínculos interpersonales y a través de ellos sobresalían las relaciones de dependencia y de servicio basadas en el patronazgo y la clientela, en el compadrazgo y en el caudillismo.

Estas relaciones sociales configuraban un universo axiológico en el que la pobreza no era un mal intrínseco sino un estado compartido más o menos equitativamente, y donde la innovación tecnológica e industrial fue desconocida. La dinámica capitalista de la modernización aún no había irrumpido. La religión tradicional reforzaba aquel universo con su presentación de los valores familiares y de la pobreza como un valor. El aparato estatal no se promocionaba como palanca de modernización en las manos de un tirano o simplemente de gobiernos constitucionales más o menos ilustrados o populistas. De hecho, la rutina se imponía en medio de una accidentada vida política que no revolucionaba y tampoco incidía en las estructuras productivas, educacionales, familiares e ideológicas de esta sociedad rural.

Como es sabido, los orígenes de este mundo tradicional cristalizaron en la época colonial. La rápida extinción de las poblaciones aborígenes, y el sometimiento posterior de los esclavos a los colonizadores y sus descendientes, otorgaron a la cultura de estos últimos una preponderancia formal e informal sobre los primeros dada la desarticulación de las estructuras sociales indígenas y africanas (cf. Dobal 1981: 64-103).

Ahora bien, a propósito de la sub-cultura tradicional que emergió de aquel sojuzgamiento es menester que se precisen sus elementos constitutivos. Así se podrá esbozar la situación cotidiana de la población ante el valor ideal del mundo de significados tradicionales. Los principales elementos de dicha situación son la misma existencia y las actitudes existenciales ante la naturaleza, Dios, la persona humana, los grupos sociales y las normas éticas de conducta.

En la sub-cultura tradicional la vida es evaluada por sí misma; no obstante la fe cristiana en la vida supraterrrenal, se llora desesperadamente ante la muerte. Pero esta existencia no es objeto de conceptualización. Cada uno se sitúa en ella en términos de vivencias. De ahí que se conjuguen al mismo tiempo el triunfo y el fracaso o resignación ante éste en términos de la intensidad emocional de las vivencias particulares. El éxito ante la vida no se evalúa por lo que una persona tiene u obtiene, sino por la intensidad afectiva con que actúa. Cada persona particular merece respeto por su propio ser y valor singular, independientemente de su estatus social. Pero más que el propio ser, sin embargo, lo decisivo es sentir con pasión y expresarlo. La temeridad ante el peligro y el machismo sexual serán tan sólo dos expresiones de dicho sentimiento.

En este contexto, el mestizaje y la violenta historia política de la República incidieron en el mundo cotidiano. Se sabe que la cultura tradicional no tuvo grandes inhibiciones respecto al mestizaje. Sin embargo, lo anterior no significa que no existiera en aquel entonces la discriminación legal y social de negros y mestizos (cf. Deive 1981: 117, 123). Un ethos cultural tan sensible al respeto de la persona individual, y tan favorecedor de la expresión emocional como el tradicional, quedó afectado por la presencia en su propio seno de personas que por su situación social y por su origen cultural eran difícilmente integrables, a no ser tras muchas generaciones de convivencia. Paulatinamente la población se tornó mestiza (Pérez Cabral 1982: 81-82, 99-100; Tolentino 1974: 72-73), racialmente, y probablemente esta convivencia arraigó afectivamente y más allá del individualismo del conquistador español, ciertos rasgos de "tristeza", "pesimismo" y "fatalidad" ante la vida social (Dobal 1981: 101-102).

A su vez, la violenta historia dominicana delimita necesariamente el individualismo exhibicionista y lo tiñe con matices de escepticismo, cautela e incluso, inhibición que coexisten con la necesidad interna de expresión emocional. No obstante la sensibilidad cautelosa y crítica, considero que la satisfacción ante la vida sigue poniéndose, al menos como anhelo, en la exaltación de la existencia por la existencia.

Por otra parte, la actitud del hombre ante la naturaleza es significativa cotidianamente en el mundo tradicional por su aceptación pasiva y por la falta de un intento serio y sistemático por dominarla. Dicho mundo es ajeno al utilitarismo tecnocrático y aún ignora las relaciones laborales en el mundo del fetichismo de las mercancías. La naturaleza impone su ritmo a la actividad humana, pero no a la inversa. Esta falta de interés del hombre tradicional por dominar la naturaleza resulta en una baja evaluación de la planificación racional, moderna, de los medios en aras de un fin. Incluso el tiempo no es un artículo escaso y el impacto de la tecnología no revoluciona la situación de un hombre que se limita a convivir con su medio ambiente natural.

En contraste con la situación anterior, el hombre tradicional sí valora y tematiza el ámbito religioso, y llega a personalizarlo en Dios, normalmente en tanto que ser supremo misterioso y trascendental. De ahí que al, o a los seres supremos se les atribuya la inefabilidad de la vida humana. Las frases de "Dios lo quiso", "estaba escrito" u otras análogas esconden una concepción fatalista de la existencia humana; ésta se halla dominada por un Dios o divinidades misteriosos, acorde con el marco de referencia de inseguridad ante la vorágine natural del trópico y la ignorancia de las causas intramundanas de los fenómenos naturales. Por su lado, en el Dios cristiano fascina lo tremendo y lo inexplicable más que su cercanía a la humanidad. Su cercanía se siente y se cree en el fiel cumplimiento de las prácticas rituales y sacramentales; en éstas se encuentra consuelo ante las adversidades y seguridad ante lo desconocido.

En lo referente a la relación del hombre con sus semejantes, y no ya con la naturaleza o con Dios, sobresale la simpatía más que el diálogo racional. Adicionalmente, existe un trato para el hombre y otro para la mujer. El hombre claramente domina. La baja evaluación de la mujer se aprecia particularmente en la doble moral matrimonial; el hombre ve en la mujer un ser a quien debe conquistar; una vez conquistada, ella debe serle fiel, sin que esto se deba esperar de él. Por su lado los niños no deben entorpecer a los mayores, y apenas existen gratos recuerdos de la niñez y tampoco un período intermedio de juventud entre la infancia y la madurez.

La organización de los grupos sociales en el ámbito tradicional se caracteriza por su afuncionalidad, debido a la falta del hábito de pensar en términos de medios-fin, al igual que por el exhibicionismo emocional y la alta evaluación del adulto. A pesar de la factibilidad con que la autoridad es aceptada, su ejercicio suele ser errático al carecer de normas fijas de acción. De la persona con autoridad se espera, por una parte, valor temerario y aparente confianza ciega en sí mismo; por otra, una benévola y paternal disposición a ayudar en casos de necesidad a los inferiores y un trato diferente hacia éstas.

Como en otros casos nacionales, las fuentes de donde derivan las normas de conducta en el mundo tradicional dominicano son las costumbres impuestas por el pasado y la autoridad incuestionable de las personas jerárquicamente superiores. A partir de ahí, ético es lo que comúnmente se hace e inmoral lo que se aleja de las costumbres. Significativamente, el mundo ético se encuentra reforzado por una moral inmediatamente derivada del mundo religioso. En éste suelen confundirse consuetudinariamente fe y moral, o bien Dios y lo que tengo que hacer. Consecuentemente, avalado por la fe religiosa, el comportamiento moral de cada uno se generaliza espontáneamente a todos.

El tipo de ética tradicional que deriva así depende esencialmente de un alto grado de control social, ajeno a la urbanización, a los medios de comunicación social y a la emigración; factores todos estos que atentan contra la integración de dicha ética. El control social tradicional está ligado a una baja densidad demográfica, de manera tal que por medio de los vínculos familiares, de parentesco y hasta vecinales lo que se espera de uno equivale a lo que se espera y hacen todos.

Por tanto, la necesidad de control social implica que el *ethos* tradicional significativo para el hombre dominicano sólo pueda perdurar en medios rurales o urbanos con una pequeña escala social. Más aún, el aislamiento respecto a otras culturas es decisivo para su supervivencia. Pero, a todas luces, estas condiciones se dan cada vez menos en la sociedad dominicana contemporánea, sea ésta rural o urbana.

III. Situación Actual

En las sociedades rural y urbana dominicanas, e mundo intersubjetivo tradicional aún perdura. Sin embargo, en la actualidad carece de la justificación que le brindó en el pasado una sociedad eminentemente rural, con una escasa población distribuída en pequeños nichos habitacionales y con una economía básicamente de subsistencia. Por ello mismo para exponer los rasgos más llamativos de la vida diaria en la sociedad dominicana contemporánea, me limitaré a presentar los rasgos que más contradicen el contexto tradicional de la vida cotidiana dominicana. Previamente, sin embargo, permítanse unos párrafos de contextualización.

a. — Mundo Rural

Con su 48% (2,712.117) de la población total dominicana (cf. ONE 1983; 31), el mundo rural dominicano alberga organizaciones sociales tan disímiles como las minifundista, latifundista y el sector reformado con sus asentamientos estatales.

Ante todo, recuérdese que la agricultura minifundista es la heredera por excelencia de la vida tradicional. Pero la descomposición de la estructura agraria tradicional conlleva en el presente la desaparición del campesinado y el mantenimiento de los grandes productores (cf. Yunén 1985: 72). En términos someros, los conucos y parcelas se encuentran sin recursos crediticios e insumos tecnológicos, y están arrinconados por latifundios que ocupan con su 2% de la población rural el 60% de las tierras agrícolas del país (en contra del 78% de la población minifundista y el 13% de las tierras de estos).

El limitado acceso a la tierra por parte del minifundista, la inserción, mercantil de la economía campesina, el desarrollo de la economía agroindustrial y agroexportadora, y las limitaciones que significa la economía azucarera latifundista explican la expulsión de la mano de obra agrícola y la emigración hacia las ciudades donde se incrementa la superpoblación relativa (cf. Duarte 1980: 182).

La organización social del ámbito minifundista es predominantemente familiar, y la de los grandes propietarios descansa en una mano de obra desplazada de la propiedad de la tierra y constituida en proletarios agrícolas (cf. Ferrán 1976: 81 y ss, 100 y ss.). Ahora bien, segundo, en el mundo rural dominicano ambos tipos de organización se conjugan al interior del sector reformado de la agricultura. Este sector toma auge con la reforma agraria estatal. En verdad, con ella el Estado, propietario ya de las zonas cañeras del Consejo Estatal del Azúcar, incrementa aún más su finca.

En teoría, la reforma agraria debió estar dirigida a romper la estructura agraria latifundista, ocupada por la agricultura cañera al igual que por la ganadería (Dore 1981: 79-88; 1982: 60). Pero paradójicamente no faltan los casos en los que la oposición a dicha reforma proviene de los mismos parceleros. Estos reafirman el valor tradicional del campesinado, a saber una relación directa con su tierra, explotada por la unidad familiar, y por ello rechazan el régimen colectivo de la tierra o los asentamientos estatales en general. La razón más evidente de este rechazo es el apego tradicional del antiguo campesino y ahora parcelero a la tierra. Pero a partir de la falta de un fondo propio emerge un mal substancial a la reforma agraria dominicana: los asentamientos carecen de autonomía suficiente para programar su producción y para satisfacer necesidades vitales tales como las de consumo, salud y educación (cf. Dore 1982: 78-87).

En verdad, el proceso de burocratización estatal conlleva en este sector que a los parceleros no se les conceda suficiente inteligencia, laboriosidad y capacidad dirigencial para asumir autónomamente la administración de los asentamientos, por lo menos en un contexto de subsidiaridad. Por ello mismo se puede comprender sin dificultad que la organización del sector reformado de la agricultura dominicana, no obstante contar con el 33% del crédito agrícola oficial en 1982, cuenta con un nivel de productividad inferior al nacional en casi todos los cultivos (cf. Rodríguez 1984: 29-43 y ss.). De hecho, de los 5.8 millones de tareas distribuidas por el Instituto Agrario Dominicano, un 35.7% corresponde a superficie agrícola; pero de ésta solamente estaba cultivada en 1981 un 61.3% debido a toda una serie de factores: falta de obras de infraestructura, déficit de insumos tecnológicos, insuficiencia de crédito institucional, desánimo de los parceleros por la baja productividad, bajo ingreso.

A grandes rasgos, pudiera afirmarse que este patrón estatal repite proporcionalmente lo que acontece en el sector estatal del azúcar. En cualquier hipótesis, la vida cotidiana del mundo de los bateyes azucareros representa la contradicción más sobresaliente a la vida tradicional del campesinado nacional. Por consiguiente, paso a presentar el marco de referencia de significados en la finca azucarera estatal.

b. *Mundo de significados en la finca azucarera*

El tipo de organización social propio a este sector ha sido ampliamente estudiado en sus perspectivas histórica, económica, social, internacional y política (cf. Corten et alii 1981; Báez 1978; 1983; Del Castillo, Cordero 1980; Del Castillo 1984; 101—159; Varios 1974; Veras 1983; Castor 1983; Yunén 1985: 165 y ss). A pesar de los recientes enclaves turísticos y la incidencia económica de este sector para la economía dominicana actual, el impacto de la siembra de la caña ha sido tal que de él se ha podido escribir: “La realidad no podrá alegrarnos nunca: vivimos la civilización de la caña” (Incháustegui 1973: 119).

El hombre cuya vida transcurre en un batey azucarero, sea dominicano o haitiano, es como una bestia acosada por el hambre y la necesidad (cf. Lemoine 1983: 134—147). La vida humana queda así degradada bajo un rudo sistema de sobreexplotación basado en el trabajo barato de Kongoses, viejos haitianos, ambas fils o clandestinos, y arellanos; e igualmente en términos relativos, en los nacionales que por necesidad de sobrevivencia ahí se encuentran.

Haitianos y dominicanos, en la finca azucarera no expresan la alegría de vivir, pero sí el alto grado de dependencia que soportan respecto a los jefes (administrador, jefes de campo y de cultivo, superintendentes, guardacampestres, mayordomos). Esta dependencia, correlativa a una profunda falta de iniciativa personal, conlleva un arraigado sentimiento y valoración de la seguridad. En este marco de referencia, la vida humana es valorada tan sólo por su centralización en lo económico y su inmediatez a través del comportamiento sexual.

Como en el contexto de la vida tradicional, en este mundo rural del azúcar no existe una actitud técnica de dominio de la naturaleza. La vida y la naturaleza alternan cíclicamente en los tiempos muertos y de zafra, imponiéndole así al hombre su ritmo de labores en medio de la angustia y el desamparo vital.

Roto el vínculo del campesino con su fundo, el trabajo agrícola está revestido de un valor instrumental, y soportado por una actitud de sometimiento y resignación. Ante todo, el trabajo mediante el cual se es al-

guien, si no algo, es percibido solamente como un duro medio para obtener un salario; no significa una actitud de autorealización y desarrollo de la propia personalidad, sino más bien una continua fuente de frustraciones, desengaños y desilusiones pues no garantiza ingresos suficientes para satisfacer adecuadamente las necesidades más elementales. Particularmente en los bateyes, el trabajo está penalizado por el mal trato recibido y los bajos salarios; por esto mismo no se le valora por sí mismo y tampoco como un medio mediante el cual se transforma y domina la naturaleza.

El horizonte religioso de la organización cañera responde a una concepción sacral casi mágica, en función de la cual se espera que la aplicación de ritos logre una intervención de fuerzas divinas favorables. Esta utilización ritual es más para ayudar y prevenir, que por efecto de una convicción profunda acerca del poder eficaz de un Dios supremo y personal. Todo lo cual no quita que en este ambiente sacral y fuertemente jerarquizado el trabajo de las iglesias evangélicas, sobre todo con la población haitiana, permita que se hable del Dios judeo-cristiano, se lea la Biblia y que el servicio divino adquiera una relativa importancia social. En términos generales, sin embargo, la sacralidad es de origen ancestral africano y también lo son las celebraciones litúrgicas y festivas. A pesar de una evidente falta de conciencia de las causas segundas en el plano natural, no se atribuye a Dios, sino a los fenómenos sociales, la dura situación reinante en los campos cañeros. Esta dureza se manifiesta por excelencia en tiempo muerto.

El tiempo muerto inflige al hombre condiciones de aislamiento e inactividad laboral que resultan en una resentida estrechez económica, aún más penosa que en tiempo de zafra. Por esto mismo, la percepción del hombre del batey y de la población fija de éstas se reduce a una comprensión cíclica de la existencia, fatalmente marcada por el ritmo alterno de ambos tiempos. El juego alterno e inexorable de ambos períodos configuran una personalidad resignada ante lo inevitable y fatalista ante sus previsibles consecuencias de hambre, aburrimiento, maltrato, robos, abuso y muerte. Las cosas acontecen, no porque suceden así tradicionalmente, sino porque necesariamente tienen que acontecer. La necesidad de sobrevivencia se conjuga por esto mismo con una actitud fatalista, derrotista, del hombre ante su entorno. Este hombre valora en y sobre todas las cosas al destino, y no ya a un Dios o dioses personales, y tampoco a su propio esfuerzo laboral, o a una vida conducida en función de normas éticas, o bien la convivencia con sus respectivas familias y amistades. Consecuentemente el término batey es sinónimo existencial y cultural de fatalidad y destino, tanto para el hombre que lo sufre, como para la sociedad nacional que lo percibe.

Como fuerza impersonal y ajena a un universo religioso poblado de

personas divinas, el destino abarca supraestructuralmente la vida comunitaria de estas comunidades agrícolas. En función de la fuerza ciega del destino se explica y trata de restablecerse infructuosamente un mundo de sentido; su rigidez e inexorabilidad, empero, sólo parecen ser superadas por el empobrecimiento al que están sometidos los pobladores. Si bien el azar es fortuito, y siempre luce ser una vía causal e inmediata de escape ante lo inevitable, el destino contradice toda comprensión racional e incluso providencialista de la persona y de la sociedad.

Aunada con el destino, la estructura laboral de la organización agrícola de la caña resulta en una persona desposeída de su propia intimidad, de su subjetividad, por la ausencia de cualquier tipo de espontaneidad y de reflexividad, y por enajenación de su propia autonomía particular y en general comunitaria. Incluso la condición de obreros, en contraposición a la de campesinos, no conlleva la autoidentificación en unos campos azucareros donde la herencia de las plantaciones se evidencia en la incapacidad que los habitantes manifiestan para tomar decisiones propias al margen de los jefes. La irrealización personal, reforzada por los bajos niveles de la vida comunitaria, significan indefectiblemente el grado de deshumanización de cada persona. Ahora bien, en contra de lo que se dice y cree fuera de los campos azucareros, el estilo del trato interpersonal no se caracteriza por la rudeza o la violencia. Ciertamente, las normas de amistad, sinceridad y fidelidad comunes en un mundo tradicional no se respetan; pero en medio del objetivismo ambiente sobresale una actitud solidaria y de ayuda en el supuesto de que todos están sometidos al mismo destino, a los mismos jefes, en medio de la pobreza. Sólo frente a las personas ajenas a sus campos surge una actitud de desconfianza y de resentimiento.

En tanto que comunidades, los bateyes constituyen un anti-valor para sus moradores y también para la población rural en las zonas aledañas. Estas comunidades son resentidas como lugares de penas y vergüenzas. Un cierto sentimiento de culpa por la fatalidad que implica el residir ahí acompaña el desarraigo que imponen las condiciones laborales, habitacionales e institucionales del CEA. Más que una cierta comprensión histórica de lo que han llegado a ser sus comunidades, los miembros de los bateyes captan de manera sacral las fuerzas del destino que todo lo gobiernan. Por ello mismo, hasta los niños, siempre inquietos y curiosos, parecen vivir en los bateyes azucareros sin alegría. La valoración que recibe lo inmediato (ron, juegos de azar, bailes, mujeres) se circunscribe al interior de una comunidad empobrecida, desatendida estatalmente y percibida negativamente.

La súplica constante y perenne de los hombres del batey ante cualquier extraño es que lo rescaten de "este hoyo", "consígame algo",

“sáqueme de aquí”, “le trabajo por lo que sea”, “ayúdeme a salir de este infierno”.

En este contexto, reforzado por el hecho de que los bateyes exhiben un cuadro desolador en lo que se refiere a servicios, es comprensible que las comunidades de estos hombres del azúcar se encuentren desprovistas de vida comunitaria. El principal, si no único, elemento integrador de las relaciones interpersonales de estos hombres y mujeres es el elemento laboral. En verdad, la lógica de poder en función de la cual se logra el sometimiento y resignación de la población se corresponde fielmente con la lógica laboral. Así, tanto el trabajo como el temor de perder algún privilegio relativo constituyen el elemento integrador de las relaciones sociales vigentes, mientras que el principal elemento desintegrador es el desarraigo y falta de identidad comunitaria en las personas.

En términos generales, por tanto, la falta de organización social es prácticamente total. Incluso la familia no constituye un elemento de integración. Las uniones consensuales no garantizan en medio de la penuria y las estrecheces económicas el amor y fidelidad conyugal, y los mismos adolescentes pronto se ven expulsados del hogar por motivos de necesidad económica. Más que un ámbito de arraigo emocional, de afectividad y socialización, las relaciones matrimoniales y sociales se caracterizan habitualmente por su objetividad, rudeza disciplinaria e inestabilidad. Es menester repetirlo, la estructura de poder de la finca azucarera, correlativa a la organización laboral impuesta por las necesidades e intereses de la compañía(s) azucarera(s), violenta incluso el ámbito familiar y coloca a la población de ahí expulsada en un mundo extraño y objetivo en el que hay que salvaguardar a toda costa el salario alcanzado y cualquier otra ventaja comparativa con la cual cada uno pueda contar. Consecuentemente, a diferencia de lo que acontece con la organización social minifundista, el núcleo central e integrador de la comunidad no lo constituyen las relaciones familiares y sociales de los hombres del batey, sino la hegemonía de las relaciones laborales, en tanto que ellas articulan la compleja estructura institucional de las compañías azucareras. Sin ésta, la vida comunitaria se desintegraría totalmente por la obligada pero consuetudinaria falta de autonomía personal de los moradores.

A tal punto llega el desarraigo y dependencia característicos de los miembros de esta sociedad rural que incluso los vínculos de amistad, así como del tradicional compadrazgo, entre los miembros de un mismo nivel laboral y de éstos con los de otro estrato social, son prácticamente inexistentes. Como se suele decir en los bateyes, “en la Finca no hay amigos”, o bien “mi único amigo es el descanso”.

Así, pues, la principal vía de autoidentificación de la persona es su nacionalidad, más que sus relaciones familiares, sus éxitos, o bien su con-

dición o virtudes morales. La nacionalidad sí se valora en un ámbito social donde conviven y sufren tranquila, triste y pasivamente nacionales dominicanos y haitianos. Se conocen entre sí, se tratan con relativas precauciones e incluso no dejan de ser frecuentes las relaciones interpersonales en términos de igualdad entre dominicanos y Viejos (haitianos). Pero en términos generales, los bateyes son exponentes de un arraigado "racismo" anti-haitiano, propio de la población dominicana: como se puede oír en una de estas comunidades de campo, "aquí no somos racistas, los haitianos viven todos allá", mientras se señala hacia los barrancones; pero también convive ahí el prejuicio anti-dominicano y nacionalista de la población haitiana (cf. Florival 1983: 154-157): "todos los dominicanos son haraganes y abusadores". Obviamente, en este juego y re-juego de mutuas acusaciones y temores latentes, los más perjudicados son los haitianos, en tanto que inmigrantes y/o ilegales.

Estos prejuicios nacionales se llevan al plano racial. Pero lo más sorprendente y paradójico del racismo resultante es su sin sentido literal. En términos raciales, la población dominicana no es predominantemente caucásica, sino mulata. Los jefes y empleados del ingenio no son la excepción. Ahora bien, establecidas consuetudinariamente las diferencias étnicas de ambos grupos, lo decisivo es que a partir de ese momento dominicanos y haitianos quedan separados, son más gobernables por los jefes y las relaciones entre ellos quedan claramente definidas. El respeto casi sagrado del rol asignado a cada persona y a cada grupo étnico implica consecuentemente el mantenimiento del orden existente. La estratificación social de los bateyes impide el ascenso social de los haitianos y, hasta cierto punto, de sus descendientes arellanos, por una parte, y por la otra sanciona coercitivamente cualquier acto delictivo o inusual de los mismos. De ahí que en contra de la propaganda al respecto, la población azucarera haitiana sea tan pacífica como aparentemente servil. Cada uno sabe que debe mantenerse sojuzgado a los jefes dominicanos y subalterno a la población dominicana.

Más relevante aún para la vida significativa de la persona es la clara identidad social que el mero hecho de ser dominicano, o haitiano, representa para ella.

En la finca azucarera, el hombre haitiano tiene una conciencia e identidad nacional más arraigada que la del dominicano. La identidad nacional haitiana es fuertemente valorada, aun cuando no implica un sentimiento de patriotismo como es el caso de la población dominicana. Para ésta, esa identidad nacional es víctima de varios factores: la prevalencia demográfica de haitianos en los bateyes, así como la fuerza y el carácter autóctono y pintoresco de los rasgos culturales de origen haitiano, especialmente los religiosos y los festivos. En cualquier caso, la degradada personalidad del haitiano en un batey se configura y mantiene a partir

de su identidad nacional. Esta surge como signo de solidaridad entre Viejos, clandestinos, arellanos y, en menos grado, los braceros importados. Se reconocen como "un pueblo abusado". En un medio ambiente dominado objetivamente por los dominicanos dicha identidad les proporciona fuerza y sentido subjetivo capaces de alentarlos psicológica y grupalmente.

Por su lado, el hombre dominicano no recurre ni manifiesta su identidad nacional con la urgencia con que lo hace el haitiano. El está en su patria. Por ello mismo se presenta ante el haitiano con una actitud de relativa superioridad; se concibe a sí mismo como económica, social y culturalmente superior. La ingenuidad de esta superioridad reside en desconocer el mecanismo por el cual incluso el dominicano, en el espectro de su sociedad nacional, está relegado a un plano de inferioridad y minusvaloración económica y socio-cultural. Recuérdese al respecto que si bien el dominicano en un batey no corta la caña, por motivos de salarios esencialmente, el que vive en zonas aledañas a los bateyes tampoco está dispuesto a cortarla si esto implica habitar en esas comunidades. Dominicanos y haitianos en los bateyes están aislados en medio de una organización que inhibe la persona y la mantiene en condiciones francamente infrahumanas.

En estas condiciones, las normas de conducta personales son arraigadamente individuales. Debido a la anomia de una organización social esencialmente laboral, la ética puritana de pocos evangélicos convertidos contrasta con una ética utilitarista propia a la mayoría. Este utilitarismo interpersonal significa que uno siempre debe aprovecharse de la situación y de las personas para obtener alguna ventaja personal. El inmediateísmo que resulta de ahí conlleva la pérdida de toda esperanza por salir o escapar de la finca azucarera.

c. Mundo urbano

El mundo de significados propios al hombre cañero es, en el área rural, el más contrapuesto al contexto tradicional de la vida cotidiana. Ahora bien, el universo de significados propios al hombre en la finca azucarera en cierto modo se prolonga por vía del empobrecimiento, el hacinamiento, la marginalidad estructural y el desempleo, en las ciudades dominicanas. Pero aquí la contradicción más llamativa es entre la periferyización marginada de la gran mayoría de la población, en los denominados barrios populares, y los patrones de consumo de las clases pudientes dominicanas, en las nuevas urbanizaciones. Esta sociedad de consumo y aquella marginada conviven en un mismo espacio dominado por un mundo de valores ideológicos propio a una sub-cultura internacional del consumo.

A modo de ejemplo de dicha convivencia física, recuérdese que la mayoría de la población de Santo Domingo (el 64.65%) tan sólo ocupa el 18.62% del área urbana; a su vez, el espacio restante (81.38%) es ocupado por el 35.35% de los habitantes de esta ciudad (cf. ONE 1983). Este hacinamiento de la ciudad capital y de las principales urbes dominicanas refleja la diferencia de patrones de consumo de la población urbana. En 1981, una minoría que no llegaba al cuatro por ciento de la población con ingresos mayores de los mil pesos mensuales controlaba casi el 28% de los ingresos y un poco más del 16% del gasto. "Esto significa, aparte de una distribución desigual de los ingresos y oportunidades, la concentración de poder que en todos sentidos goza esta minoría de la población, lo cual la pone en posesión de controlar más allá de su ámbito geográfico (Santo Domingo) hasta extender su influencia sobre el resto del país" (Pérez Mera y Cross Beras 1981: 149). Dicha influencia, si no poder, es tan económica y política, como cultural.

A partir del mencionado grupo minoritario, la estructura social capitalista se ha convertido en un centro de crecientes e irresistibles expectativas respecto a más altos niveles de vida; niveles estos medidos por los modelos de consumo urbanos. Sus patrones de comportamiento típicamente urbanos sirven de guías al mundo rural y al marginado para moldear normas y valores deseables. El mundo imaginario de la vida cotidiana de cada persona expuesta a la sociedad neo-capitalista de consumo queda superado por la aparentemente infinidad de mercancías que significan la novedad, el progreso, el confort y hasta el lujo. Por norma general, cualquier medio pasa a justificar el fin deseado; a saber, una mejoría medida en términos de confort.

Consecuentemente, en la ciudad se concentra un grupo social cuyo poder de atracción afecta, tanto a la población urbana marginada, como finalmente a la rural. Esto significa, primero, el declive de las normas de la vida tradicional; como señalé anteriormente, estas normas dependen de un fuerte control social rural. Segundo, el vacío cultural creado por el mismo proceso de urbanización, y el dominio en este espacio de los patrones de consumo y niveles de vida del grupo dominante, genera estructuralmente la periferización de las ciudades con sus barrios marginales. Tercero, la marginalidad de la mayoría de la población y del medio ambiente dominicano es el corolario de la búsqueda y ostentación de riqueza de parte de una minoría. Esto significa que un sector del área metropolitana contemporánea está básicamente orientado a alcanzar una versión modernizante de la "buena vida", la persecución de la elegancia y la adquisición y exhibición con relativa exclusividad de bienes de consumo.

Correlativamente, cuarto, la misma urbanización favorece por igual el nacimiento de instituciones sociales propias a la sociedad de consumo,

en detrimento de las funciones tradicionales de la familia. Sólo en ciudades de cierta magnitud demográfica es posible la división de trabajo en sentido estricto, y la aparición de grupos funcionales orientados a lograr una finalidad específica. Al perder la familia urbana muchas de sus funciones tradicionales, dada la división de trabajo y la demanda de servicios y bienes especializados, desaparece entonces su posibilidad de fungir como controladora cultural.

La situación actual del hombre dominicano urbano ante el mundo de significados propios a los sub-sistemas culturales del consumo y de la marginalidad es, por consiguiente, un factor esencial para comprender fenomenológicamente el proceso de modernización de toda la sociedad dominicana. En términos generales, sin embargo, el modelo ideal lo propone el mundo del consumo.

Ante todo, el ideal del mundo del consumo se pudiera sintetizar así: disfrute creciente de bienes de consumo e independencia del comportamiento individual respecto a las normas sociales usadas. Ahí reside su poder de atracción, corroborado por los bienes de consumo mismos. Aquellos dos rasgos externos esenciales a dicho ideal suponen, sin embargo, raíces más profundas situadas en actitudes ante la vida, que ciertamente son de origen foráneo pero no por ello rechazables. Entre estas raíces de origen europeo no hispánico, o de origen estadounidense, ninguna es más claramente perceptible que una concepción individualista y materialista de la persona humana.

En este contexto ideal, la satisfacción ante la vida viene dada por el tener más que por el ser y su originalidad. Por esto mismo los criterios de evaluación del éxito en la vida el hombre los pone en el nivel de consumo. Su manifestación más evidente, por ejemplo, se halla en casas y carros suntuosos; y estos son acompañados por toda una serie de detalles significativos en el vestir y en las formas de esparcimiento acordes siempre a los nuevos estilos de vida. De manera más fundamental, el mismo reclamo de sus derechos económicos, políticos, sociales, al menos como garantía de oportunidades mínimas, evidencia la aspiración de superación. El sólo ser humano, sin el complemento de lo que se le debe y tiene, es insuficiente para fundar un sentimiento de satisfacción ante la vida.

Por otra parte, en el mundo de significados del consumo, la actitud del hombre dominicano es menos técnica que la existente en los países de donde procede. En otras palabras, si bien se valora la modernización tecnológica ante el imperio tradicional de la naturaleza, no existe por ello una racionalización sistemática de medios técnicos para dominarla a plazos fijos con costos mínimos y máxima eficiencia. Se vive con el convencimiento de que en los países industrializados se hacen y harán los

descubrimientos tecnológicos que nosotros usufructuaremos, siempre en un contexto de dependencia. Como corolario de esta falta de interés y aprecio por una actitud tecnológica como instrumento, surgen las personas que combaten dicha dependencia por medio de la política. Así se manifiestan la retórica y la acción políticas sin poder desentrañar y superar el origen del mal denunciado.

El usufructo de los adelantos tecnológicos, sin embargo, sí es una aspiración común. Basta recordar a este respecto el impacto de la televisión a color y por cable como medio de estatus y de socialización. Y en general, se debe mencionar la liberación que ellos conllevan frente al ritmo inexorable de la naturaleza y sus significados fatales.

Esta ausencia del destino, como elemento fatal acorde con el ritmo de la naturaleza, no lleva al hombre a un acto de fe ante un Ser Supremo y tradicionalmente comunitario. Al contrario, Dios pasa a ser un asunto o problema estrictamente personal y, a lo más, familiar. Pero en este marco de referencias, está excluido de las realizaciones culturales. La internalización de cualquier fe se encuentra generalmente acompañada de una crisis religiosa personal y de la necesidad de probar existencialmente el significado vital del Ser Supremo. Dicha crisis se recrudece en la medida en que la vida social se entiende por sí misma; es decir, se organiza y desenvuelve sin necesidad de referirse a explicaciones sobrenaturales.

Condicionada por una existencia de goce inmediato de las cosas y ajena a la trascendencia, en la vida diaria la cultura del consumo tiende a borrar las diferencias entre los sexos y pretende prescindir de las relaciones interpersonales en términos de autoridad. Idealmente estas relaciones siguen una pauta de simpatía y comprensión. La autoridad es cuestionable. La igualdad, obtenida mediante la análoga posesión de bienes y las usanzas comunes, pasa a ser la base de la persona y de su convivencia social. Sometida a la norma de la igualdad puede decirse que la persona resiente la oposición entre su emotividad singular y las pautas comunes de comportamiento; pautas éstas medidas en función de objetos adquiridos. En última instancia, la persona busca autoidentificarse mediante estos objetos y pautas.

La organización social urbana en este mundo del consumo es significativa por su grado de funcionalidad. Los grupos se constituyen para alcanzar objetivos determinados. Si bien en el contexto tradicional los grupos sociales tienden a abarcar la persona en todas sus manifestaciones, ahora por el contrario los grupos funcionales liberan al individuo del influjo omnipresente de aquéllas y no le exigen una fidelidad más allá del ámbito de sus respectivas especificaciones. En este mundo, ni la familia, ni las iglesias, ni el Estado pueden atribuirse un monopolio sobre la per-

sona. Esta se encuentra fraccionada en obligaciones y responsabilidades parciales frente al complejo ámbito institucional.

Situado en un contexto institucional, el hombre urbano no acepta argumentos de autoridad sin que estén debidamente acompañados de explicaciones más o menos racionales; en ausencia de reglas y criterios objetivos, el conflicto interpersonal, o bien de la persona con la institución, emerge. Entiéndase bien, esto último no significa que las reglas y criterios objetivos necesariamente se respeten en el ámbito institucional; sino que en situaciones discutibles se exigen argumentos racionales más que la vía expedita de la autoridad por sí sola. La arbitrariedad puede ser soportada, pero no se la acepta resignada y gratamente.

En definitiva, la relación persona-institución se encuentra marcada por el alto indicio de individualismo en la vida diaria de los hombres exponentes de una cultura urbana y consumista. El individuo tiende a acentuar su propio beneficio, en vez de sacrificarse en aras del bienestar común. El sacrificio contradice el confort. De ahí que las normas de conducta común, aun cuando estén bien especificadas, sean menos obligatorias. La tónica utilitarista de las normas de conducta que rigen el comportamiento del hombre queda acentuada por la falta de un organismo severo de control. Específicamente por la pertenencia a varios grupos que no reclaman una soberanía monopolística sobre el individuo, y dada la influencia sensorial y socializadora de los medios de comunicación social, cada quien tiene la impresión de ser más libre socialmente y de tener su vida en sus propias manos.

Esta impresión de libertad individual resulta en una difícil institucionalización de los procesos sociales y difícilmente puede contribuir a la superación de la marginalidad de la mayoría de la población urbana. En el mundo urbano del consumo la solidaridad no es un valor, y tampoco lo son la austeridad, la disciplina o la limitación de las posibilidades de uno mismo.

d. Mundo urbano marginado

Frente al mundo de significados cotidianos del consumo se expande el de la marginalidad. Se trata, a primera vista, de un mundo de roturas, por el rompimiento con el contexto tradicional del cual han salido y con el mundo del consumo al que no se integran. Pero en verdad surge por un cambio extremo en los datos económicos que sustentaban el mundo rural tradicional en el que crecieron los primeros hombres urbanos marginados. La extrema pobreza que ahora padecen, aunada con una relativa impotencia para adaptarse al universo urbano del consumo, hacen impo-

sible la conservación de la cultura tradicional y origina un nuevo mundo de significados cotidianos.

En ese mundo, la enorme dificultad de encontrar un trabajo permanente que asegure la simple subsistencia hace que el problema de la satisfacción ante la vida se plantee en el campo económico. Al igual que en el caso del hombre cañero, el problema de la subsistencia adquiere un nivel de urgencia tal que el sentimiento de frustración o de satisfacción ante la vida gira en torno a él y relativiza otras fuentes de posible satisfacción.

El ideal económico de la supervivencia reviste, sin embargo, modalidades distintas según el sexo y la edad. Para los hombres son tan pequeñas las esperanzas de solución económica estable, que en vez de centrar la satisfacción en la obtención de un trabajo estable tienden a colocarla en el consumo masivo de bebidas alcohólicas, en la experiencia sexual desenfadada y en una aparente agresividad. Estos comportamientos disimulan la frustrante tragedia de no poder vivir según los patrones de comportamiento percibidos en la sociedad de consumo, y tampoco llenar las expectativas del modelo en el que fueron socializados acerca de lo que es un hombre y padre de familia.

Las consecuencias del tipo de adaptación del hombre marginado caen sobre la mujer. Esta asume las responsabilidades familiares en mayor grado que en cualquiera de los mundos anteriores. La matrifocalidad surge así en un seno familiar en el que la mujer, cargada de hijos, hace frente a estas responsabilidades aceptando continuamente la compañía de un hombre que tenga alguna ayuda económica que brindarle, por esporádica y limitada en el tiempo que sea. El vínculo familiar se auna así entre madre-hijos, siendo el esposo-padre una figura transitoria, la cual si bien es cierto que puede ejercer arbitraria y rudamente la autoridad no menos cierto es que no suele contar con el afecto de los hijos. En términos freudianos, el Edipo no se supera y la dependencia ante la madre se prolonga desmesuradamente.

Resulta evidente que para los jóvenes de estas familias con padres que abandonan continuamente su hogar, y con madres que asumen toda la responsabilidad por mantener y encauzar a sus hijos, la familia se convierte en una fuente de frustración emocional. La existencia no puede ser percibida, por consiguiente, como una fuente de alegrías y esperanzas.

La persona marginada carece de una actitud técnica, eficiente, racional en términos de medios-fin. Esta situación es común con el contexto tradicional de la vida diaria. Pero la diferencia entre ellos reside en la ignorancia de toda técnica, aún de la recibida por vía tradicional,

apropiada a ejercer los pocos oficios abiertos a sus miembros. La disposición al trabajo, a hacer "cualquier cosa", es en una sociedad urbana relativamente compleja y tecnificada un obstáculo insuperable en el camino hacia un empleo estable. Por lo demás, en condiciones de un desempleo generalizado, el trabajo no es valorado por sí mismo y, por los bajos salarios recibidos, tampoco como un medio de acceso al consumo y la superación social.

Debido al esfuerzo continuo por sobrevivir, y a la incertidumbre insuperable que conlleva la existencia para el hombre marginado, surgen según la edad dos posiciones ante lo sobrenatural. Entre los jóvenes predomina la falta de interés por el mundo religioso; incluso las experiencias de fe sustentadas en comunidades de base eclesiales, o en alguna de las múltiples iglesias evangélicas presentes en los barrios marginados, suelen estar obstaculizadas con el pasar de los años una vez se consigue un empleo temporal o fijo, o bien conducen a situaciones de desencanto por la anormalidad cultural que ellas implican. Por su lado, los creyentes adultos se aferran a sus prácticas y creencias populares resistiendo la irreligiosidad e irrespeto por lo sagrado. Entre estas personas, así como sucedía antes en el mundo tradicional, la religión suele confundirse con la ética; debido a esto, fácilmente se moraliza la vida personal y la social, y se enjuicia todo literalmente a partir del designio divino.

Todo lo anterior no debe hacer pensar, empero, que el hombre marginado actual se identifica a sí mismo por sus prácticas y creencias religiosas. Es un hombre cuyas últimas interpretaciones sobre la esencial de la existencia e historia humana son notablemente religiosas, pero que paradójicamente no valora la religión como tal y la desconoce.

La rudeza en el trato interpersonal es el rasgo más llamativo en este mundo cultural; una rudeza escondida por la hilaridad aparentemente amistosa, jocosa, altanera y bulliciosa. La espontaneidad en el trato permite la autoidentificación. Así, cada uno se reconoce, no por lo que es, sino por lo que pretende aparentar ante los otros. Significativamente, la matrifocalidad familiar reaparece en el contexto de la actitud ante la persona humana reforzando emotivamente los vínculos familiares por medio de una indudable generosidad y solidaridad. Ahora bien, dicho trato entre familiares y parientes no es extensivo a los grupos sociales. Hasta cierto punto los hombres son y se valoran como átomos en el mundo de la marginalidad. Prácticamente no existen grupos funcionales, sino informarles e integrados por amigos y familiares que se reúnen ocasionalmente en visitas, juegos y fiestas. Más que grupos organizados, en este mundo marginado sobresale la masificación del hombre dominicano actual; la unión se logra sólo emocionalmente alrededor de sucesos sensoriales.

En tanto que mundo marginado, en él el hombre sabe y expresa con una clara conciencia que el ámbito exterior no le es propio. Al mismo tiempo mantiene una actitud crítica frente a los valores e instituciones de las clases dominantes; pero esta actitud, sin embargo, no va acompañada de una organización socio-política capaz de quebrantar el orden establecido más allá de cualquier ideología populista.

Finalmente, cabe observar que el hombre marginado carece de normas éticas objetivas. Esto no significa que su comportamiento no responda a valoraciones éticas, y tampoco implica una total falta de principios formales de conducta. Las circunstancias marcan criterios utilitaristas para cada individuo. Este se encuentra obligado a situarse y reaccionar en cada caso libre de 'ataduras' axiológicas que le impidan beneficiarse de cualquier oportunidad, o bien que le impongan una serie de consideraciones ajenas a sus necesidades más perentorias. Ahora bien, por encima de cada situación, resalta la solidaridad familiar, como principio general de respeto, de honestidad, aun cuando pocas veces se caracteriza en normas comunes claramente especificadas.

Tanto en el caso del hombre dominicano marginado, como en el de los anteriores, una posible vía para superar sus respectivas situaciones cotidianas es la emigración al extranjero, principalmente a los Estados Unidos de Norteamérica. En la actualidad no se puede esbozar la situación del hombre dominicano sin tener en cuenta en qué sentido el flujo migratorio estadounidense la resitúa.

IV. — La emigración

La emigración hacia los Estados Unidos de América es una alternativa que cotidianamente atrae a la mayoría de los dominicanos (Báez y D'Oleo 1985: 27). Cabe recordar que este flujo migratorio no está compuesto por dominicanos en condiciones miserables, sino por aquellos que desde un empleo o sub-empleo en la ciudad o en un campo próspero están en capacidad de financiar su salida legal o ilegal antes de que empeore o se torne más insegura su situación (cf. Yunén 1985: 173-174). A todas luces, esta emigración beneficia al país recipiente porque le disminuye el costo de la reproducción de la fuerza de trabajo; y a su sector empresarial, pues disminuye sus costos operacionales con una mano de obra más barata. Correlativamente, empero, si bien es cierto que el dominicano que sale al exterior realiza trabajos socialmente despreciados allá, no menos lo es que resultan mejor pagados que en el país de origen.

Los emigrantes dominicanos hacia el norte proceden principalmente del mundo urbano, básicamente de Santo Domingo. En verdad, para la mayoría de ellos esta emigración representa la culminación de una mi-

gración interna desde el interior a la ciudad capital (cf. Báez y D'Oleo 1985: 21). La mayor parte de los emigrantes pertenecen a los sectores bajos de la clase media urbana y se encuentran estimulados a aventurarse en el norte por las brechas salariales existentes entre R. D. y E.U.A., por una parte, y por la otra al interior mismo de Dominicana.

Los migrantes potenciales a E.U.A. son predominantemente jóvenes y, en menor grado, solteros. El nivel de escolaridad de los mismos es notoriamente elevado y las investigaciones realizadas revelan que existen sólidas cadenas migratorias basadas en los lazos de parentesco (Báez y D'Oleo 1985: 28-28).

En términos estructurales, el flujo de remesas de los dominicanos ausentes (US\$229 millones) estabiliza grupos medios urbanos sin una contrapartida laboral (Báez y D'Oleo 1985: 10, 43-46). Correlativamente, la migración de retorno consolida estratos sociales equivalentes que ensanchan el sector terciario de la economía, al integrar una nueva clase media y un emergente empresariado medio (op. cit., 10-11, 37-41). Esta misma das en las ciudades estadounidenses, muestran una fuerte orientación social hacia el estilo de vida de aquel país, pero sin que esto conlleve una mayor aceptación de la vida técnicamente reglamentada o un conocimiento cabal de la organización y funcionamiento de una sociedad industrial.

El impacto de este flujo migratorio entre ambas naciones se hace sentir a diversos niveles de la vida diaria dominicana. En primer lugar, las remesas enviadas por los dominicanos ausentes llegan directamente, sin intervención gubernamental u otra, a un 60% de las familias dominicanas en el país. El promedio mensual de este envío, en cierto sentido análogo al situado colonial, es de RD\$531.28 por familia. Esta cantidad alivia la estrecha situación de la economía familiar beneficiaria y activa indirectamente la economía nacional.

Pero correlativamente, segundo, todo parece indicar que la remesa mensual proveniente del exterior suscita la falta de iniciativa y, al mismo tiempo, aumenta los niveles y gustos de consumo similares a los internacionales. En efecto, el 55% de las familias que reciben remesas no realizan ningún tipo de trabajo remunerado. Debido a estas remesas una parte considerable de la población económicamente activa es mantenida en la inactividad. De ahí resulta la ociosidad sostenida y reproducida voluntaria o involuntariamente por los familiares ausentes. Por otra parte, esta situación va aunada con el recibo de mercancías estadounidenses que elevan el nivel de confort y comodidad por encima de lo que se tenía y se hubiera podido esperar de no existir la emigración. Esto mismo produce un efecto de demostración y despierta una expectativa de consumo en el contexto social en el que se halla la familia, con lo cual el mundo del consumo se ve reforzado.

A consecuencia del dinero y bienes de consumo recibidos, tercero, los beneficiarios directos e indirectos de la emigración dominicana albergan un fuerte motivo para desear una situación social y política estable. La dependencia respecto a las remesas provenientes de las metrópolis extranjeras permite explicar el cambio de mentalidad política efectuado a partir de los turbulentos años sesenta y setenta. No obstante el nivel de inflación y de desempleo actuales, por sólo mencionar estas dos variables económicas, no parece vivirse en R. D. un proceso revolucionario similar al centroamericano, por ejemplo. Es de suponer que independientemente de la ideología política del emigrante, el beneficiario se torna gradualmente más conservador. Cualquier viraje político hacia un régimen de izquierda representa un peligro para la forma en la que se obtiene y/o apuntala su subsistencia y niveles de consumo. Más aún, la puerta de la emigración económica hacia los E.U.A. actualmente significa para el hombre dominicano en general una alternativa viable para buscar un futuro mejor para sí y para los suyos en el momento en que la situación dominicana le sea demasiado adversa en función de sus expectativas. Esta emigración sirve de válvula de escape al descontento social existente.

Cuarto, el fenómeno migratorio, con sus efectos económico y político, hacen previsible para el futuro una continuada dependencia de la sociedad dominicana respecto a la estadounidense. Básicamente las remesas de los dominicanos ausentes no llega a capitalizarse en empresas industriales, dedicadas como están al sustento alimenticio de las familias beneficiarias, a la de bienes de consumo y a la adquisición de inmuebles. Adicionalmente, dicha dependencia se ahonda por el fenómeno de la transculturación que implica la emigración. Las virtudes del mundo cotidiano estadounidense, con su vistoso confort, variedad y lujo, es presentado en el contexto dominicano, tanto por los medios de comunicación social, como por los dominicanos ausentes. El efecto de demostración del sistema estadounidense, en vivo contraste con el de otros países subdesarrollados como el dominicano, alejar paulatinamente a la juventud dominicana de sus raíces tradicionales. Es cuestionable si a nivel de destrezas y de conocimientos técnicos y científicos esta juventud, al igual que los mismos dominicanos ausentes, representa un elemento de modernización en el seno de la sociedad dominicana. En cualquier hipótesis, emulan miméticamente el mundo ideal de la compleja sociedad estadounidense. A diferencia del ideal tradicional, el hombre dominicano actual es más norteamericano que hispánico.

Finalmente, cabe destacar uno de los aspectos más llamativos, tanto del creciente proceso de urbanización, como de la emigración. Me refiero a la aparición de patrones de comportamiento típicamente urbanos y de sociedades complejas e industriales en las principales ciudades dominicanas. Por ejemplo, actos de delincuencia juvenil o no y consumo de estupefacientes, por un lado, y por el otro el uso de tarjetas de crédito y

el recurso a las vacaciones fuera de los límites habituales de residencia. Estos nuevos patrones de comportamiento, pero básicamente los primeros, por llamativos, son continuamente divulgados por los medios de comunicación y generan así un nuevo horizonte existencial al hombre dominicano contemporáneo. Magnificados o no por los medios de comunicación, y corroborados por las escenas violentas del cine y de la televisión, este horizonte de nuevos estilos de vida y de patrones de comportamiento se impone gradualmente al hombre dominicano con carta de ciudadanía.

En resumidas cuentas, la emigración dominicana hacia los E.U.A. incide positivamente para desviar un proceso revolucionario como el de los pasados de abril de 1965 y 1984. Esta vía es una alternativa común a los dominicanos y reduce las probabilidades de una centroamericanización, a la vez que incrementa un tipo de norteamericanización alejado de la gran industria, la disciplina, el quehacer científico y tecnológico, la austeridad y el puritanismo. Ante tal alternativa, la situación del hombre dominicano es ambivalente, por no decir de duda; se debate entre si debe aventurarse fuera de su patria, o bien hacer un esfuerzo capaz de suplir las estrecheces de la vida cotidiana. Independientemente de cómo se resuelva tal alternativa, el horizonte le depara una esperanza; a saber, la modernización de su estilo de vida, en vivo contraste con el contexto tradicional de la vida cotidiana. Sólo queda por asegurar la modalidad del progreso y las consecuencias morales del mismo.

BIBLIOGRAFIA

- Alvarez, M. : "Memoria", en Rodríguez Demorizi (ed.): *Antecedentes de la Anexión a España*, Ciudad Trujillo, Editora Montalvo., 1955.
- Báez Evertsz, Frank : *Azúcar y dependencia en la Rep. Dom.*, Santo Domingo, UASD, 1978.
- Báez Evertsz, Frank y F. D'Oleo Ramírez : *La emigración de dominicanos a Estados Unidos: determinantes socio-económicos y consecuencias*, Santo Domingo, Fundación Friedrich Ebert, 1985.
- Berger, Peter L. y T. Luckmann : *The Social Construction of Reality* N. Y., Anchor Books, 1967.
- Bonnet, G. J. : "Recuerdos históricos, 1822" en E. Rodríguez Demorizi (ed.): *Invasiones Haitianas en 1801, 1805 y 1822*, Ciudad Trujillo, Editora del Caribe, 1955.
- Bonó, Pedro F. : *Papeles de Pedro F. Bonó*, En E. Rodríguez Demorizi (ed.) Santo Domingo, Editora del Caribe, 1964.
- Bosch, Juan : *Composición Social Dominicana*, Santo Domingo, Editora Tele-3, (3era. edición), 1971.
- Black, Cyril E. : "La dinámica de la modernización: un repaso general" en Nisbet, Robert, T. S. Kuhn, L. White, et alii: *Cambio Social*, Madrid, Alianza Universidad, 1979: 226-256.
- Castor, Suzy : *Migración y relaciones internacionales: El caso haitiano-dominicano*, México, Universidad Nacional de México, 1983.
- Campomares, A. P. : "Memoria sobre el Estado Actual de la parte Española de Santo Domingo, escrita por el Brigadier Jefe de E. M. del Ejército de la Isla de Cuba", en E. Rodríguez Demorizi (ed.): *Antecedentes de la Anexión a España*, Ciudad Trujillo. Editora Montalvo, 1955.

- Centro de Investigación y Acción Social : *Survey de la República Dominicana*, Santo Domingo, mimeo, 1969.
- Corten, Andrés et alii : *Azúcar y Política en República Dominicana*, Santo Domingo, Editora Taller, 1981.
- Deive, Carlos E. : "La Herencia Africana en la Cultura Dominicana Actual", en Obra Colectiva: *Ensayos sobre cultura Dominicana*, Santo Domingo Museo del Hombre Dominicano, 1981: 105-141.
- Del Castillo, José : *Ensayos de Sociología Dominicana*, Santo Domingo, Editora Taller, 1984.
- Del Castillo, José y W. Cordero : *La economía dominicana durante el primer cuarto del siglo XX*, Santo Domingo, Fundación García Arévalo, 1980.
- Dobal, Carlos : "Herencia Española en Cultura Dominicana de Hoy", en la Obra Colectiva: *Ensayos sobre cultura Dominicana*, Sto. Dgo. M. Hombre Dominicano 1981: 61-104.
- Dore, Carlos : *Reforma Agraria y luchas sociales en la República Dominicana, 1966-1978*, Santo Domingo, Editora Taller, 1981.
- : *Problemas de la estructura agraria dominicana*, Santo Domingo, Editora Taller, 1982.
- Duarte, Isis : *Capitalismo y Superpoblación en Santo Domingo*, Santo Domingo, CODIA, 1980.
- Ferrán, Fernando I.- : *Tabaco y Sociedad*, Santo Domingo, Fondo para el Avance de las Ciencias Sociales, 1976.
- : "Figuras de lo dominicano", en *Ciencia y Sociedad*, vol. X, No. 1 1985: 5-20.
- Guridi, A. A. : "Examen crítico de la Anexión de Santo Domingo a España", en E. Rodríguez Demorizi (ed.): *Antecedentes de la Anexión a España*, Ciudad Trujillo, Editora Montalvo, 1955.
- Heredia y Mieses, J. F. : "Informe presentado al Ayuntamiento sobre el Estado de la Instrucción Pública", en E. Rodríguez Demorizi (ed.): *Invasiones Haitianas de 1801, 1905 y 1822*, Ciudad Trujillo, Editora del Carite, 1955.

- Hoetnik, H. : "Materiales para el Estudio de la República Dominicana en la Segunda Mitad del Siglo XX", en Caribbean Studies, vol. 8, No. 4, 1969.
- : *El pueblo dominicano*, Santiago, Universidad Católica Madre y Maestra, 1971.
- Incháustegui Cabral, Héctor : *De Literatura dominicana siglo veinte*, Santiago, UCMM, 1973
- Lemoine, Mauria : *Azúcar Amargo*, Santo Domingo, Ediciones Cepae, 1983.
- Moya Pons, F. : *La Dominación Haitiana*, Santiago, Universidad Católica Madre y Maestra, 1972.
- Oficina Nacional de Estadísticas : *Censo Nacional de la Población y Vivienda*, Santo Domingo, 1983
- Pérez Cabral, Pedro A. : *La comunidad mulata*, Santo Domingo, Editora Montalvo, 1982.
- Pérez Mera, Amiro y J. Cross Beras : *Patrones de consumo y estructura social en Santo Domingo*, Santo Domingo, Fondo para el Avance de las Ciencias Sociales, 1981.
- Peña Pérez, Frank : *Cien años de miseria en Santo Domingo, 1600-1700*, Santo Domingo, Manuscrito inédito, 1985.
- Rodríguez, Francisco R. : *El impacto económico de la Reforma Agraria, 1977-1982*, Santo Domingo, Fundación Friedrich Ebert, 1984.
- Soulastre, D. : "Viaje por tierra de Santo Domingo a Cabo Haitiano", en E. Rodríguez Demorizi (ed.): *La Era de Francia en Santo Domingo*, Ciudad Trujillo, Editora del Caribe, 1955.
- Schutz, Alfred : *Collected Papers I: The Problemn of Social Reality*, La Haya, Martinus Neijhoff, 1973.
- Tolentino, Hugo : *Raza e historia en Santo Domingo*, Santo Domingo, UASD, Tomo 1, 1974.
- Veras, Ramón A. : *Inmigración, haitianos, esclavitud*, Santo Domingo, Editora Taller, 1983.
- Varios Autores : *La Gulf and Western en República Dominicana*, Santo Domingo, Editora Taller, 1974.
- Yunén A., Rafael E. : *La Isla como es: hipótesis para su comprobación*, Santiago, UCMM, 1985.